JUSTINO ZAVALA MUNIZ





EDITORIAL NUEVA AMÉRICA



JUSTINO ZAVALA MUNIZ nació en la ciudad de Melo, departamento de Cerro Largo, (Uruguay), el 16 de julio de 1898.

Cursó estudios universitarios los que abandonó cuando era estudiante de la Facultad de Derecho de Montevideo, para dedicarse plenamente a su labor literaria y a la lucha en el campo político.

Fué miembro y Presidente de la Asamblea Representativa de Montevideo, (Cámara de Diputados Departamentales) y luego, durante tres períodos sucesivos, miembro de la Cámara de Representantes de la República, como Diputado por el Departamento de la Capital.

En el año 1935 estuvo desterrado en el Brasil, por haber sido uno de los jefes del levantamiento popular revolucionario contra la dictadura del Dr. Gabriel Terra.

Vuelto el partido en que milita — Batllismo — a las urnas en el año 1942, fué electo Senador de la República, cargo que actualmente ejerce.

JUSTINO ZAVALA MUNIZ

LA CRUZ DE LOS CAMINOS



ALTO ALEGRE





Editorial NUEVA AMERICA
ADMINISTRADOR:
FRANCISCO PORRO
AV. LARRAÑAGA 2383 - TEL. 40 11 83
MONTEVIDEO
1944

JUSTINO ZAVALA MUNIZ

LA CRUZ DE LOS CAMINOS



DRAMA EN CUATRO JORNADAS

Estrenada por la Compañía ION en el Teatro SODRE de Montevideo el 14 de Abril de 1933 y en el Teatro Corrientes de Buenos Aires el 7 de Diciembre del mismo año, bajo la dirección de Rodolfo González Pacheco.

DEDICATORIA

A mis paisanos de Bañado de Medina esta palabra buscada para expresar su dolor. Pues todavía no he hallado la divisa de su esperanza.

Justino ZAVALA MUNIZ

Casa de las Crónicas, en Bañado de Medina. — Verano de 1932.

PROLOGO

En el centro, un pequeño rancho con una puerta practicable hacia la escena; a la derecha, una ventanita abierta, como la de la pared del fondo, dejando ver un retazo dorado y brillante de crepúsculo; inusitada luz en la noche recogida en el rancho. A la derecha, un plano más hacia adelante, un ombú.

Envolviendo toda la escena, una lejanía con las tintas verdes y violetas del campo en el atardecer. Por encima del rancho, exagerando su pequeñez, un gran cielo sin nubes, con una luna nueva, perdida y sin luz.

ESCENA ÚNICA

Por la puerta del rancho aparece la MUJER. Es alta, magra de carnes; aparenta medio siglo de edad. Viste géneros oscuros; lleva de tal modo envuelta la cabeza en un pañuelo de color perdido, que su perfil es agudo y resignado a la vez.

Avanza hacia una esquina del rancho; hundidos los hombros, cruzados los brazos, tal como si un peso sobre las espaldas agobiara su andar. Mira al campo lejano recogida en su dolor.

LA MUJER.—**(Como si volviera de un pensamiento perdido, hablará con lentitud y sin énfasis).** Mientras pasaban ellos, yo estaba en la oscuridad escondida de mi rancho, sin palabras. El caudillo, la guerra; el matrero, seguro en el mal como un santo en su virtud; el pulpero, largo trabajo entre cantos, historias y peleas. Todos creyeron tener un destino cumplido y vinieron, jinetes en sus hechos, desde el perdido pago sin caminos, mostrando los pasados gestos para encontrar a su alma.

Las divisas, el valor, la guerra; ¡triste vida, triste muerte! ¿Qué buscaban en ellas? Nada cercano ni posible; nadie podría decirlo y todos lo sentían. Y esto, que parecía su mal, era su grandeza. Sólo los grandes sueños inalcanzables, hacen al hombre verdadero. Un chasque viajando bajo las estrellas, con breves palabras en los labios; dos colores, vuelo de palomas o de churrinches, en el cuello de los jinetes ágiles como el viento del galope, y el cielo se erizaba de lanzas; el silencio de relinchos; la memoria de leyendas.

¿Hacia dónde iban las sonoras columnas? ¿Quién los llamaba? La conocida voz del caudillo que nadie desoía. Porque cuando el sueño de uno llega a ser el de todos, comienza a cumplirse el gran destino de un pueblo. Yo estaba entonces, en la oscuridad escondida de mi rancho, hasta este atardecer en que salgo, no llamada por nadie, buscando al payador que en guitarra de graves y apagadas bordonas, encuentre nuestro canto.

Pero, ¿cómo se contará, recordará, esta dolorida mansedumbre nuestra si no tiene hechos ni gestos ni palabras?

¿Quién tiene ahora nuestra esperanza, nuestra pasión; la divisa capaz de levantarnos y formar columnas marchando en un nuevo sueño con todos los que sucumben hoy en el ritmo, oscilante y monótono canto de paloma, de la ambición del pobre?

Como el sembrador arroja en doradas ondas las semillas que en el surco crecen, débiles bajo la mano de los vientos, hasta cubrir a las lomas, así la mano de Dios arrojó sobre los campos al pobre, semilla fecunda, tirada en abiertos círculos, crecida y siempre inclinada hacia la tierra por la mano del DOLOR.

Y ellos callan, como yo he callado sin encontrar mis palabras. Pero el filo de este sufrimiento, cava en el silencio de mis días hasta el manantial de mi alma. Y así ahora corren por la herida de mis ojos las aguas de mi dolor.

Perdido está mi hijo, sin haber alcanzado una tierra donde asentarse, un alma donde posar.

Sorda vida sin hechos, la suya; oscura como mi rancho, mi alma sin lenguaje. ¿Quién oirá el confuso rumor del viento en el monte, que pasa por nuestros corazones, y nos prestará sus palabras para que los hombres nos oigan y comprendan? Que ya no puede andar por los resecos caminos del ha-

blar pintoresco, nuestro dolor.

Como no puede decirlo aún ninguno de nosotros, así quiero la voz que nos dé sus palabras para decir lo que sufre cada uno de nosotros. Mira, tú que esperas y tienes, la vida de mi hijo: Envueltos en los tules de este atardecer, allá están los árboles que él plantó.

Del callado dolor con que él cavó la tierra ajena, han nacido y crecido aquellas rectas realidades, pobladas de cantos, elevándose al cielo.

¿Quién elevará en él a su alma, árbol levantado al cielo, a cuya copa vengan a cantar los pájaros de la esperanza?

TELON

JORNADA PRIMERA

Patio de una antigua estancia. A la izquierda se extiende hacia el fondo la pared de la casa; construcción colonial con dos amplias ventanas enrejadas, y entre ellas el arco de la puerta posterior del zaguán. Las tres aberturas practicables; en las ventanas, tiestos con flores humildes. Al fondo, un pequeño rancho dando frente a la escena, sirve de cocina; es la típica construcción del campo, achatada, con su pequeña puerta por la que entra, apenas, la luz. A la derecha se alarga otro rancho, con una ventanita mirando a la escena; en su esquina, que da a la sala, una puerta simulada. En el centro del patio, como si fuera su eje, el brocal azul de un aljibe coronado por el arco de hierro del que pende una roldana con su cadena y balde. Guardando las casas, se ven por entre los trozos libres, alzarse grandes árboles: ombúes, paraísos. Más allá, trozos de un cielo de otoño en atardecer: azul y rojo.

ESCENA PRIMERA

En el espacio libre dejado por los dos ranchos, hacia la derecha, la rueda de los peones. Sentados en humildes bancos, troncos de madera sin desbastar, rodean al fogón en donde hierve el agua del mate que uno de ellos ceba. Algunos jóvenes; otros de edad mediana; un viejo. Grupo heterogéneo en los cuerpos y vestidos, que van desde los pantalones ciudadanos que viste uno de ellos, hasta el chiripá que viste el viejo. No se podría definir con un mismo trazo al conjunto, como no fuera señalando la acentuada pobreza de todos. Mientras uno mira tercamente al fogón como si de la llama viva esperara un pensamiento, otro se ha distraído con el lento crepúsculo que se va haciendo en el campo, tal como si buscara en el alejado cielo sin nubes, respuesta a la larga pregunta de sus ojos. Por el espacio libre entre la casa y la cocina, se proyectan sobre la escena la sombra de un hombre y de un niño. La primera, sentada; la segunda de pié, frente a aquélla. A intervalos se ve a la sombra del niño cebar el mate al hombre. Otras veces, la sombra del hombre se abate hacia el suelo y se yergue con un vaso en la mano, que lleva a los labios. La pequeña sombra de una damajuana, es una mancha borrosa entre el hombre y el niño; aquél la empinará una vez hasta colmar el vaso.

Desde una de las ventanas de la casa, la del segundo término, una victrola turba la beatitud del crepúsculo con las voces agrias de una música exótica. Es una música yanqui, sacudiendo su epilepsia en el noble silencio del patio campesino.

PEON PRIMERO.—Música rara la que han tráido estos aparatos.

PEON SEGUNDO.—Dende que está la señorita, no óimos otra cosa.

PEON TERCERO.—Va pa tiempo que en todos laos ésa es áura la música. Sin embargo, va uno por el camino de noche, y si le vienen las ganas de cantar en los ojos o en la boca, le sale un estilo o una vidalita.

EL VIEJO.—**(Sonriente)** Es que éso es lo nuestro; nos hemos criao oyéndolo.

PEON PRIMERO.—No crea, don. En mi vida he óido más a estos aparatos que a los payadores; y así mismo, yo también sólo recuerdo los estilos. ¿De dónde vendrá éso?

EL VIEJO.—Ahi tiene.

PEON SEGUNDO.—¡Quién sabe el estilo no está en el campo! ¿No ve su música, callada y extendida como los horizontes? La palabra una queja, como nuestra vida.

PEON TERCERO.—Sin llanto.

EL VIEJO.—Eso no es de hombres

PEON SEGUNDO.—Y después, ¿pa qué? ¿Quién oiría nuestro llanto, ni le hallaría remedio?

(Desde el grupo de las sombras parte la carcajada de SERVANDO, seca, estridente, cortando el diálogo de los hombres).

PEON TERCERO.—Ya está el patrón judiando al gurí.

PEON PRIMERO.—Estará mamao.

EL VIEJO.—Mala hora la del padre, cuando dió el gurí pa don Servando.

PEON TERCERO.—El hambre no dá tiempo pa andar eligiendo.

(De nuevo la carcajada suspende, como una respuesta de burla, la palabra de los peones).

ESCENA SEGUNDA

(Por detrás de la rueda asoma TELEMACO, trayendo una regadera en la mano. Avanza hacia el aljibe. Es de mediana estatura; toda la fortaleza de su forma, patentizada en los brazos desnudos hasta el codo, se humilla en la humildad del gesto. Los vestidos son, como los del actual trabajador del campo, una mezcla híbrida de ciudadanía y gauchismo: sucias alpargatas; pantalón ciudadano de torpe confección que las lluvias han acortado exageradamente; en mangas de camisa; golilla blanca y amplio sombrero negro. Sus 30 años de duros trabajos, cansaron la mirada de los ojos oscuros; y sólo los labios conservan, finos, tenaces, la firmeza de un gesto que parecerá siempre de violencia hasta ahogar un pensamiento audaz pugnando por expresarse. Al pasar junto a los peones, uno de ellos se volverá hacia él ofreciéndole el mate. Toda la escena se desarrollará mientras TELEMACO anda en su propósito de extraer agua del aljibe, colmar su regadera, y volver con ella por el mismo trayecto que ha hecho).

PEON SEGUNDO.—¿Un amargo, Telémaco?

TELEMACO.—Después, ahora no tengo tiempo.

PEON SEGUNDO.—Ya está el sol adentro; terminó la hora del trabajo.

TELEMACO.—**(Sin énfasis. Así hablará siempre).** Mi trabajo no termina con el sol.

PEON PRIMERO.—Sos un mensual como nosotros.

TELEMACO.—Tenés razón. Pero lo que yo hago es para muchos años. Los días son cortos para crear tantas vidas como las de mis árboles; y las hormigas negras, chiquitas y a millares, corren por los caminos y los surcos, para matármelos en una noche.

(De nuevo suena la carcajada de SERVANDO, y se oye al niño llorar)

EL NIÑO.—¡Dejemé, don Servando... duele mucho! **(Se verá mientras tanto a la sombra del hombre alargar el brazo hasta el rostro del niño, en ademán de apretar entre sus dedos la nariz de éste).**

PEON.—**(Dirigiéndose a Telémaco)** Mirá como trata el dueño a una vida que le dieron.

TELEMACO.—**(Inclinándose para llenar el balde)** De éso, todos tenemos alguna culpa.

(Aunque Telémaco ha hablado más que para ellos, para sí mismo, todos callan ante la verdad que está en las conciencias y ha sonado en voz alta en el patio. Cesa de súbito la voz de la victrola. Por la parte del zaguán aparece VICTORIA. En la penumbra del anochecer, su figura es una afirmación audaz turbando la recogida tristeza del patio. Son grandes sus formas, sosteniéndose sobre las piernas firmes, como las de una cariátide. El andar seguro; echada hacia atrás la cabeza de cabellos negrísimos; no ha tostado el sol, ni su rostro ni sus manos de mañanas. Sin duda no aprendió en el campo, donde las almas femeninas se esconden bajo los párpados, la mirada leal de sus grandes ojos negros. Lleva enrojecidos de carmín los labios sabrosos; tremenda promesa de sueños desconocidos que voltea el gesto de los peones al mirarla.

Educada en la ciudad, viste y habla con sus hábitos. Habrá siempre en su voz, a pesar de su firmeza, el temblor de una verdad, la de sí misma, que quiere ser un hecho ante los hombres).

VICTORIA.—**(Dirigiéndose a la sombra de Servando)** ¿Ya estás, Papá?

SERVANDO.—¿También te aburren una risa y un llantito?

VICTORIA.—**(Al niño)**. ¡Martín, venga a ayudarme!

SERVANDO.—Me está cebando mate.

(Victoria vuelve a irse con gesto impaciente, por donde ha venido).

PEON 1º.—**(Aludiendo a Servando)** Siempre maltratando al gurí. ¿No temerá que un día lo hagan sufrir a él en la hija?

PEON 2º.—**(Confidencial)** La otra mañana la vide bañarse. Yo estaba entre los sauces, cuando la bombié acostada al sol, a la orilla del río. ¡Qué blanca es!

PEON 1º.—¿Y la viste claro? ¿Cómo son los pechos?

PEON 2º.—Apenas separados; altos y suaves, como desde la llanura son los cerros del Guazú-Nambí.

PEON 1º.—¿Y qué hiciste?

PEON 2º.—Esas no son pa uno de nosotros.

PEON 3º.—Son como las nubes; están hechas pa verlas pasar.

EL VIEJO.—Justamente, como las nubes: ¡tan poca cosa y con el fuego adentro! Si nos tocaran serían tal como el rayo.

PEON 1º.—**(A Telémaco, que regresa del aljibe; con sordo encono)** ¡Ni que jueras el dueño, pa cuidar de los árboles con ese cariño!

TELEMACO.—**(Detenido junto a la rueda)**. No los cuido ni los quiero porque yo sea el dueño. Sólo nosotros, los pobres, sabemos crear con amor lo que nunca será nuestro...

PEON 1º.—**(Interrumpiéndole con creciente desprecio)**. Eso serás vos, que nosotros trabajamos... pa comer y dir viviendo.

EL VIEJO.—No crea, mozo. Pa mí que él lleva alguna razón. Juimos, en los tiempos di antes, a la guerra. ¿Y pa qué? Pa dir, no más. Y en nosotros iba el coraje.

TELEMACO.—**(Terminando su pensamiento)**. Si Dios las apagase y yo pudiera, encendería de nuevo las estrellas.

PEON 2º.—**(Burlón)**. ¿Y pa qué, don?

TELEMACO.—**(Indiferente a la burla)** Pa verlas, no más.

TELON

ESCENA TERCERA

Interior de un amplio comedor de estancia. Junto a la pared de la izquierda, un pesado aparador antiguo; al fondo, la ventana enrejada que da al patio de la escena anterior, con sus tiestos de flores, abierta de par en par. A la derecha, la puerta que comunica con el zaguán, también abierta. Sobre la mesa comedor, colocada en el centro de la escena, una lámpara y fruteros colmados de frutas de otoño. Distribuídos en la escena muebles antiguos en los cuales se advierte la pulcritud del aseo.

Al levantarse el telón, la penumbra borra las cosas y sólo en el espejo de un mueble el atardecer, entrando por la ventana, pone una mancha de luz. Victoria acaba de hacer callar a la victrola, que está colocada sobre la mesa. Se acerca a la ventana; asida a las rejas, queda un momento mirando el limpio lucero que decora el lejano cielo ahondándose por encima de la sombra del rancho que cierra el patio. Luego deja caer los brazos, vencidos. Así permanece un instante, recogida en su pensamiento; después reacciona, coge un libro que habrá sobre la mesa y se dirige hacia la ventana.

VICTORIA.—**(Llamando en alta voz hacia el patio).** Telémaco...

TELEMACO.—**(Desde la rueda de los peones).** Voy, señorita.

(Victoria queda con la cabeza echada hacia atrás, mirando al lucero, hasta que entra Telémaco. Este viene sin sombrero; trae en la mano los útiles para recibir una clase de lectura elemental. Bajo el techo del patrón; frente a la mujer, en las manos los libros y cuadernos, su humildad se vuelve torpeza en el andar y el gesto).

TELEMACO.—Buenas noches.

VICTORIA.—**(Volviéndose hacia él).** Buenas. **(En la penumbra del anochecer, sus cuerpos son casi dos sombras).** ¿Papá estaba con ustedes?

TELEMACO.—Sí, señorita.

VICTORIA.—¿De qué se reían?

TELEMACO.—Cosas de Don Servando, con el gurí.

VICTORIA.—Hay días en que Papá es cruel con Martín. ¿No le parece?

TELEMACO.—Es el patrón...

VICTORIA.—Hace mal; tanto le pega, que el muchacho terminará por perder el miedo.

TELEMACO.—¿Sólo por eso?. **(El advierte, por el silencio hostil con que ella no ha respondido, la impertinencia de su pregunta. Deseando abreviar el silencio se acerca a la ventana).** ¿No le riego hoy las flores?

VICTORIA.—No; ya estoy aburrida de hacer lo mismo siempre.

TELEMACO.—¿Le fastidia el campo?

VICTORIA.—Me aburre lo que siempre es igual, y ha de ser igual.

TELEMACO.—La ciudad no será así...

VICTORIA.—También es así.

TELEMACO.—Yo creía que allí siempre había tanto movimiento...

VICTORIA.—Eso es lo igual: el movimiento.

TELEMACO.—**(Sin comprender del todo)** ¡Ah... sí!

VICTORIA.—**(Yendo a dar luz a la lámpara que está sobre la mesa).** Vamos a empezar.

(Telémaco se sienta a la esquina de la mesa, dando espaldas al zaguán; Victoria dando frente a la escena. Mientras disponen los útiles para dar la clase, ella hará saltar sus manos blancas entre las torpes y quietas de él. Telémaco la dejará hacer, con la mirada fija en la mancha de luz que la lámpara proyecta en el mueble. Animada por su silencio inerte, ella pronunciará cada vez más la insinuación de su coquetería. Hasta que por fin, tan audaz es ya su actitud,

que él levantará de la mesa sus manos y se recogerá contra el respaldo de la silla. Su gesto es una mezcla de sorpresa y de enojo. Las miradas de ambos son firmes, como un desafío)

TELEMACO.—Señorita Victoria...

VICTORIA.—¿Qué dice, Telémaco?

TELEMACO.—¿Ya empezamos?

VICTORIA.—Sí, empezamos. **(Sin transición, abriendo un libro del cual dictará lo que ha de ir copiando Telémaco. Pronuncia con lentitud dando tiempo a que él oiga y comprenda cada palabra).** La mujer dijo: Yo tengo algo nuevo que expresar, que nadie ha oído jamás. Pero no encuentro la palabra ni el hecho para decirlo; pues todas mis palabras están gastadas por el hombre, y todos mis hechos de antemano juzgados. Para que él lo entendiese, sería necesario que él no tuviera palabras, ni juicios; de otro modo, yo no seré para él como soy, sino como él habla y me piensa. ¿Por qué todos mis hechos posibles han de estar ya juzgados, aún por el hombre peor; los labios más sucios pueden dictar sentencia sobre mis acciones más puras? **(Dejando de leer, para mirar a Telémaco).** ¿Comprende, Telémaco?

TELEMACO.—Algo, señorita.

VICTORIA.—Está cansada de vivir sujeta a una voluntad extraña; cansada de ver siempre una estrella y un paisaje tan bellos y tener la seguridad de no poder nunca saber ni el secreto que guarda la estrella, ni el que guarda el paisaje. Agobiada por la lejanía del cielo; agobiada por la lejanía de su alma.

TELEMACO.—¿Y sufre por eso ?

VICTORIA.—Y sueña, ser ella la estrella caída en las manos de un hombre... Ser para el pobre venciendo su humildad, la libertad y el sueño que ella no puede hallar. El misterio revelado. **(Con exaltación)** Caer en sus brazos y en su alma, como esas flechas de luz desprendidas de pronto que hieren de fuego

a la noche. Soñaba que ella era un sueño entre dos brazos...

TELEMACO.—**(Humilde).** Aunque haya sido de chicos todos hemos soñado con el cielo.

VICTORIA.—**(Alentándole).** ¿Usted también?

TELEMACO.—Yo también. **(Desde el patio se oirá resonar la carcajada de Servando; cortada, seca, hiriente).**

TELEMACO.—**(Avergonzado).** Se vuelve a reir el patrón.

VICTORIA.—Será de Martín.

TELEMACO.—Yo era como Martín; no sé si él tendrá la facilidad que yo tenía para quedarme como ido de las cosas. Tantas veces molidos los huesos por una paliza, mal me mandaban al campo abierto, era como si el aire del galope me aventase los dolores. Y aunque supiese que en las casas me esperaba otra paliza, de pronto me tiraba en el monte y soñaba hamacado por el canto de las palomas, o viendo pasar el río entre las ramas de un sauce llorón.

VICTORIA.—¿Y qué soñaba?

TELEMACO.—Ahora lo he olvidado. Siempre... que no era el gurí maltratado en la estancia. Soñaba con las garzas; viviendo en la suciedad de los bañados, es de seda su cuerpo. ¿Por qué el pobre no podrá trabajar cubierto de aseo? En el campo todo es limpio, luminoso; sólo la casa en donde vive el hombre, es triste. ¡Qué cosa la vida...! Tantos golpes recibí de chico; y ahora miro para atrás y me parece que de gurí no viví otra cosa que mis sueños.

VICTORIA.—¿Todavía mira así al cielo?

TELEMACO.—No, señorita. De chico soñaba con el cielo; ahora todo lo espero de la tierra. Así se han ido humillando mis esperanzas.

VICTORIA.—El cielo desespera, Telémaco.

TELEMACO.—Yo lo observo para saber qué trabajo haré en la tierra.

VICTORIA.—**(Señalando el acentuado anochecer frente a**

la ventana). Mire aquel lucero. Parece un ojo frío con que la noche nos mira tenaz, una hora de nuestra vida que todavía no ha llegado.

TELEMACO.—¿Usted crée?

VICTORIA.—Sí, esa hora pasará, pasará; la tranquila mirada del lucero está segura. Nos mira, con la misma clara luz, nuestras horas escritas de alegría y de dolor. Y nos moriremos, y la noche seguirá mirando sin piedad por el ojo de luz del lucero, como si no hubiese visto nuestra muerte. **(Mientras habla, un pensamiento distinto ha movido su cuerpo y sus gestos que quieren ser de audaz intimidad con Telémaco. En el gesto de él hay una terca atención de querer saber, con sorpresa y enojo, si ella está hablando con las palabras o con el cuerpo, del que él huye sin disimulo, empequeñeciéndose en la silla).**

TELEMACO.—Señorita... si nos vieran... Usted, yo... La gente, el patrón...

VICTORIA.—**(Simulando sorpresa).** La gente, papá, ¿para qué los recuerda? ¿No dijo recién que le gustaba soñar?

TELEMACO.—Eso era de chico; ahora todo el tiempo me lo lleva el plantar árboles.

VICTORIA.—**(Insinuándose).** ¿Y si algo cayera en usted, y levantara otro sueño?

TELEMACO.—No comprendo, señorita. Paso el día sobre la tierra, sembrándola. Voy abriendo y guardando en los surcos, de sol a sol, las semillas; mis tranquilas esperanzas.

VICTORIA.—**(Intentando ahora más audaz, vencer con su cuerpo y los gestos la terca negativa de Telémaco).** Si yo fuera hombre, buscaría siempre la libertad; andaría por todos los caminos; conocería todas las cosas.

TELEMACO.—Yo quisiera ser libre para quedarme sobre un pedazo de tierra y hacer una sola cosa, que fuera la mía.

VICTORIA.—**(Hacia él extendiendo el rostro con la promesa de un beso).** ¿Y si le dieran algo que usted nunca esperó?

TELEMACO.—**(Apartándose con enojo humilde).** ¡Señorita!... ¿Seguimos?

VICTORIA.—**(Con enojo contenido)** Seguimos. **(Vuelve a dictar).** Pero el hombre es torpe y no comprenderá. Así ella sintió que sólo arrojándose hasta saltar el círculo de los juicios inconmovibles del hombre, podría hallar su verdadera libertad.

ESCENA CUARTA

Entra Servando seguido de Martín. Aquél es un hombre de 50 años; alto, huesoso, llena de ángulos violentos la cara, ensombrecida por el bigote negro que cae, desaliñado, sobre los labios. Los ojos brillantes miran de un modo tenaz e incierto. Vestirá como el hombre rico del campo: botas, bombachas, ancho cinturón sosteniendo el revólver; camisa de color claro; golilla blanca. La cabellera negra caerá sobre un costado, con las huellas del viento del campo. Andará con el paso del gaucho a quien el alcohol ha vuelto pesado. Como su mirada, que no cae jamás sobre las cosas, sino que parece buscar en el espacio algo que ella sólo vé, así su risa extemporánea, mezcla de taimado y cruel, da la sensación de reír de algo que está escuchando dentro de sí, olvidado de quien tiene delante.

Martín avanza en la sombra que proyecta el gran cuerpo de Servando. Tiene 12 años de edad. Es pequeño; oscurecido el gesto; torcidas las piernas; cansado el andar. Mísero el vestido; mísero el cuerpo; más triste aún el alma.

Mientras Servando trae en la mano el mate, Martín le sigue con la caldera y la pequeña damajuana de caña.

Al sentir los pasos de Servando, Telémaco se ha puesto de pié.

TELEMACO.—Buenas noches, Patrón.

SERVANDO.—**(Burlón, a Victoria)** Dejá a ese cristiano que duerma. Para lo que él precisa, le alcanza con saber hacer la raya de un surco. Esas historias con que querés llenarle la cabeza, terminarán por arrancarlo de la tierra.

TELEMACO.—**(Sin atender a la burla).** Tendríamos ne-

cesidad, don Servando, de un arado para romper el campo nuevo.

SERVANDO.—**(Con hastío)** Todos los días usted precisa algo para su tierra. **(Sentándose junto a la mesa).** Ahora no estoy para disponer nada. **(Dando el mate a Martín, que se ha parado detrás suyo).** Ya estás como las liebres, ¡animal! durmiendo de ojo abierto? Calentá ese mate. **(Martín sale. Servando continúa, dirigiéndose a Telémaco).** Otro día hablaremos de eso del arado.

TELEMACO.—Se nos resecará la tierra.

SERVANDO.—**(Agrio, para cortar el diálogo).** Esperaremos la lluvia.

TELEMACO.—Se nos va el tiempo.

SERVANDO.—**(Tendiendo los brazos, cuyas manos cruza sobre la mesa).** ¡Y que se vaya!

TELEMACO.—Sí señor. Buenas noches. **(Sale).**

VICTORIA.—Buenas noches.

SERVANDO.—**(A Victoria).** Serví una copa.

VICTORIA.—**(Mientras se dirige al aparador y busca la copa para servir la caña).** ¡Qué respuesta, papá, a quien quiere hacer algo aquí en donde nadie hace nada!

SERVANDO.—¿Quién lo obliga?

VICTORIA.—¡Claro; mejores son los del galpón: miran pasar las horas en la rueda del mate, o paseando por el campo; y, para que nada les falte, el patrón los divierte! ¡Así va todo!...

SERVANDO.—¿Y si yo no quiero otra cosa?

VICTORIA.—Tu campo se hace pedazos, papá. Cada año don Manuel se lleva entre las manos, unas cuchillas, unas cañadas, el monte... Y tú con los brazos caídos.

SERVANDO.—¿Y pa qué lo querés vos, si te aburrís en él?

VICTORIA.—Pero tú, que de joven abandonaste los estudios diciendo que lo querías trabajar...

SERVANDO.—**(Ríe; luego calla en un silencio tan extemporáneo como su risa).** No me daba la voluntad para el estudio.

VICTORIA.—Ni para el trabajo.

SERVANDO.—Ni para este trabajo. **(Confidencial, con extraño acento afectuoso).** ¿Sabés, Victoria: todo el mundo, Telémaco, vos, Manuel, viven queriendo ganar el tiempo; llenarlo de algo. Pues yo miro a veces al cielo y allí, a pesar del día y la noche, parece que no hay tiempo. ¿No hallás vos? Después... tengo para mí que nací con el tiempo ya perdido.

VICTORIA.—¿Con el tiempo perdido?

SERVANDO.—**(Vuelve por sí mismo a llenar la copa)** Pues sí. Nací después de mi tiempo, y allá se me perdió el alma. Yo debía ser de entonces, cuando la voluntad era un golpe rápido del brazo con un cuchillo en la mano, o un golpe seco en el cuerpo, por un hierro de lanza en el pecho. ¡Pero este andar, y andar... andar... que tu trabajo de hoy sea un hecho recién dentro de un año, y la voluntad tendida esperándolo... Y así llegar, ennegreciendo el campo de surcos, hasta los horizontes. **(Sin transición, violento).** ¿Y ese gurí, se ha dormido con el mate?

VICTORIA.—**(Llamando hacia el patio).** ¡Martín, el mate!

MARTIN.—**(Su voz desde la cocina).** Ya vá, señorita. **(Después de un breve silencio, se le siente llorar)** ¡Ay, ay... ¿Por qué me pega?

VICTORIA.—**(Hacia el patio)** ¿Quién te pega?

UNA VOZ DE MUJER.—Soy yo, señorita. Este diantre me revuelve el fuego.

VICTORIA.—**(Impaciente, a su padre que lleva la copa a los labios).** ¿Seguirás tomando más caña? ¡Terminarás por caerte borracho! **(Queriendo convencerlo).** ¿Por qué no sales, vas a ver a tus vecinos, haces un viaje?

SERVANDO.—**(Hablando con la dificultad que el al-**

cohol pone en su pensamiento). Dejame aquí tranquilo. Andar por donde uno conoce... es pasearse por el aburrimiento... Tenés conocidos los cardos del camino; sabés qué cañadas florecen de margaritas las primaveras.

VICTORIA.—Te llevaré lejos; ahí tenemos el auto.

SERVANDO.—Al principio era lindo ver cambiar el campo tan ligero. La velocidad hacía un campo nuevo; la distancia se acorta, no existe. Pero a poco de andar, todo se te vuelve altos y llanuras. Sí, eso es: altos y llanuras... **(De nuevo parece como si la risa se escapara por los labios que encontró abiertos).** Y aunque corrieses toda la vida, no encontrarías otra cosa; aunque fueses mucho más ligero, altos y llanuras en el camino. Como en el tiempo, día y noche. **(Pausa).** Te caerías muerto, tendido en el camino, bajo el sol o perdido en la sombra, y el camino, sigue igual: altos y llanuras. El tiempo, igual: día y noche. **(Pausa).** Mejor entonces, como yo: si no están hechos para entretenernos ni para descansar, los caminos ni el tiempo, mejor quedarse así, quieto en un lugar y en una cosa. Y aquí terminan mi camino y mi tiempo. ¿Comprendés?

VICTORIA.—**(Desinteresada del diálogo).** Todo eso para no hacer nada...

SERVANDO.—**(Sorprendido).** ¡Güé! ¡Claro que es para no hacer nada! ¿Para qué cansarte? Cuando miramos un cerro, es como las horas felices que esperamos... eso es... mas después es el propio cerro que no nos deja ver el camino entretenido que anduvimos. **(Martín entra y continúa cebando mate. Servando da un sorbo y prosigue).** La hora gozada también pasa y, lo peor... nos oculta los días de esperanza dichosa. **(Victoria se ha puesto a mirar el cielo desde la ventana. Servando sorbe, distraído, el mate; Martín, vencido de sueño, se recuesta, medroso, a la pared).** Así fué cuando yo quise... la no-

che del casorio como alto cerro; llegaste a él atravesando sueños. Un tiempo después, desde las llanuras del matrimonio mirás para atrás, y aquella noche se atraviesa tapándote para siempre aquellos sueños.

VICTORIA.—**(Con enojo).** ¡Si pudiera oírlo mi madre!

SERVANDO.—¡Si a lo mejor fué de ella que aprendí esto: paró su vida en un día. **(Sorbe su caña).** Años después de casada parecía una novia... Yo ya había pasado... pero ella veía las cosas así, y vivió contenta.

VICTORIA.—**(Siempre de espaldas).** Tú en cambio, te rebajas haciéndote igual a los peones. Antes no eras así!...

SERVANDO.—**(A Martín, violento).** ¿Ya estás durmiendo, trompeta? **(A Victoria, naturalmente)** Los peones son gente como nosotros.

VICTORIA.—Los peones, son peones.

SERVANDO.—**(Burlón).** Telémaco también lo es.

VICTORIA.—**(Intentando detener el pensamiento de su padre).** Telémaco se empeña en ser mejor; igual a nosotros. Yo lo ayudo por eso, a subir.

SERVANDO.—**(Con el mismo acento de burla).** Los otros también quieren y yo los ayudo.

VICTORIA.—**(Con enojo incontenido).** ¡Rebajándote!

SERVANDO.—Hay la misma distancia en bajar que en subir... y bajando, se anda más rápido **(Se llena otra copa).** Bajando, de un golpe los emparejo a todos conmigo. **(Pausa).** Vos tendrías que subir... uno a uno... y no te daría para eso, una vida. **(La palabra de Victoria va creciendo en vivacidad, en tanto Servando hace cada vez más lenta a la suya. Después de un silencio).** Y decime, Victoria: ¿pa qué, mismo, te tomás ese trabajo con Telémaco?

VICTORIA.—Busco algo en qué emplear a mi alma.

SERVANDO.—**(Ríe sonoramente ante los ojos interrogantes y audaces de su hija)** ¿Tu alma?... Eso es...

Bueno **(Lleva lentamente la copa a los labios. La coloca sobre la mesa; la hace girar con igual lentitud sobre su base, fijos en ella los ojos. Extiende hacia adelante el busto, y habla como si fuera consigo mismo).** Eso es... el alma. **(Pausa).** Emplear el alma... ¿Y el cuerpo?

VICTORIA.—**(Desafiante).** ¿Y si fuera así?

SERVANDO.—**(Vuelve a hacer girar la copa y a contemplarla. Con el mismo acento opaco).** Si fuera así... serías una yegua.

VICTORIA.—¡Borracho!... **(Servando echa hacia atrás el busto, y ríe con más estrépito que nunca).**

TELON

JORNADA SEGUNDA

Patio de la casa de SERVANDO, que mira al camino. Al foro, la casa colonial vista por fuera: dos amplias ventanas enrejadas, en el lienzo blanco y liso de la pared levantada sobre un ancho friso azul, coronada por una cornisa simple.

Entre las ventanas, la puerta del zaguán, abierta, dejando ver el interior, tan amplio que más parece un vestíbulo; tal como en las antiguas construcciones ricas del campo se estilaba. Por la ventana abierta de la izquierda se verá el interior del comedor. Al fondo del zaguán decorado con muebles de mimbre, se verá la puerta que comunica con el patio interior; cerrada. La ventana de la derecha permanecerá también cerrada.

En el primer plano de la escena, y correspondiendo a cada una de las esquinas del edificio, un paraíso gigante. Bancos de piedra a la sombra de los árboles. La mañana tiene una alegría dispersa en la luz del cielo, de los árboles, de las cosas. En el campo, se ha de estar oyendo en el balido de las majadas; entre los árboles de la quinta se alzará y caerá en los cantos de los pájaros, claros y limpios; lluvia con sol. En los patios, las mismas palabras que los hombres pronunciaron el invierno se iluminan ahora de alegría.

La sombra no es sombra; es ternura de luz.

ESCENA PRIMERA

(FILOMENA se ocupa en barrer el patio. En ella toda es ancho: vestidos, caderas, senos, labios. Sus formas, contenidas en la poquedad de la estatura, se han desbordado en curvas caídas hacia atrás, adelante y los costados. Sobre el claro percal con que se viste, saltan pueriles florecillas rosadas. No parece de aquella pesada masa sin dirección, la vocecita nerviosa con que habla).

FILOMENA.—**(Cantando con un aire de tonada):**

Llenar de surcos la tierra,
Una casa levantar,
Es lo mismo que a la idea
Te pusieras a alambrar.
Deja a los campos vacíos
En su bella libertad.
Y así tendrás en los ojos
Soledad para soñar.

VICTORIA.—**(Desde el comedor, asomada a la ventana)** ¿No vió el plumero, Filomena?

FILOMENA.—**(Dejando de barrer).** ¡Yo qué sé del plumero!

VICTORIA.—Estaba aquí, en el comedor...

FILOMENA.—**(Vuelve a barrer).** Pues por ahi estará. **(Váse Victoria).**

TELEMACO.—**(Aparece con actitud preocupada, por el costado derecho. Trae una podadora y un pequeño serrucho en la mano. Atraviesa la escena mirando hacia un lado y otro, tal como si buscara algo caído en el suelo).** Buen día, doña Filomena.

FILOMENA.—**(Deja de barrer; apoya las dos manos sobre el cabo de la escoba y en ellas el mentón. Ape-**

nas disimula la burla de su pensamiento). Güen óido, Telémaco.

TELEMACO.—**(Deteniéndose).** ¿Cómo decía?

FILOMENA.—No, nada... era un decir, no más. ¿No vás al rodeo?

TELEMACO.—**(Alejándose).** Voy a podar la quinta.

FILOMENA.—**(Vuelve a barrer).** ¡Ah, sí... Tendrás mucho que cortar. ¡Con qué vicio te crecieron algunos árboles, ¿eh?

TELEMACO.—Es verdad.

FILOMENA.—**(Detenida junto al paraíso de la derecha mientras Telémaco se ha detenido junto al de la izquierda).** Ché, Telémaco: me palpita que vos andás medio ido.

TELEMACO.—¿Yo?

FILOMENA.—¡Claro que vos! Anoche no más me pegaste un susto. Yo había ido al picadero a buscar leña, y te vide en la quinta como una visión del otro mundo. Con una luz en la mano, vos eras una sombra grandota haciendo bailar a tu alrededor las sombras de los árboles...

TELEMACO.—**(Yéndose).** Andaba buscando hormigas.

FILOMENA.—**(A un peón que se ve pasar por el costado derecho de la escena).** Ché, Meyao: a ver si me traes el huesito del corazón; lo preciso pa una medecina. **(Sin dejar de barrer, a otro peón que se supone pasa más lejos).** Moreno, si vas por el bañado bombiame la tubiana.

PEON.—**(Asoma por el costado izquierdo).** Diga, vieja: ¿Vd. no vió mi cuchillo?

FILOMENA.—**(Sin dejar de barrer).** ¿Qué tengo yo que ver con tu cuchillo?

PEON.—¿Vd. no lo vió?

FILOMENA.—¿Soy tu madre pa andar cuidándote las pilchas?

PEON.—**(Yéndose. A uno que se supone lejos).** ¡Dejá ese lazo que es mío, negro! **(Alguien silba llamando a los perros.**

ESCENA SEGUNDA

(Entra Inocencia. Sesenta años, pasando con el agua de los días por su cuerpo, han gastado las débiles superficies y sólo quedan ya las endurecidas formas de los huesos. Parece venida al mundo no de un vientre de mujer, sino creada por los labios de algún narrador imaginativo para sus cuentos de brujerías. Al verla, Filomena deja la escoba y corre a abrazarla).

FILOMENA.—¡Hola comadre Inocencia... qué milagro! ¿Qué la trae por aquí? **(Las mujeres se abrazan, pareciendo que se azotaran las mejillas con los besos repetidos que se asestan).**

INOCENCIA.—Ya lo vé, comadre. Como supe que estaban de carniada, me vine arrimando...

FILOMENA.—**(Maliciosa).** Güen olfato, comadre... ni los cuervos...

INOCENCIA.—¿Qué quiere? Pa algo han de ser los ricos; pa ayudarnos a los pobres.

FILOMENA.—Pues está claro...

PEON.—**(Vuelve a asomar por detrás del paraíso de la izquierda. Con afectuosa cortesía).** Diga, doña Filomena: ¿no me empresta la cuchilla de la cocina? Perdí el mío...

FILOMENA.—¿Y por qué no comprás? El boliche está bien cerca.

PEON.—Es pa cueriar la vaca y ahora no hay tiempo pa ir a comprar.

FILOMENA.—La mellan, y después andan mañereando pa afilarla.

PEON.—**(Sonriendo).** Si me la empresta, le traigo la tripa gorda.

FILOMENA.—¿Vos creés que soy carancho? ¡Mandáte mudar y no amolés la pacencia!

PEON.—**(Yéndose).** ¡Pucha, vieja bellaca!

FILOMENA.—¡Andá, ladiao!...

(Por la esquina izquierda del frente de la casa, aparece Victoria. A pocos pasos detrás suyo viene Telémaco. Bien se advierte que ella huye, soberbia, de la terquedad humilde con que él la sigue. Aunque no pronuncian palabras mientras abrevian la distancia hasta la puerta del zaguán por donde ella penetra y se esconde, los gestos dicen tan alto de los ruegos desechos del hombre ante el duro silencio de la mujer, que las viejas en el patio los oyen con los ojos avizores, mientras se sientan en el banco que sombrea el paraíso de la derecha. Desaparecida Victoria, Telémaco quédase dando pasos sin sentido en el patio, sin que su perdida voluntad acierte a encontrar el gesto del disimulo. Y las viejas, casi nariz contra nariz, rodilla contra rodilla, son la viva imagen de la habladuría popular, que por un ademán entran camino de las almas extrañas, juzgan sus secretos como si en la palma de la mano tuvieran el ajeno corazón, y con él jugaran mientras charlan y charlan. ¿Qué honradez persiste, bajo esos ojillos, mientras saltan las palabras entre los labios resecos?)

INOCENCIA.—¿Y es ansina, no más?

FILOMENA.—¿Quién lo duda, comadre? ¡Y pa éso tanto orgullo!

INOCENCIA.—¡Con un sucio! **(Sarcástica)** ¡Tan aseadita la moza!... Mas quién lleva adentro la suciedad del vicio, ni siente la suciedad del hombre. ¿Vd. no halla?

(El paso con que Telémaco va hacia la izquierda, bien denota que apenas si ha de alejarse del edificio donde queda Victoria).

FILOMENA.—Ahi lo tiene, al zonzo ese: tanto levantó la boca, que se escupió la cara.

INOCENCIA.—No vido que quitados los trapos, no son más que una pobre!

FILOMENA.—Y ésas son, comadre, las que ponen y sacan la honra a las pobres. ¡Mal haya el hombre que cae en sus arterias, o la mujer en su lengua...!

INOCENCIA.—¡Ah, comadre, no me diga lo que es la gente pa apreciar al prójimo... Mire usté que lo que dijeron de su asunto con el pulpero!...

FILOMENA.—**(Intentando desviar el mortificante recuerdo que la maldad de la otra trajo al diálogo).** Eso ya se olvidó hace tiempo. Y bien lo pagué, comadre. **(En una tímida justificación)** A más... tan poco aprecio hizo de mí el Barroso, que en casa entró la desgracia.

INOCENCIA.—La desgracia... jué ansina, comadre. ¡Pobrecito... él mismo me lo contó... Claro que no estaba bien aquello de pasarse las noches en la carpeta olvidao de su mujercita. ¡El vicio, del hombre...!

FILOMENA.—**(Ante la imperturbable maldad de Inocencia, mira de frente al recuerdo y quiere diluir su disgusto en cinismo).** ¿Usté sabe los sustos de una mujer sola en el rancho, mientras el pampero suena en los árboles fingiéndole voces de hombres que se acercan, de criaturas que lloran? ¡Qué sé yo lo que el susto de la soledad le pone al ruido del viento en la noche!...

INOCENCIA.—**(Con la voz opaca, tal como si estuviera narrando la historia desgraciada de una mujer que no es aquella que la escucha).** Después de la desgracia, el pobrecito de Barroso vino a casa a quejarse. Dice que un amigo, ¡nunca faltan malas lenguas pa contar estas cosas!...

FILOMENA.—Eso es, ¡nunca faltan!...

INOCENCIA.— ... le avisó de sus amores con el pulpero. El hombre por vergüenza, que no por desconfianza, salió aquel atardecer, como siempre. Y cuando usté dentró a la cocina, maneó el caballo en el bajo y se vino a los ranchos. Apenita si tuvo

tiempo de meterse abajo de la cama, cuando por el corredor sintió llegar al pulpero. **(Como si todavía conservara el asombro)** ¡Había sido verdad, comadre!

FILOMENA.—La desgracia está escrita... y llega a tiempo...

INOCENCIA.—Dice que los vido dentrar a usté y al pulpero al rancho. Peló el revólver el hombre; pero se contuvo. Quería convencerse. Ustedes en comenzaron a sacarse las ropas.

FILOMENA.—¡Quién lo hubiera carculado entonces!

INOCENCIA.—Ahí tiene... Cuando ganaron la cama le temblaba el arma en la mano. Pensó ahí no más, dice él, darse a ver y matarlos!...

FILOMENA.—¡Y yo, tán confiada!

INOCENCIA.—Crujía la cama con los saltos de ustedes, y al Barroso, asegún cuenta, le crujían los dientes.

FILOMENA.—Yo no sé pa qué le dió al pulpero por hacerme celar aquella noche. Eso sí, comadre; yo estaba en la cama con el pulpero... pero las cosas son las cosas: yo nunca créi que el Barroso me jugara sucio con náides.

INOCENCIA.—¿Y jué verdad que el pulpero le dijo a usté: aónde andará el güey de tu marido?

FILOMENA.—¡Así jué, no más!

INOCENCIA.—¡Mire qué cosa ha de hacer el diablo! ¿Y lo de la jugada?

FILOMENA.—Yo le dije: está en la carpeta. Y el pulpero porfió, pa hacerme celar, que estaba en lo de la Manchada.

INOCENCIA.—Malicia del pulpero.

FILOMENA.—¡Pura malicia!

INOCENCIA.—¡Y el hombre, abajo de la cama, con el arma en la mano! ¿Y después, comadre? Porque en llegando a esto, al hombre se le hace un hueco en el recuerdo.

FILOMENA.—¿Y después...? Yo qué sé. Cuestión jué que

en comenzamos a discutir y a ráirnos: que si está con la Manchada o está en la carpeta...

INOCENCIA.—¡La rabia del Barroso abajo de la cama!

FILOMENA.—Yo discutía: ¿Pero vos no sabés lo que es el vicio del juego? Barroso nació jugador, se crió jugador, y va a estirar la pata jugando. El vicio domina al hombre.

INOCENCIA.—¡Qué momento, comadre!

FILOMENA.—Pal final, el pulpero me dijo: te juego diez pesos a que está con la Manchada. Acepto, dije yo. Y cerramos el trato con un beso.

INOCENCIA.—¡Ave María!

FILOMENA.—No habíamos terminado de cerrar la apuesta, cuando vide el revólver y la cara del Barroso salir de abajo de la cama. Juí a gritar, cuando él salió del todo y encarándose con el otro le dijo: ¡Perdiste, pulpero, yo estaba aquí!

ESCENA TERCERA

(Por la puerta del zaguán aparece Victoria y se dirige hacia el grupo de las viejas. Lleva un libro en la mano).

VICTORIA.—Filomena, ¿cuándo vá a preparar las cosas de la matanza?

(Las dos viejas al sentir a Victoria se ponen de pie, en actitud de irse).

FILOMENA.—**(Con mal contenida acritud).** Güé, ya voy, pués.

VICTORIA.—Por la ladera ya vienen con el rodeo.

(En tanto las viejas vánse, en animado diálogo por la esquina de la izquierda, Victoria va a sentarse en el banco bajo el paraíso de la derecha, sin hacer caso de las miradas que a hurtadillas las viejas le asestan. Abre el libro e intenta leer. No ha pasado la primera página, cuando Telémaco aparece por el costado derecho del edificio y, con sordo paso, llega hasta detenerse a espaldas de ella).

TELEMACO.—**(En su voz hay el tono del ruego, como un ténue velo cubriendo el encono de la mirada).** Victoria...

VICTORIA.—**(Sorprendida).** ¿Usted? ¿Qué es esa insolencia?

TELEMACO.—¿Cuál?

VICTORIA.—**(Poniéndose de pie).** ¿Cómo me llama así? ¿No comprende que nos espían? ¡Váyase!

TELEMACO.—**(No hay ni en su voz ni en su gesto ningún signo de altanería; pero aquella humildad del acento, no es tan imperturbable como su resolución de hablar)** Señorita, dejemé... oiga un poco. Yo sé que no puedo decirlo bien... pero usted quiere que sea como antes cuando no había pasado nada.

VICTORIA.—Usted se ha vuelto insolente, Telémaco. ¿Quién no vé ya sus faltas de respeto conmigo? ¿Por qué ha perdido aquel modo humilde de antes? **(Con vehemencia).** Ya no hay nada más, ¿comprende?

TELEMACO.—**(Ha recibido las palabras de Victoria, sin oírlas, sólo atento a recoger las suyas junto a sus labios. Tanto le ha costado unirlas).** Si usted clavó en mí una espuela, ¿cómo quiere que corra y esté quieto al mismo tiempo? ¡Como antes, como antes...! ¿Qué se yo cómo era antes? Si tuve deseos, pasaban por mi alma sin huellas, como en el campo las sombras de las nubes del mediodía...

VISTORIA.—Pues ahora debe ser lo mismo...

TELEMACO.—No puede ser. Los surcos que usted abrió, huellas sucias de rastrojo son ahora... **(Rodea el banco, extendidos los brazos hacia ella. Exaltado)** ¡Yo nunca lo había pensado! ¿Por qué me hiciste pensar y ser? ¡Yo quiero...

VICTORIA.—**(Con el temor en los ojos y en la voz)** ¡Quieto, Telémaco... papá...

ESCENA CUARTA

(Mientras Telémaco deja caer los brazos y Victoria camina lentamente hacia la casa en donde entra, por el costado izquierdo vienen Servando y El Pájaro. El primero viste como en el acto anterior. El Pájaro es pequeño de formas; pero éstas tienen tan justo equilibrio, que parece ser un hombre de regular estatura. En sus vestidos, botas, poncho de verano, se aviva el recuerdo romántico de los gauchos. El perfil tiene la agudeza y sobriedad de un perfil de medalla. La voz es clara, lenta, emotiva. Todo en él es una audacia velada, que su hombría desatará si es preciso. Nadie movería sus juicios; nadie cambiaría su vida; todo comienza y termina en él. Por eso no es humilde ni altanero. Las almas extrañas sólo son para la suya un espectáculo; cuando más, un episodio con que llena la imaginación mientras los campos le miran pasar en los saltos de sus potros, o bajo las estrellas, en los perdidos caminos de la frontera, donde, contrabandista, se va jugando y ganando la vida).

SERVANDO.—**(A Telémaco).** Dígale a Martín que traiga el mate para convidar al amigo.

EL PAJARO.—Buen día, Telémaco.

TELEMACO.—**(Yéndose. A Servando)** Sí señor. **(A El Pájaro).** Buen día...

SERVANDO.—**(Al tiempo de hacerlo, en el banco más próximo).** Sentáte Pájaro. **(Mientras El Pájaro se sienta, adelantando una pierna tal como si no quisiera pesar con todo su cuerpo sobre el banco).** ¿Domando siempre?

EL PAJARO.—Redomoniando la suya, sí señor.

SERVANDO.—¿Qué tal te va saliendo? El padre era muy bellaco.

EL PAJARO.—Parece que va a ser güena. Tan inquieta y alegre, que le he puesto un nombre raro. ¿Carcule?

SERVANDO.—**(Incapaz del más leve esfuerzo mental).** ¡Y yo qué sé...¡

EL PAJARO.—**(Sonriendo).** Esperanza...

SERVANDO.—Lo que yo no tengo.

EL PAJARO.—**(Vuelve a sonreir).** A lo mejor fué por eso que la cristiané ansina; pa que monte en ella...

SERVANDO.—Erraste, Pájaro: cuando me la traigas ya se habrá aquietado... y le va a quedar grande el nombre...

EL PAJARO.—Será como un recuerdo.

SERVANDO.—Tal como fueron no se recuerdan. Y después... a ésa ya no la podré montar yo. **(En su palabra se ha ido acentuando una callada idea de desaliento que ahora se hace visible en el gesto).** ¿Sabés Pájaro: por eso te esperaba...

(Martín viene con la caldera, el mate, la damajuana y dos copas para servir caña. Servando coge y sorbe el mate que el niño le alcanza, mientras éste sirve caña a los dos hombres.)

SERVANDO.—Ahí está cómo me alcanzó este día. ¡Qué cosa... la vida es un plazo, y otro, y otro, que se cumplen. ¿Quién resiste? Eso es; cuando menos pensás, ahí está el plazo cumplido. Hoy viene don Manuel para recibirme la estancia... Ya es de él. Como un puñado de agua se me fué el tiempo, sin sentirlo, entre las manos...

EL PAJARO.—¿La tenía hipotecada, don Servando?

(Mientras los hombres hablan, Martín les ceba mate).

SERVANDO.—¡Yo qué sé, Pájaro!; ¡yo qué sé!... ¡Caramba! De una noche a una mañana, murió mi padre, y fuí rico. ¡Cómo cansa ser rico! Parece que el campo te pesara en las manos. **(Contestando a alguien que habla dentro de él).** ¿Por qué tiene uno que conservar lo que no quiso tener? Nacés, Pájaro, rico: ¡y toda la vida el cansancio para llegar

rico a la muerte! Un viaje tan largo... **(Sonriéndose).** ¿no hallás?, cansándote de cargar en la espalda un peso que dejás tirado en la tierra al llegar al final.

EL PAJARO.—**(Intentando bromear).** Mi viaje es más corto, don Servando; todo está en cruzar bien una línea: La frontera. Y lo que cargo, lo juego una noche en la carpeta. Y si cuadra... también juego la vida en un camino.

SERVANDO.—Ahí está, Pájaro. Pero vos no querés nada, y vivís contento.

EL PAJARO.—Y... don Servando... Una casa, una mujer, un campito; atan al hombre. **(Sonríe).** Pa mi parecer, al menos. Hasta una esperanza, ata como una cosa. Yo por éso, todo lo llevo encima; en la maleta va todo lo que tengo.

SERVANDO.—¿Y no te aburrís, Pájaro, de andar siempre por los mismos lugares? ¿No te vienen ganas de irte por ahí?

EL PAJARO.—No, don Servando. Me parece que llevo arrollada entre las patas de mi caballo, las cintas de todos los caminos. Y de áhi será, que se me van las ganas de hacerlos.

SERVANDO.—Puede ser. Pero yo... Ya ves: hoy es el último rodeo que mando parar, como dueño. Mirá Pájaro: hace noches que vengo pensando; nunca me había pasado esto; pero el plazo se cumplió... Y estoy cansado de no haber podido nunca querer alguna cosa, cualquiera, pero querer algo. Fuí rico sin querer; y ahora soy pobre, sin querer. **(Vuelve a servirse caña).** ¡Qué sé yo!; tengo como la pereza extendida de un día de lluvia. ¿Te has fijao en los días del invierno, el agua cayendo con tantas vocecitas levantadas en el patio, cómo te llenan la cabeza de ideas? Pero la misma lluvia, cerrándote el campo como un trapo gris colgado de los árboles, te afloja en los brazos la voluntad.

Su palabra tiene la lentitud del pensamiento obligado rara vez a hacerse vivo en la expresión. Y en la primavera... las mañanas tan frescas, todo es ágil: la luz, el caballo, el sonido... Y tu cuerpo parece una voluntad. Pero en la cabeza vacía te suena hasta la boca, esto: ¿Para qué, para qué? **(Pausa).** ¡Si yo hubiera podido una vez, tener al mismo tiempo la idea y la voluntad!

EL PAJARO.—Yo tengo pa mí, don Servando, que eso de la idea, como usté dice, ha de cansar al hombre. Cuando yo ando solo por el camino y veo que puede venirme una cosa de ésas, canto o silbo... **(Sonríe).** Y ansina la voy ahuyentando.

SERVANDO.—Tenés razón, Pájaro. **(Pausa).** Y allá en la ciudad, viven ahora diciendo que nosotros no hacemos nada; que los hombres del campo no luchamos, como ellos dicen. ¡Güe... claro que no hacemos nada! De mí te digo que pasé la vida así... **(Abre los brazos; echa hacia atrás el busto; eleva los ojos al cielo queriendo hacer física la imagen).** como el río Tacuarí en la llanura; pasando sin ruido, recogiendo al cielo. **(Pausa).** Si por lo menos, ahora, que me voy a la ciudad, pudiera lejos, guardar el campo, como el Tacuarí se queda con la luz del cielo cuando ya es oscura la noche...

EL PAJARO.—¿Y no le queda nada, don Servando?

SERVANDO.—Me va a pasar una pensionsita vitalicia. **(Continuando su disputa en voz alta, con la idea callada que le acosa).** Que no queremos, que yo no quise cambiar nada. **(Señala el horizonte).** ¿Vos vés, Pájaro, en algún lado aquí, algo que quiera cambiar? ¿Para qué, entonces?

DON MANUEL.—**(Su voz alegre, pueril, suena desde la distancia, hacia la izquierda).** Buen día, paisanos. ¿Dan permiso para bajarse?

SERVANDO.—**(Aludiendo a la voz).** Ahí lo tenés ya al

mísero ése. Andá a recibirlo. **(A Martín, mientras EL Pájaro se ha levantado a su indicación).** Traé una silla. **(Su gesto se vuelve reconcentrado y agrio).**

ESCENA QUINTA

(Por la lateral izquierda vienen El Pájaro y Don Manuel. Este es un tipo híbrido, sin ningún gesto ni rasgo que alcance a definirlo. Su estatura es proporcionada; su abdomen no alcanza a descomponer la figura; los ojitos son vivaces sin violencia; el bigote canoso sin ser blanco; viste con pulcritud que no es lujo. Las mismas botas que calza estilo campero, tienen un cuidado lustre ciudadano. Si en el campo la mediocridad tuviera una imagen, esa sería ésta. ¿Es de la ciudad? ¿Es del campo? Es de cualquier parte, porque no es de ninguna. Ese mismo traje que viste, quitadas las botas, es el que usa en la rueda del club de su pueblo. Es, en suma, si pudiera usarse el término, la hipérbole de la justa medida. Lo que hay en él de cierto y fuerte, una imperturbable voluntad tendida hacia su fin, nadie lo advertiría, ni en la persona ni en la palabra. Pero lo sabe el viajero que la cruza extendida en los valles, alzada en las lomas, alejando alambrados y arrojando a los caminos o a los pueblos, a los hombres vencidos por sus manos regordetas. Por la puerta del zaguán vuelve Martín con una silla que coloca frente a Servando)

DON MANUEL.—**(Al notar que Servando no hace ademán de levantarse para recibirlo).** No se moleste, don Servando, ¿Qué tal, tomando el fresquito? **(Extiende la mano que el otro acoge fríamente).** ¿Cómo va la señorita? **(Mientras se sienta).** ¡En buen estado el ganadito! ¿Piensa carnear? ¡Cómo está de baja la Tablada!

SERVANDO.—¿Cómo le vá?

(El Pájaro vuelve a ocupar su asiento junto a Servando. Martín váse con la caldera a calentar el agua).

DON MANUEL.—Bien, don Servando; muchas gracias. **(Extrae con que liar un cigarro. A Servando).** ¿Gusta servirse?

SERVANDO.—**(Siempre con sequedad).** Gracias, recién fumé.

DON MANUEL.—**(Liando su cigarro).** Sí, señor...

(El Pájaro, ante la descortesía de Don Manuel de no ofrecérselo, comienza a liar de su tabaco un cigarro).

DON MANUEL.—¡Qué lindo tiempo, ¿no verdad?

SERVANDO.—Muy lindo.

DON MANUEL.—Sí señor...

SERVANDO.—Sí señor...

DON MANUEL.—Este animalito que carnea hoy, va por su cuenta, ¿no verdad? ¡Claro, me explico... la despedida...

SERVANDO.—**(Ríe con su risa extraña).** Claro, la despedida.

DON MANUEL.—Ya podíamos aprovechar para contar el ganadito. ¿No le parece?

SERVANDO.—Podíamos.

DON MANUEL.—Sí señor...

EL PAJARO.—**(Creyendo a su presencia culpable del visible embarazo de Don Manuel. Levantándose).** Con su permiso.

SERVANDO.—¿Dónde vas?

EL PAJARO.—Parece que estorbo. Irán a hablar de negocios...

SERVANDO.—A mí no. Quedáte; la cosa es clara: de esto ya nada es mío, todo es de este hombre.

DON MANUEL.—Los negocios...

(El Pájaro se sienta. Martín vuelve a cebar mate).

SERVANDO.—Y digamé: ¿no podíamos arreglar para yo quedarme en las casas y con unas cuadras? He estado pensando que con un poco de trabajo yo arreglaría mi situación. Todavía tengo voluntad y fuerzas.

DON MANUEL.—¿Qué quiere hacer don Servando?

SERVANDO.—¡Yo qué sé... **(Ríe con sonora carcajada. Se sirve nuevamente caña).** La verdad es que yo nunca he podido querer nada. Sí, eso es... Pero ahora parece que va a cambiar la cosa.

DON MANUEL.—**(Como disculpándose de una negativa que nadie torcerá).** Y yo... tengo todo tan resuelto... Para decirle la verdad, éste es el último negocio que hago. Sí señor... Hace años que estoy cansado de tanto querer siempre aumentar el campito...

EL PAJARO.—**(Irónico).** ¿El campito?

DON MANUEL.—El campito... ¿Sabe? Yo empecé de muchacho, repartiendo cartas en el pueblo; entonces no había carteros. Los vecinos me pagaban un real, dos... Algunos me regalaban una carrada de leña en el invierno, que yo mismo cortaba; otros, una vaquita... **(Con ánimo de halago).** ¡Hombre, su padre fué uno de ellos. Y bueno... así fué toda la vida; juntando vintén sobre vintén; queriendo siempre, sin descanso, juntar un capitalcito.

SERVANDO.—Y lo juntó.

DON MANUEL.—Sí señor. Y ahí está mi desgracia; no me alcanza...

SERVANDO.—**(Ríe).** ¡Pero si usted es muy rico!

DON MANUEL.—Es justo; soy rico. ¿Para que se lo voy a negar? Pero soy un desgraciado. A usted que es un amigo, se lo puedo decir, sí señor. ¡Toda la vida queriendo ser rico, y ahora que lo soy, no puedo ser como rico!

EL PAJARO.—¡Güé, eso es lindo...! ¡Nunca había óido una cosa ansina!

DON MANUEL.—¿Usted tiene algo, amigo?

EL PAJARO.—**(Sonriendo).** Por áura... el caballo y el coraje. ¿Alcanza?

(Servando ríe sonoramente).

DON MANUEL.—Yo me hice, toda la vida, queriendo ahorrar, ahorrar... Sí señor. Y ahora que ya tengo lo

que quise, no puedo dejar de querer.

SERVANDO.—**(Riendo)** ¡Justo como yo! **(El gesto y el tono con que habla, hacen creer que una voluntad decidida dirige sus palabras).** Bueno; es muy rara y dolorida su historia...

EL PAJARO.—**(Siempre irónico).** Como de paisanos.

SERVANDO.—Eso es; de paisano. Pero vamos a lo que dije: ¿Podemos arreglar así, de quedarme?

DON MANUEL.—Ahí está, don Servando... que tengo un ganadito comprado para poner en este campo. ¿Sabe? Una invernada para vender antes del año, pues tengo un compromiso grande.

SERVANDO.—¡Pero si yo no digo más que unas cuadras y la casa.

DON MANUEL.—Y... usted es campero y sabe que el barullo... el movimiento, asustan al ganado y no lo dejan engordar. Y... ahí está... ¿Sabe? Por ser usted yo hice este negocio; yo quería descansar.

SERVANDO.—De modo que...

DON MANUEL.—Y... ahí está... Mi campito está muy apretado; necesito todo este potrero porque usted ve, le voy a explicar: corriendo el alambre hasta el cañadón, y levantando éste de la chacra yo traigo aquí a un moreno al que ya le dí esta casa para vivir de puestero...

SERVANDO.—**(De su ánimo vuelve a irse la voluntad).** Bueno, basta. Ud. mira ahora todo esto como dueño... **(Ríe).** yo también... Sólo que usted es el dueño, mismo. **(Llamando).** ¡Telémaco! **(Volviendo a dirigirse a Don Manuel).** Vamos a arreglar eso de los árboles.

DON MANUEL.—Como usted guste.

(Por el costado derecho aparece Telémaco).

TELEMACO.—¿Llamaba patrón? **(A Don Manuel)** Buen día...

DON MANUEL.—Buen día, paisano.

SERVANDO.—**(A Telémaco).** Sí. ¿Cuánto crée Ud. que

vale cada árbol de la quinta?

TELEMACO.—**(Después de un silencio ocupado en hacer los cálculos).** Y..., uno con otro... seis pesos.

DON MANUEL.—**(Sin poder disimular la violencia).** ¿Está loco, amigo? ¿De dónde saca esos cálculos?

TELEMACO.—**(Con digna serenidad).** De lo que me costó criarlos.

DON MANUEL.—**(Con un dejo de desprecio).** Yo pago los árboles, y no su trabajo.

TELEMACO.—Los árboles son mi trabajo.

DON MANUEL.—**(Irónico).** ¿Es esa la fruta que dan?

TELEMACO.—Eso es lo que valen. Son casi todos naranjos.

DON MANUEL.—Las vacas no comen naranjas...

TELEMACO.—Yo no los planté para las vacas.

DON MANUEL.—Pero yo los compro para ellas; servirán de sombra...

TELEMACO.—**(A Servando).** ¿Se va deshacer la quinta, patrón?

SERVANDO.—Ya lo oye.

TELEMACO.—¿Así que yo no trabajaré más en ella? ¿Y los que recién están creciendo? Hay dos almácigos para mudar...

DON MANUEL.—Esto será un potrero.

TELEMACO.—¿Y vá a soltar aquí el ganado?

DON MANUEL.—Pues está claro.

TELEMACO.—¿Y yo?

DON MANUEL.— ¿Usted? ¡Yo que sé...!

TELEMACO.—¿Perdí mi trabajo? ¿Se deshace todo, chacra, quinta? Don Servando, ¿quién manda aquí?

SERVANDO.—Mire Telémaco: resulta que se venció el plazo de la hipoteca, no pude pagar, y ahí tiene... **(Señalando a Don Manuel).** El es el dueño.

TELEMACO.—**(Sin ocultar su angustia).** ¿Pero y los árboles? ¿Y yo?

DON MANUEL.—**(En su gesto se advierte cuánto le desconciertan las palabras del peón).** ¿Pero y usted quién es?

TELEMACO.—¡El que ha trabajado; el que trabaja! **(Su angustia se vuelve indignación).** Ud. era el dueño de la tierra y la perdió, yo no sé cómo. Y porque ahora Ud. es el dueño, yo pierdo mi trabajo? **(Su exaltación se acrece a medida que habla, hasta olvidar la distancia que el dinero pone en el lenguaje de los hombres).** ¿Así es que mi voluntad por mucha que sea, no vale nada? ¿Nada? **(Señalando a un hombre y a otro).** Ud. era el dueño y se la vendió a él. Y mientras tanto, yo era quién trabajaba la tierra, y crecían los árboles... **(Su palabra es casi un grito).** ¡Y ahora... ahora... Uds. pueden, yo no puedo nada! ¿Para qué entonces sirve toda mi voluntad?

DON MANUEL.—Amigo: yo preciso todo el campo.

TELEMACO.—¿Y mi trabajo? ¿Y los árboles? ¿Dónde voy con mi trabajo en los brazos si Ud. me echa de la tierra?

DON MANUEL.—Siempre hay en algún lado trabajo...

TELEMACO.—¿Dónde está?

DON MANUEL.—El mundo es grande...

TELEMACO.—Ustedes lo hacen chico. **(Con voz de ruego).** ¡Don Servando, conserve la quinta!

SERVANDO.—**(Levantándose. Los otros le imitan).** No puedo, Telémaco. Yo qué sé... me alcanzó el tiempo... yo estaba distraído... no lo sentí. Así anda él. **(Adelantando hacia la izquierda).** Vamos don Manuel a ver los árboles; ya veremos lo que valen. Vaya Telémaco; ya vienen con el ganado; que maten una vaquillona.

EL PAJARO.—**(Deja avanzar a los otros y se vuelve hacia Telémaco).** Sólo los caminos, Telémaco, nos van dejando pa nuestra voluntá... Y éso mesmo, pa que andes y andes... que en su angostura alambrada nadie puede posar. Ansina es la ley... **(Váse. Telémaco se queda, caídos los brazos; caída la cabeza; perdido el pensamiento).**

ESCENA SEXTA

(Victoria ha oído, desde el interior de la casa, las palabras desesperadas de Telémaco. Y ella, que un momento antes ahuyentara al peón, vuelve ahora al patio movida por la piedad. Así se acerca a él, que permanece inmóvil, sin verla. Desde la distancia de la izquierda, se siente la alegría de un silbido extendido sobre la cabeza del rodeo, como una soga que lo sujetara. Otra vez, es la exclamación regocijada de un hombre: "¡Oigalé el duro..." Y la frase se pierde en la distancia. Más cerca, otro grita: "¡Cuidao la ronda, negro, que te degüella!" Y el silbido se alarga de nuevo, pretendiendo aquietar las alzadas cabezas del ganado. El rodeo está cerca y su alegría salta hasta el patio durante toda la escena).

VICTORIA.—Telémaco... **(Este levanta la cabeza y la mira con aire hosco).** ¿Discutía?

TELEMACO.—**(Su palabra disimulará la violencia que agita su alma. Así irá creciendo hasta expresar el odio).** Deshacen la quinta, me echan de entre mis árboles... No tuvo horas el día para mi trabajo en ella. Y porque su padre no contó los días de un vencimiento, ahora nos echan de aquí. ¿Adónde iremos?

VICTORIA.—Parece que a vivir al pueblo, nosotros. ¿Y usted?

TELEMACO.—**(El asombro está en sus ojos).** ¿Yo? ¿Pero es que usted irá a un lado a donde yo no iré? ¿Quién dice éso?

VICTORIA.—Sí, Telémaco: nos separaremos. Así será mejor...

TELEMACO.—¿Cómo? ¿Y Ud., después de lo que pasó, ahora también me deja? ¿No me quiso entonces?

VICTORIA.—Lo que pasó entre nosotros no era amor; ya se lo he dicho. Eran mis deseos no gozados nunca, los que busqué encontrar aquel día. Pero usted confundió; creía que era amor, y olvidó que era el peón y yo la patrona...

TELEMACO.—¿Cómo quiere que entienda? Vd. me hizo amarla. Sus piernas, ¡cuántas veces, me herían como un latigazo blanco en los ojos! Yo no sé decirlo y por éso... ¿Pero Vd. no vé que yo la amo? Si pudiera decirlo...

VICTORIA.—Aunque supiera decirlo, sería lo mismo. ¿No lo sé yo y acaso me entiende Vd.? **(Con pena).** No, Telémaco, no: no se puede amar porque nos amen. No se es feliz con el amor que nos tienen.

TELEMACO.—Ni con el que tenemos. Pero aquel mediodía nos entendíamos...

VICTORIA.—Nos pareció. Lo necesité un momento y no era a Vd. a quién me daba. Había en mis ojos tantas figuras, ¿comprende?; recuerdo de personas... No sé cómo decirlo... imágenes, que no veía su cuerpo. Vd. era el que estaba; pero yo no lo veía. Así me pasa con el día: de noche es cuando veo sus encantos. En la luz todo es demasiado claro; por eso es hermosa la noche; todo existe y no existe; está como más lejos...

TELEMACO.—**(Con rencor).** ¡Artera en el trato; artera en los hechos!...

VICTORIA.—**(Con pena).** ¿Así paga?

TELEMACO.—¿Qué le debo? ¿Por qué me enseñó a leer? ¿Quién me puso esto adentro? ¿Qué es Vd.? ¿Una loca, una cualquiera?

VICTORIA.—**(La pena detiene su exaltación).** Porque fuí generosa con Vd. me calumnian las viejas y ahora, su gratitud es también calumnia. ¡Así es; así son todos! ¿Por qué me pide todavía más... amor... si le dí lo que nunca hubiera conquistado?

TELEMACO.—**(Su rencor se ha vuelto ruego).** ¡Ah, no

me eche! ¡No tengo tierra donde trabajar, no me eche Vd. también! ¡Déjeme seguirla, quién sabe no podamos estar juntos!

VICTORIA.—¡Jamás! Las líneas de su vida y de la mía, se tocaron en un punto. Y allí mismo se separaron... como los palos de una cruz.

TELÉMACO.—¿Qué consuelo es ése? **(Vuelve a exaltarse)** ¡Digamé!: ¿es esto justo? ¿Cómo pudo hacer lo que hizo, si no me quería? ¿Se puede hacer así?

VICTORIA.—Yo lo hice, Telémaco.

TELEMACO.—Pero me hizo quererla. ¿Qué culpa tengo yo?

VICTORIA.—¿La tengo yo? ¿No fué hermoso para usted aquel momento?

TELEMACO.—Por éso lo quiero para siempre...

VICTORIA.—Si yo no se lo hubiera ofrecido ¿lo habría Vd. logrado nunca?

TELEMACO.—No, señorita. ¿Quién me lo hubiera dado?

VICTORIA.—¿Por qué, pues, no me habla con gratitud?

TELEMACO.—Mas, ¿cómo podré vivir ahora, después que Vd. me hizo sentir lo de aquel mediodía? Vd. tomó mi alma en sus manos... **(Con desolación)** ¡no sé decirlo! Pero desde entonces, en el rincón del monte cada vez que llego, me parece oir cosas que antes nunca oí... **(Vuelto hacia el recuerdo).** Sí, usted decía: ¡sueña Telémaco; sueña...! ¿Y ahora?

VICTORIA.—Como las madrugadas del campo, así son nuestros sueños... ¡tan grandes... y, sin embargo, tan cerca está la noche que las apaga. **(Después de una breve pausa).** ¡Pero nunca cesan!

TELEMACO.—**(Intentando asirse a las manos de Victoria).** ¡Lléveme, lléveme! No tengo ya la tierra donde trabajaba, ¿qué voy a hacer si no tengo tampoco su persona, que yo amo?

VICTORIA.—**(Desolada).** ¿No comprende, Telémaco, que eso es imposible? Vd. es pobre...

TELEMACO.—¡Ah, el pobre. El pobre... ¿Qué culpa es la suya? Sin que lo quisiera, así vine al mundo. Estos árboles que levantó mi trabajo, su padre los perdió. Sin mi voluntad Vd. me dió una esperanza, y me la quita. ¡Ah... el pobre! ¿Qué podré yo jamás? Mi trabajo irá, inútil, entre mis brazos quietos; mi amor se muere callado entre mis labios. **(Una extraña idea ha asomado en el silencio de su frente).** ¡El crimen... **(Exaltado).** Sí, eso nos queda; sólo eso es nuestro. ¡Quién pudiera!

(Y los brazos del hombre caen, vencidos, cuando la cabeza de Victoria se abate en un llanto callado).

ESCENA SEPTIMA

(Desde el rodeo llegan las voces: ¡Desjarretá, muchacho! ¡Pasá la caña que ese tiro valió un trago! De pronto se siente sonar un disparo. Callan las voces, y sobre el silencio resuena la carcajada de Servando. La voz de El Pájaro llega claramente hasta el patio: ¿Qué hizo don Servando? Un peón grita: ¡Patrón!).

VICTORIA.—**(Gritando mientras corre hacia la izquierda).** ¡Papá, papá!...

(Telémaco parece no haber oído el disparo; sus ideas de desolación suenan más fuerte que todo en su frente. Por detrás del paraíso de la izquierda vuelven Servando y El Pájaro. El primero, tambaleante, sostenido por El Pájaro, avanza con dificultad trayendo aún en la mano el revólver con que ha hecho el disparo).

VICTORIA.—**(Yendo hacia él).** ¿Qué hiciste, papá?

EL PAJARO.—Volteó a don Manuel.

SERVANDO.—**(Ríe con su risa extemporánea, prolongada, ruidosa).** Ahí está... por fin... **(Vuelve a reir. A Victoria).** Dejame. ¡Qué raro! Ví la cosa, y tuve la voluntad para quererla... Y la dejé ir. **(Ríe).** Ya está: el mísero quería descansar, y descansó. Yo tuve mi voluntad... ahora ya no preciso más. Que otros hagan la suya.

TELON

JORNADA TERCERA

(Patio de la casa de Telémaco. Un rancho, lateral izquierda, extendido hacia el foro. Al fondo, un ombú. Lateral derecha cerrando el patio, un pequeño rancho, que sirve de cocina. Este y aquél tendrán una puerta y ventana, practicables, hacia la escena. En la mañana de claridades resplandecientes, todo es miserable: cansados, los ranchos parecerán querer tenderse a la sombra con que el ombú refresca el patio. Sólo el viejo árbol tiene una imperturbable seguridad, alzada sobre las grandes raíces y el verde lujoso de la copa. Por los espacios descubiertos se ve un gran cielo pálido, seco, quemado por el sol que arrugó las hojas de los mezquinos árboles, visibles en el primer término del paisaje.)

ESCENA PRIMERA

(Al levantarse el telón la escena estará vacía de toda cosa, como no sean la luz y las sombras que luchan, cortándose violentas en el patio. Las puertas y ventanas de los ranchos estarán abiertas. Junto a las raíces descubiertas del ombú, algunos bancos humildes. Sobre las huellas de un fogón apagado, la caldera del mate.)

(Es el verano; luminoso, el cielo pesa sobre el paisaje, las cosas y los hombres).

(Por detrás del ombú se verá avanzar a JESUSA, cargando sobre la cabeza un pesado atado de ropas que trae del arroyo. Es alta, enjuta; seca, como un surco quemado por el sol del verano, infecundo. De la mirada, de los labios, de las manos, huyó la feminidad; y la trabajosa vida tomó sus formas en signos varoniles y agrios. Es la esposa de Telémaco. Pobre como su casa, sus ropas. Tiene 50 años. Bajo la blusa descolorida, secos los senos que ya no amamantarán más; sobre los ojos cansados, la frente estrecha que ya no soñará más. Avanza con la fatiga que le produce el peso del atado traído en la cabeza, y la que los días han ido volteando en su alma. Al llegar junto al ombú, se detiene y deja caer el atado. Con las puntas del pañuelo que trae anudado sobre la cabeza, comienza a secarse el sudor del rostro).

(SILENCIO).

DOMINGA.—**(Por la ventana del rancho de la izquierda, se sentirá salir su voz dolorida).** ¡Ay, ay... pobrecito... tirado ahora en el campo! **(Pausa)** En la loma... montoncito de tierra perdido, allí está mi corazón...!

JESUSA.— **(Agria, dirigiéndose a la voz del rancho).**

¿Todavía llorando? Los patios sucios. ¿Encendiste el fuego? ¿Cuándo terminará tu llanto?

DOMINGA.—¡Pobrecito... cómo pesará la tierra sobre tu cuerpo tan tierno!... ¿Quién me consuela?

JESUSA.—**(En el mismo tono de antes).** ¿Quién ha de consolarte, desgraciada? **(Ruda)** ¡Guardá tu llanto; si hubiéramos de llorar las pobres todas las injusticias, más que el sol y el invierno, el llanto nos quemaría la cara!

DOMINGA.—Ya mis brazos, de llevarte por los caminos, se habían curvado como una cuna... Y tú quedas bajo la cruz de palo de una loma! ¡Sólo el viento frío pasará ahora sin peso, por la tibia cuna de mis brazos!

JESUSA.—**(Yendo hacia el rancho, con ademán de enojo)** ¡Calláte, simple! No tenés más que el tiempo, y lo gastás llorando. **(Entra en el rancho).**
(SILENCIO).

ESCENA SEGUNDA

(De la misma dirección por donde ha entrado JESUSA en escena, llegan TELEMACO y EL PAJARO; sólo que por el costado derecho del ombú, mientras aquella lo hizo por la izquierda. Han pasado desde la segunda jornada a ahora, veinte años. Y en ellos se acentuó el contraste entre los gestos y vestidos de un hombre y otro. Mientras han vencido a Telémaco la edad y el trabajo, apenas si se advierten en El Pájaro. Camina uno con las rodillas dobladas casi en ángulo recto; el otro ágil y erguido. El sol ha hecho brotar el sudor en los rostros, que se enjugan antes de sentarse a la sombra del árbol.)

TELEMACO.—**(Después de un silencio)** ¿Lloverá?

EL PAJARO.—La tierra estaba muy dura. Yo me he cansao. **(Sonríe).** La falta de costumbre... **(Pausa).** Si le hiciéramos un corralito estaría mejor; son capaces los ganaos de dirse a rascar en la cruz, y pisotear al angelito!

TELEMACO.—Capaces... **(Pausa).** El tiempo está de agua. Va para un mes así; pero hoy parece que se va a descargar...

EL PAJARO.—Parece... Los arroyos se pasan donde quiera. **(Sonriendo).** ¡Mal tiempo pa los polecías y aduaneros!

TELEMACO.—La tierra se raja; el trigo se pasma. **(Pausa).** ¿Tomamos un mate?

EL PAJARO.—A mí me dió sed... Es que la hicimos muy honda.

TELEMACO.—**(Recogiendo la caldera del mate, se pone de pie. Al dirigirse hacia la cocina, mirando la**

lejanía). El cielo está cayendo oscuro, sobre el Cerro de las Cuentas... Si se moviera el viento, lo traería. **(Entra a la cocina, donde permanecerá hasta que el diálogo lo indique).**

DOMINGA.—**(Su voz desde el rancho)**. ¡Ay, hijito mío; la tristeza de llevar el vientre lleno de tí, volteó mi vergüenza! Muda quedé viendo al dolor cavar como una pala, arrancando mis viejos sentimientos. Y en tanto, tú ibas naciendo en mí, y yo olvidaba, y soñaba en la espera...

JESUSA.—**(Sale y comienza a barrer el patio)**. Buenos días, Pájaro.

EL PAJARO.—Güenos días, doña Jesusa.

JESUSA.— ¿Recién llegaron?

EL PAJARO.—Es que lo llevamos a la lomita, saliendo del monte. Si la cruz se pudre, de lejos se sabe que está a la sombra del álamo.

DOMINGA.—**(Su voz)**. ¡Ay, ay, hijo mío...! ¡Tanto dolor me trajiste, angelito y ya eras mi esperanza.

JESUSA.—¿Querés callarte? El que debía oirte, te echó al camino con tu hijo

EL PAJARO.—¡Mal hombre, doña Jesusa! El engaño de Dominga jué creerle las palabras. Dispués resulta que la realidad la patea pal camino...

JESUSA.—El engaño está adentro de nosotras. Ese rico de ella, y el pobre de otra, todos son lo mismo. Malhaya nuestra mocedad que va haciendo de los deseos el poncho con que vestimos al hombre... Pa que dispués el viento avente el tejido y lo deje desnudo; igual a todos...

EL PAJARO.—No crea, doña; hay paisanos güenos, como en todo. Aunque en un momento una mujer se les haya entregao, vuelven por ella y la hacen suya pa siempre!

JESUSA.—Nadie es de nadie, ni cuando una se entriega. Tiraos juntos en la misma cama, cada uno sueña por su lado. Así es... por desgracia.

EL PAJARO.—**(Con acento de duda).** Yo tenía pa mí que había tantas parejas que hacen juntas la vida, tirando siempre en un mesmo camino...

JESUSA.—Así es de afuera, en lo que uno habla o hace: como los bueyes, trabajamos juntos bajo el mesmo yugo; pero cada uno vá solo, rumiando su pasto...

EL PAJARO.—Será ansina...

ESCENA TERCERA

TELEMACO.—**(Vuelve con la caldera y el mate. Al tiempo de alcanzar éste al Pájaro, se sienta frente a él)** Voltea el sol... Ya no puede demorar en llover.

EL PAJARO.—**(Distraído).** Tiempo lindo pa viajar de noche; mi oficio no se siente como un trabajo y las leguas pasan, vacías, en mi trote distraído...

JESUSA.—**(Dirigiéndose a El Pájaro, sin dejar de barrer).** Debe ser arriesgado; de repente la muerte, cualquier noche, puede atravesársele en una picada.

EL PAJARO.—Haber peligro, hay; pero uno se acostumbra a atravesarlos, como al campo...

JESUSA.—Peor es esta miseria callada; siquiera usté lleva un arma en el cinto, igual a la del otro... la cuestión es el coraje. Pero esto de acostarse una noche, y mientra usté duerme, sin ruído ir cayendo la helada, ¿con qué se defiende?

TELEMACO.—**(Cebando el mate que le ha devuelto El Pájaro)** Caer muerto una noche, en una huella borrada... ¿Para qué?

EL PAJARO.—**(Cordial).** Vos también caerás, Telémaco.

TELEMACO.—Es razón; pero cada año que pasa, crecen mis árboles y cuando yo muera, dejaré quién sabe cuántos crecidos!

EL PAJARO.—**(Bromeando).** Yo dejaré una historia. ¿No hallás?

JESUSA.—**(A El Pájaro)** Lo que debe aburrir es el andar siempre sólo!

EL PAJARO.—No crea; cualquiera cosa entretiene al hombre. Este viaje lo hice sin sentir: monté en la frontera al atardecer, y en las Sierras de Ríos me cayó

la noche. A poco, la blanca luz de la luna borró a todas las estrellas; en el cielo quedó sólo el lucero encendido. En las casas de los hombres se jueron apagando las luces, mientras íbamos solos yo y mi sombra, viajando. Sin apuro, durante leguas me distraje oyendo al trote de mi caballo sonar en la caja del camino, como una bordona golpeada.

(Jesusa deja la escoba y se sienta haciendo rueda con los dos hombres, de tal modo que El Pájaro viene a ser el vértice del ángulo que forman Telémaco y ella. El mate irá de una a otra mano, mientras se desarrolla la escena.)

TELEMACO.—**(Mirando hacia el campo).** ¿No sienten el olor a tierra mojada? Allá lejos se vé llover; tal vez haya empezado el viento...

JESUSA.—**(A Telémaco).** Todo el invierno te pasaste sin otra idea que el temor a la lluvia cayendo días y días; era como si una no estuviera a tu lado, acostada. De noche no estabas más que alerta al ruidito del agua en la paja del techo. Ahora no hacés más que clamar porque venga la lluvia... **(Con enojo).** ¡Así se te secarán los ojos de mirar al cielo!

TELEMACO.—Si lloviera maduraría el trigo, y el año de la renta tendríamos con qué pagarlo. Si sigue la seca, tampoco podremos pagar este semestre y el dueño, vos lo sabés, nos mandará echar... Ayer mismo me dijo: que no vende la lana... que la Tablada está muy baja... Llevo ya diez años en esta tierra; cuando vine, ni una huella había en la cuchilla. Vos ves, ahora el montecito, la chacra, los ranchos... Todo ha sido por ahora trabajar para ir quedándonos; pero si el trigo se salva, entonces podremos con un año más, empezar a juntar algún dinero para comprar esta tierrita y quedarnos para siempre. **(Pausa).**

Si el dueño nos esperara este año...

JESUSA.—El dueño nos echará... El dueño nos echará. Así nos fueron echando los dueños de las casas don-

de trabajábamos, a los hijos cuando todavía eran tiernos y débiles. "No podemos tenerlos"; no hacían más que decirme. Sólo nos permitían guardarlos a nuestro lado, cuando no tenían más alimento que la leche de mis senos. Después, ya eran una boca más comiendo de lo de ellos. ¿Dónde andan ahora los mayores? ¿Lo sabés vos? ¿Viven, son muertos, están en la cárcel; o son otros miserables como sus padres? ¡Ah, nosotras sí, que tiramos los hijos al mundo...!

TELEMACO.—¿Qué le vamos a hacer? **(Mirando al cielo)** Allá vuela una garza a esperar la lluvia en la orilla del río. Es seña cierta, ¿no te parece, Pájaro?

EL PAJARO.—**(Distraído).** Ah, sí...

JESUSA.—¡Veinte años secándonos de miseria, y oyéndote siempre lo mismo: el cielo, la lluvia, la tierra, el dueño! **(Exaltándose)** ¿Pero y vos...! ¿Y vos?

DOMINGA.—**(Su voz desde el rancho).** ¡Ay, pobre de mí que ya no tengo esperanzas!

JESUSA.—**(Ruda, contestando a la voz).** ¿Quién las tiene, desgraciada?

TELEMACO.—Dos años después que salí de lo de don Servando, planté aquellos eucaliptus que se ven rodeando la casa de don Juan; justo un año antes de nacer mi primer hijo. ¡Cómo han crecido! Seguro el viento se quebrará en ellos, sin llegar a los patios. Si llueve pronto ya verás este montecito que ahora parece achicharrado; lo verás desde leguas, en la cuchilla tan alta...

JESUSA.—Lo mismo te pasará con éstos: para los cuatro costados que se mire, un monte levantado por tu mano. ¿Quién se acordará que vos hiciste a esos árboles, si nos vamos con nuestra pobreza por los caminos? ¡Maldita la hora en que abriste el primer surco! Todo fué para él desde entonces... **(Vuelve a exaltarse).** ¿Y para qué? ¿Para qué ese afán? ¡Ah... si yo fuese hombre...

EL PAJARO.—**(Intentando con su broma, desviar la disputa)** ¿Pelearía, doña Jesusa?

JESUSA.—Pero no como Vd. Pájaro: para llevar o traer una lata de tabaco. Quemaría esta casa, los trigos los árboles. **(Con dolor).** ¿Qué me importa a mí que los árboles sean muy verdes, muy lindos, si mis ropas son sucias y mis hijos no pueden jugar a su sombra? ¿Qué me importa que mejore la quinta, si yo no mejoro?

TELEMACO.—¿Qué le vamos a hacer, si somos pobres? Algún día hemos de salir de esta condición...

JESUSA.—¿Por dónde? ¿Cuál es el camino para salir?

TELEMACO.—¡Antes no eras así!

JESUSA.—**(Con desprecio)** Tampoco vos eras así.

TELEMACO.—Siempre fuí así...

JESUSA.—**(Violenta)** ¡Mentís!...

TELEMACO.—**(Se pone de pie, como si el insulto le hubiese levantado bruscamente de los hombros y, perdida la noción de las cosas, va a lanzarse sobre su mujer en el instante en que El Pájaro le detiene. Gritando).** ¡Mujer...!

JESUSA.—**(Como si no hubiera advertido la cólera de Telémaco, fijo su pensamiento en el recuerdo).** Sí, te veo como eras antes: fuerte, altanero... ¿cuántas veces te dije que te veía así? ¡Recordalo!

TELEMACO.—**(Que después del fugaz instante de cólera, ha dejado caer los brazos y la voluntad).** Pero yo no era así.

JESUSA.—**(Una vieja idea, por largos años sonando en la frente, asoma ahora a sus labios sacudiéndola de un dolor rencoroso)** Sí, me engañaste... como a una gurisa! ¿Por qué, decime, me engañaste haciéndome crer que eras un hombre así, como El Pájaro?

EL PAJARO.—Doña Jesusa: yo tengo pa mí que jué siempre ansina...

JESUSA.—¿Y cuando llegabas a medianoche, cruzando

campos, entre peligros, por acostarte conmigo? ¿Eras como hoy?

TELEMACO.—**(Sin perder la calma)** Pero si no había peligros...

JESUSA.—**(A medida que habla su rencor se enardece ante la figura del hombre que le quita con su mansa serenidad, la imagen del otro hombre que soñó. Y así, puesta de pie, sus manos parecen querer sacudir la figura pesada, imagen de su engaño).** Me mentías entonces?

TELEMACO.—Yo nunca te lo dije, Jesusa.

JESUSA.—**(Su voz comienza a turbarse por el llanto).** ¿Cómo no me lo ibas a decir, si yo lo pensaba? Vos venías trotiando en la noche y yo te esperaba llena de angustia, calculando el tiempo que demorabas en pasar los peligros. Mientras todos los hombres de la estancia dormían, vos eras sólo viajando en el campo, jugándote la vida... Sí... recuerdo bien... Me llamabas apenas... Mi oído de miedo era más fino que el de los perros despiertos. Entrabas, cuántas veces, empapado del rocío de la noche... ¡Y eras como un matrero!... A la mañana siguiente, yo tenía tus huellas en el cuerpo; pero nadie veía la de tus botas en el trébol crecido. **(A punto de llorar).** ¿No era así? ¿No era así?

TELEMACO.—**(Bajo el asombro de verse un hombre que no fué nunca).** No era así. Yo te ofrecía un rancho en donde vivir sin patrón; pensábamos en tener una familia; una chacra; una quinta... ¡Acordate! ¡Yo trabajaría y vos serías... **(Con dolor).** ¡Mirate, mujer: ¿por qué estás sucia? **(Ahora es a sus labios que sube el desengaño. Y sus palabras son pueriles y tiernas como las de un niño).** ¿Qué culpa tengo yo, Pájaro? ¡Trabajo, trabajo! pero si esta estuviera alegre y limpia... yo tengo alegrías escondidas. ¿Por qué ella se duerme, o reniega siempre? Ningún trabajo me cansa del todo. ¿Acaso no me alegro antes

del trabajo, cuando veo las claras mañanas?

JESUSA.—¿Con qué he de vestirme, infeliz? ¿Y para vos, para vos, sucio de los surcos; manso? ¿Cuando volviste a ser como entonces?

DOMINGA.—**(Su voz desde el rancho)** ¡Ay, yo me quiero morir! ¿Qué espero ahora para morirme?

EL PAJARO.—**(Intentando detener la angustia del diálogo entre los esposos).** Atiéndala ¡pobrecita! doña Jesusa.

JESUSA.—**(Yéndose hacia el rancho).** ¿Para qué buscarle consuelo a la desgracia? ¡Si fuera capaz de prenderle fuego a esta miseria...

TELEMACO.—¡Pájaro: vos vés cómo pesa...!

ESCENA CUARTA

(Por detrás del ombú, aparecen un hombre y un niño. El hombre es de edad indefinida; su miseria física y moral, han abatido en largos años, o acaso en un mes, todos los signos de la juventud. Así borra la desgracia el tiempo en la vida del hombre; sólo se recuerda el instante en que empezó; después, todo es un día sin horas. En éste, bien debiera decirse una noche, ya que él la lleva en sus ojos ciegos. Sobre el hombro izquierdo, sostiene una bolsa que se supone llena de ropas y mendrugos; en la mano derecha un bastón tosco. El niño le coge la muñeca, llevándole trás de sí. El niño tiene quince años. Quién vive de limosnas y guía a la desgracia se vuelve prematuramente tímido y vencido... Llevan en el sombrero; en las ropas, en los destruídos calzados, el recuerdo ceniza que el viento les ha puesto en los caminos. El niño trae colgada a la espalda una guitarra.)

EL CIEGO.—Buenos días, paisanos.

(Telémaco y El Pájaro se vuelven hacia los recién llegados, en actitud cordial).

TELEMACO.—Alléguense.

EL CIEGO.—**(Adelantando llevado por el niño).** Con su permiso, quisiéramos esperar aquí a que pase la tormenta. **(Los hombres se dan la mano).** Y si hubiera algo de comer...

TELEMACO.—**(Mientras El Pájaro ofrece a los viajeros bancos junto al ombú, donde se sientan).** ¿Cómo no, sí señor... Sólo que han de comer muy mal. Esta es la casa de un pobre.

EL PAJARO.—**(Mirando a los ojos del hombre):** Parece que el señor es ciego.

EL CIEGO.—Sí, paisano... ¡Qué bárbara seca; pero pare-

ce que hoy termina... Dios lo quiera. **(Se saca el sucio sombrero, y con la mano enjuga el sudor de la frente).**

TELEMACO.—**(A El Pájaro).** Calentá, Pájaro, el mate y servile al hombre. **(Yendo hacia el foro).** Yo voy mientras, a guardar algunas cosas; el agua se viene.

EL CIEGO.—Se lo voy a apreciar.

(El Pájaro recoge la caldera y el mate, y va hacia la cocina. El Ciego y El Niño hablan en voz baja. El niño da la sensación de describir al Ciego el patio en que se hallan).

JESUSA.—**(Saliendo del rancho, ve a los viajeros. En ademán de saludo).** Buenos días, paisano.

EL CIEGO.—Güenos días, doña

EL NIÑO.—Buenos días.

JESUSA.—¿Caminando?...

EL CIEGO.—Caminando... **(Se sonríe y señala la guitarra que el niño tiene en la falda).** Y cantando. ¿Quiere oir algo, Doña?

JESUSA.—No estamos para música.

EL CIEGO—Dispense, Doña.

JESUSA.—Para esta miseria, ¿qué música habrá?

EL CIEGO.—**(Sonríe).** Siempre hay alguno más pobre.

(Jesusa se dirige hacia la cocina. A poco El Pájaro sale con un mate y la caldera y se sienta formando rueda con los viajeros. Ofrece un mate al ciego.)

TELEMACO.—**(Vuelve trayendo un recado en los brazos. Hablará señalando el paisaje. Mientras tanto, las sombras del patio se han ido oscureciendo por la tormenta vecina. El cielo visible hacia el foro, va perdiendo gradualmente su claridad resplandeciente porque las nubes, todavía lejanas, van ocultando al sol. Durante toda esta escena, hasta que se indique, el tono gris oscuro se irá acentuando insistentemente).** Está cerca ya... Allá lejos, parecen ahora más blancas las estancias... Se siente el silencio extendido en el campo, mientras llega la tormenta. **(Deja el recado a la puerta del rancho ha-**

bitación, y vuelve a dirigirse al foro. Con el brazo extendido hacia la lejanía. Alegre la voz). Mirá Pájaro: ya no se sabe si las orejas del Guazú Nambí son dos cerros o es una nubecita echada sobre el Cerro Largo. ¿Sienten? El pampero ya viene por el Frayle Muerto... ¡Qué fresca esta brisa con olor a lluvia en el pasto!... **(Váse).**

EL PAJARO.—**(A El Ciego)** ¿De nacimiento?

EL CIEGO.—No señor; de enfermedad.

EL PAJARO.—**(Señalando la guitarra).** ¿Cantor el hombre?

EL CIEGO.—Es verdad... Siempre sirve pa alegrar un poco a la gente... y a uno.

EL PAJARO.—**(Cavilando sobre la desgracia del hombre que le mira sin ver).** ¡Ha de ser duro...! ¡Haber visto antes...!

EL CIEGO.—**(En su palabra habrá siempre una extraña resignación alegre)** Como en todo.

TELEMACO.—**(Va a pasar por el último término de la escena, y se detiene. El espectáculo del cielo y los campos ha puesto una clara alegría en su voz).** ¡Ah, maulas... cómo marchan en filas las majadas por los senderos buscando el abrigo de las laderas... **(Señalando la lejanía).** ¿Vos creés, Pájaro, que aquel jinete consiga ganarle a la lluvia? Inútil que galope; el pampero ya lo vá envolviendo en la polvareda del camino... Y las nubes, atrás, ¡cómo saltan y caen en las cuchillas! **(Váse).**

(Jesusa va de la cocina al rancho, ocupada en preparar el almuerzo).

EL PAJARO.—**(Al Ciego).** ¿Siempre caminando? Debe ser fiero y cansao, saber que una cosa ansina no tiene arreglo! No quedará voluntá pa nada. **(Los hombres y las cosas ya no proyectan sombras en el patio, pues la nubes han ocultado totalmente el sol. A veces se siente la sorda alegría de un trueno venir desde la distancia).**

EL CIEGO.—No crea, Don. Como le digo, esto me aconteció de una enfermedad. Tá claro, que al principio es duro... No queda, como Vd. dice, voluntá pa nada. Pero qué sé yo... **(Sonríe)** Ahí tiene... después de un tiempo, uno sigue y hasta se pone alegre!

EL PAJARO.—Gracias a Dios.

EL CIEGO.—Y... yo qué sé... Me acuerdo que cuando era muchacho, todas las mañanas me mandaban tráir la majada por un largo bañado. ¡Qué cansancio llevar los animales lerdos por entre los caraguatás afilados como lanzas. ¡Se me perdían por senderos escondidos entre las pajas bravas, solas o en grupos, mientras el sol ardía en mi espalda. Y recuerdo que siempre, cuando la fatiga ya me voltiaba los párpados y la rienda, hallaba claras lagunas llenas de nubes. Entonces, olvidaba a las ovejas y me tiraba al agua, pareciéndome que con el cuerpo desnudo, nadaba en el cielo... En cualquier dirección que se marche, un mimbre, una laguna, puestos por nadie o por Dios, refrescan la sequedad del bañado. ¿No es así?

EL PAJARO.—Ansina es...

EL CIEGO.—Y güeno; algo así la vida; vamos arriando dispersos nuestros trabajos, por la sequedad de los días. Y cuando se nos caen ya los brazos, siempre, puestas por nadie, hallamos una laguna de cielo adonde tirarnos con el alma desnuda, olvidados de todo. Tal vez porque todos sabemos que siempre hay esas aguas de cielo, es que vamos andando, refrescando la vida...

EL PAJARO.—Siempre caminando por el campo, le han de venir ganas de verlo.

EL CIEGO.—**(Sonriente).** Y... amigo... ¿qué vamos a hacer? Unos sueñan pa adelante, yo sueño pa atrás... la cosa es más o menos.

(Telémaco vuelve y se sienta junto a los otros, mirando hacia el paisaje. Suena un trueno lejano).

TELEMACO.—Por arriba va un cielo para el sur; por abajo viene para acá la tormenta.

EL PAJARO.—A lo mejor todo queda en ruido. Tormenta de verano...

TELEMACO.—No me parece. Mirá el cielo: se ha cerrado en un círculo sobre el bañado y avanza para aquí cayéndose.

(Jesusa sale de la cocina llevando la fuente con el almuerzo. A los hombres).

JESUSA.—Vamos a comer. **(Entra en el rancho habitación, seguida por El Pájaro, El Ciego y El Niño).**

ESCENA QUINTA

(Telémaco queda sentado mirando, abstraído, el paisaje. Luego comenzará a hablar movido por los cambios que va adviertiendo en el cielo. Los truenos que sonaron sobre su cabeza, comienzan a alejarse.)

TELEMACO.—**(Después de un silencio).** ¿Está cambiando el viento?... Hoy no se veía la estancia de don Servando... Pero todavía llueve en la Cuchilla Grande. **(Poniéndose de pie en actitud de mirar, desde el fondo de la escena, a los cuatro horizontes).** No, no puede irse; allá al este, no se vé al Cerro Largo. Para Melo está lloviendo fuerte. **(Silencio)** Ya tapa la lluvia la chacra del vasco. **(Ahora su voz se irá haciendo intensamente emocionada).** Una hora, nada más, que llueva, y se salvará mi trigo... ¿Está parando el viento?... No; es que el cielo está muy pesado y le costará al pampero arrastrarlo... **(Levanta la cabeza).** ¡Y éstas, siempre corriendo, por arriba, para el sur! **(Silencio).**

JESUSA.—**(Desde el rancho).** ¿Vas a venir? Se enfría la comida.

TELEMACO.—Esperá mujer. **(Silencio).** Parece que todo el cielo avanza, para volcarse en los campos... **(Viene a sentarse en uno de los bancos en donde queda mirando al paisaje en actitud de angustiosa espera).** Sí... aquella nube negra es viento... Pero los relámpagos de víbora que la parten hasta el suelo, son de lluvia. (Silencio. **De pronto mira al piso con la angustia de querer encontrar en el patio una leve huella de gota de agua. Se pone de pie y avanza de nuevo hacia el último término de la escena. Extien-**

de, alzada, su mano derecha. Luego la izquierda. Desde la lejanía comienza a acentuarse un rayo de sol, iluminando, al principio débil, el cuerpo de Telémaco). ¡Pájaro, Pájaro, vení un poco! **(El Pájaro asoma a la puerta del rancho, y desde allí, detenido, pregunta)**

EL PAJARO.—¿Llamabas, Telémaco?

TELEMACO.—**(Con los brazos en alto como en una invocación).** ¿No está ya goteando? Me cayó una en la mano. ¿Vos no sentís?

EL PAJARO.—**(Recostado en el marco de la puerta, extiende la mano esperando sentir las gotas de que habla Telémaco. Mirando al cielo lejano).** A ver... Yo no siento...

TELEMACO.—Ahora yo tampoco siento...

(El rayo de luz se va acentuando sobre la escena).

EL PAJARO.—No llueve, Telémaco. Ya se vá la tormenta.

TELEMACO.—Sí... sí... se vá; se vá por el bañado. Mirá aquella nube: parecía un vaso y las otras la han quebrado... **(En la escena el rayo de sol se ha hecho de una brutal claridad. Telémaco dejará caer los brazos vencidos, cuando termine sus palabras, expresión del llanto).** ¡Ah, se van las nubes... se van los cielos... y me llevan la esperanza...!

DOMINGA.—**(Su voz desde el rancho).** ¡Ay de mí! ¡En la loma, bajo el montoncito de tierra... enterraron mi esperanza...!

TELON

JORNADA QUINTA

(Un camino. Los animales, bajando a abrevar su sed en el agua del río Tacuarí, trazaron con su huella en la aspereza del bañado, el breve sendero que los hombres recién han ensanchado hasta convertirlo en camino por donde pasa, resonando bajo la bóveda de los árboles, la jadeante inquietud de sus autos. Desde la sala se verá en primer plano, la angosta cinta blanca de las huellas refrescándose en la sombra de los talas, abiertos en semicírculo que ocupa todo el centro de la escena. Los troncos de los árboles simulan graciosas columnatas de un templo, tocadas por la luz ágil de la mañana entrando por los ventanales abiertos entre la masa oscura de las copas. Más al fondo, sobre la hosquedad de los talas, eleva al cielo el verde inocente de sus brazos, un sauce. El paisaje de la lejanía es una tela ondulada, extendida en lomas alejándose; en la línea elevada del horizonte, una cuchilla dividida en dos grandes rectángulos de verde intenso del maíz recién crecido. Separándolos, un ancho camino violeta conduce a dos ranchos, entre los que se extiende, en la mañana de luz, el guión alegre de una casita de blancas paredes y techo de paja brava).

ESCENA PRIMERA

(A la izquierda, en la sombra de los árboles, guardando un fogón donde hierve el agua del mate que ellos sorben, dos hombres. Uno parece tener 40 años; pobres sus ropas campesinas; duros sus gestos. Frente a él, también pobremente vestido, un joven de ademán torpe y mirada asombrada. Uno de ellos, tendido en el suelo, apoya un codo en la maleta llena y mantiene la cabeza en el puño cerrado. El otro se ha sentado sobre un tronco dejado por la resaca. Puesto a secar de la cerrazón que aún flotará desgarrada por los caraguatás, la mancha roja de un poncho patrio. Más hacia el frente y la derecha, rodean a Telémaco, otros dos paisanos; uno de ellos, Juan José, sostiene una guitarra en la falda. Al levantarse el telón, Jesusa anda entre los hombres, ocupada en preparar los dispersos y mezquinos equipajes, como para seguir el viaje que habían detenido. Sobre el cuerpo de Telémaco se han acentuado el cansancio de la edad y la miseria de las ropas. Sería ya un vencido si no fuera que su vida es un columpio dramático donde su alma, balanceándose desde la esperanza hasta la desesperación, sube y cae bajo los cielos).

PAISANO 1º.—**(En el momento de entregar el mate al joven que está frente a él).** Antes había menos caminos y en cambio teníamos más por donde caminar. Cada hombre abría su huella que era la de su voluntá.

PAISANO 2º.—**(Como un eco).** La de su voluntá.

PAISANO 1º.—Todo lo que llevamos andao y éste **(Señalando a Telémaco).** siempre diciendo que ya estamos cerca. Su distancia es como la legua del brasilero, o la esperanza del pobre.

PAISANO 2º.—**(Sin levantar la vista del mate que ceba).** La esperanza del pobre.

PAISANO 1º.—Si hubiéramos cortao recto, como yo decía... A este tranco, siguiendo las huellas del camino abierto, ¿cuándo llegaremos?

PAISANO 2º.—¿Cuándo llegaremos?

PAISANO 1º.—Pa rumbiar, nadie como los caudillos de antes. Montábamos al cáir la noche, y en el cielo hallaban el rumbo. Y pa juntar hombres y llevarlos... Un día le pusieron en la frente a los gauchos un trapo blanco y otro colorao, y de áhi pa adelante hicieron la historia del pais. ¿Quién hace éso aura? ¿Quién encuentra una divisa pa nuestra frente y encomienza otra historia?

PAISANO 2º.—Ahi está: una divisa pa encomenzar otra historia...

JUAN JOSE.—**(Que ha estado distraído en hacer sonar la guitarra en perdidas notas como su pensamiento. Señalando a la distancia).** Aquél que vá allá sí, llegará pronto. ¡Si pudiésemos nosotros andar tan ligero como él en su auto!

TELEMACO.—**(Volviendo la cabeza en la dirección indicada por el otro).** Tiene todo el camino arreglado; corre sin peligros.

JUAN JOSE.—Pa nosotros no están hechas las carreteras. Por lisas que sean, nuestro paso siempre es igual; nunca podremos como ellos encoger las distancias.

TELEMACO.—Pero todavía hay algunas que hacen, de tan largas, lenta la marcha de sus autos. Tanto como nuestro paso.

JUAN JOSE.—Y ahora con esos aparatos que vuelan... Yo he visto andar uno entre las nubes. ¡Qué altura bárbara!

TELEMACO.—Sí; pero por más que vuele el hombre, más alto sigue el cielo...

JUAN JOSE.—¡Ha de ser lindo mirarlo desde tan cerca!

TELEMACO.—Yo creo que es como aquí: cuanto más al-

to es el cerro donde has subido, más grande se te hace el cielo que queda todavía sobre tu cabeza. Hundido en las sierras, lo ves acostarse en las piedras al alcance de la mano...

PAISANO 1º.—Aquellos se nos apartaron pa dir a la esquila. Ya viste cómo éste **(Señalando a Telémaco)** quiso explicar al dueño pa que nos dejara un día más aquí. Pa estas cosas carece tener pocas palabras.

PAISANO 2º.—Eso es; pocas palabras...

JUAN JOSE.—**(Comentando el pensamiento de Telémaco)** ¿De modo que hundido en un pozo, bajás el cielo hasta tu misma frente?

TELEMACO.—Así es...

PAISANO 3º.—**(Mirando con irónica sonrisa a Telémaco).** O te ahogás...

JESUSA.—**(Que durante toda la escena ha estado entrando y saliendo por la lateral derecha, dando idea de que se ocupa en arreglar los míseros equipajes. A Telémaco).** Estamos, Telémaco. ¿Está pronto el carrito?

TELEMACO.—**(A Paisano 3º).** ¿Prendiste el caballo?

PAISANO 3º.—Falta prenderlo; está ensillado.

TELEMACO.—**Poniéndose de pie, coge una maleta que ha de estar cerca suyo. En voz alta, para que todos oigan).** Vamos. **(Juan José y Paisano 3º comienzan a recoger las pequeñas cosas que aún quedan cerca de ellos y, ya de pie, hablan a Jesusa. El pequeño grupo que está a la izquierda, continúa sentado.)**

PAISANO 1º.—**(Notando que su compañero mira indeciso a Telémaco, le alcanza el mate).** Cebá otro mate; se vá a enfriar.

JESUSA.—**(Advirtiendo la indiferencia de los que permanecen sentados).** Telémaco ha dicho que vamos.

PAISANO 1º.—**(Secamente, sin volver el rostro).** No somos sordos...

PAISANO 2º.—Eso es; no somos sordos.

TELEMACO.—**(A los mismos).** ¡Vamos, pues! Tenemos to-

da la mañana para caminar con la fresca.

PAISANO 1º.—Pues aprovechala.

TELEMACO.—**(Sorprendido).** ¿Y vos?

PAISANO 1º.—Nosotros nos quedamos.

TELEMACO.—**(Sin comprender)** ¿Cómo?

PAISANO 1º.—**(Poniéndose de pie. Su compañero, como si fuera su sombra, le imita)** Como lo oís. **(Con acritud).** Y al fin, ¿vos quién sos para que te sigamos?

TELEMACO.—Pero si no me siguen... Sólo pasa que estoy seguro de que siguiendo siempre al norte, hallaremos una tierra donde puédamos poner nuestro trabajo, y sus frutos serán nuestros. ¿Qué esperanza nos queda aquí? ¿Dónde hallar una tierra libre, en estos lugares?

PAISANO 1º.—¿Y cómo hemos de hallarla siguiendo este camino? **(Con desprecio)** No querés andar más que por la abertura estrecha del corredor alambrado. ¿Qué hay a la derecha, que hay a la izquierda? El campo ajeno: el rico de un lao; el rico del otro...

TELEMACO.—Pero este camino atraviesa el pago y sigue hasta más allá del horizonte que ahora vemos...

PAISANO 1º.—Ya lo sabemos. Pero a este paso con que vamos, cuando atravesemos el horizonte, algún día, estaremos deshechos de andar. ¿Por qué no cortamos recto desde aquí?

TELEMACO.—¿Y adónde iremos?

PAISANO 1º.—¿Sabés vos adonde lleva, al final, tu camino?

PAISANO 2º.—Al final... ahí está.

JUAN JOSE.—Siempre se hallará algo nuevo pa ver y contar. ¿Qué hay aquí que pueda entonarse en la guitarra? ¡Sucia miseria humillada!

TELEMACO.—**(A Paisano 1º).** ¡Claro... ya ves! Lo que sabemos es que aquí no hay tierra para nosotros. ¡Vamos !

PAISANO 1º—Y aunque halláramos todos donde trabajar, y comiéramos, y engordáramos... ¿Y qué?

PAISANO 2º.—¿Y qué?

TELEMACO.—¿Qué más?

PAISANO 1º.—Pa mí no basta. Ni pa nadie ha de bastar. **(A Paisano 2º, al tiempo de recoger la maleta).** Vamos, nosotros. Cortaremos recto.

TELEMACO.—**(Al ver que los otros le vuelven la espalda e inician la marcha hacia la izquierda).** ¡Vuelvan! Sigamos el camino abierto; es éste el rumbo. ¿No ven las huellas?

PAISANO 1º.—**(Sin volver el rostro).** Nosotros abriremos nuestras huellas.

PAISANO 2º.—Sí, las abriremos.

JESUSA.—**(Tomando del brazo a Telémaco e iniciando con él la marcha hacia la derecha).** Dejalos Telémaco. No hables más, que a esos no se les convence, se les arrea. **(A Juan José y Paisano 3º)** Vamos; ésos por cortar recto, se perderán ahí no más, en la cerrazón...

JUAN JOSE.—**(Siguiendo a Telémaco).** Sí; siempre el camino es más seguro. No queda más rumbo que pa adelante; tan cerca van los alambres.

PAISANO 3º.—**(Durante toda la disputa su mirada ha ido de un hombre a otro, en un tenaz esfuerzo por entender cada palabra. Y cuando los pequeños grupos ya volvieron la espalda, él permaneció en el centro de la escena, viéndolos alejarse, sin que en su angustia pudiera levantar los pies a los que la indecisión pareció clavar a la tierra. Ya uno y otro grupo se pierden entre las columnas de los talas, cuando abiertos los brazos, sólo consigue gritar):** ¡Esperen... esperen...! ¡Quién sabe no hay uno que sepa el camino de todos! **(Y allí se queda, sin dar un paso, mientras cae el telón ocultando aquella etapa del camino.)**

TELON

ESCENA SEGUNDA

(En el primer plano de izquierda a derecha, un trozo de camino. Hacia atrás, en el centro de la escena, el frente de una pulpería. Es una construcción antigua; próximo a cada una de sus esquinas, se rompe el lienzo blanco de la pared en el rectángulo azul de las maderas de la puerta; en el centro, a la sombra de los arcos de un alero que avanza desde el edificio hasta el camino, la reja. Por encima de la azotea, se ahonda un cielo con luz hiriente de mediodía. A un costado de la casa, un legible letrero anunciador de nafta. Detrás de la reja, en mangas de camisa, desbruzado sobre un diario extendido sobre el mostrador de aquélla, un Pulpero. Sentado bajo el alero, en el banco que mira hacia la izquierda, vestido de botas, poncho de verano, golilla y chambergo un Paisano. Uno y otro tienen en el rostro y en el cuerpo, el cansancio de aquel sol pesando en incontables cristales temblorosos sobre las cuchillas. Sus palabras saldrán sin la forma del gesto; ninguna voluntad las trae a los labios; ninguna respuesta esperan. Hablan porque la presencia de un hombre hace sonar en los labios de otro, los más altos y claros pensamientos que llenan la frente, sin palabras, sin voluntad, sin dirección, cuando el silencio del hombre viaja en el silencio del campo. A éstos, lo único que en verdad les une, es la idéntica dolorida inmovilidad en que ambos están, mientras sobre el paisaje sólo las sombras viajeras de las nubes van inclinando las doradas cabelleras de los pastos con los pasos del Tiempo, que ellas conducen. Porque el rostro del uno es conocido del otro hasta el aburrimiento, como la cuchilla que cierra el horizonte frente al patio de la casa, ni se miran siquiera. Por eso, uno dejará caer la mirada insistentemente sobre el diario que tiene bajo los

brazos, y el otro parecerá obstinado en contar las arrugas de la bota cruzada sobre la otra pierna).

PAISANO.—**(Comentando una reciente lectura del Pulpero).** ¿Ansina que todavía hay guerra por esos páises?

PULPERO.—Ya vé.

PAISANO.—¿Pero es entre ellos mesmos, o es entre naciones de un lao y otro?

PULPERO.—Entre naciones.

PAISANO.—¡Qué cosa!, ¿no? Aquí ya no habrá más guerras. Sí, se acabaron los caudillos y con ellos se jueron las guerras.

PULPERO.—Se fueron las guerras y se llevaron a los caudillos.

PAISANO.—Guerras como las de antes, ya no vienen, ¿no?

PULPERO.—¿Para qué? Si salíamos vivos, usté seguiría siendo domador, yo pulpero... Sólo que el rico sería menos rico y el pobre más pobre.

PAISANO.—Justo... **(El comprende, pero el recuerdo trae sobre la luz de las realidades presentes, la más viva aún de sus imágenes).** Aquí jué adonde conocí a uno de cerca... La tarde en que llegué, su pulpería blanca jué como un saludo alegre del pago, extendido en los dos brazos del camino.

PULPERO.—Cierto; mi casa era como una espera en el campo; así mi vida. Entonces era necesario tener potrero grande, aguadas limpias, para que los caballos no se pasasen rompiendo a la noche en relinchos, mientras los viajeros iban dejando la crónica de sus vidas sobre este mostrador.

PAISANO.—Comparaos con los de áura, ¡qué escasos eran antes!

PULPERO.—Sí; ahora es mucho más transitado el camino; pero en el recuerdo parece vacío. Es que los hombres se nos han vuelto indiferentes. **(Y el pulpero deja irse el aburrimiento en un largo bostezo, ante la indiferencia callada del paisano. Por la iz-**

quierda asoman Telémaco, Jesusa y Juan José. Desde la llanura de la escena anterior, sólo ellos han alcanzado a este alto del camino. En el viaje se han ido desprendiendo los pocos que aún seguían. Todo lo que tienen va sobre los hombros de cada uno, en las maletas cuyo peso multiplica el sol hasta agobiar los cansados pasos. Telémaco aprendió de sus antepasados, aquel agudo instinto de iluminar en la noche los caminos en sombra, con sus recuerdos; con él avanza ahora, rumbeando en las sombras del camino de su destino. Jesusa le sigue con la firmeza de quien va viendo abrirse las distancias en las huellas del hombre en quien crée. Y cerrando la marcha Juan José. Aunque su hombro no lleva más que la guitarra, es su andar el más cansado. Se diría, por el gesto con que sostiene el instrumento, que su silencio le pesa hasta vencerlo).

JUAN JOSE.—**(Al enfrentarse a la pulpería, vacilará un instante entre seguir las huellas de Telémaco y Jesusa, o acercarse a la reja. Luego, decidido, a Telémaco).** Vayan andando que ya los alcanzo. **(Mientras los viajeros continúan lentamente, el Paisano sacude su indiferencia con el gesto con que acoge el saludo de Juan José).** Buen día, paisanos.

PAISANO.—Buen día, amigo.

JUAN JOSE.—**(Al Pulpero).** ¿Quiere darme una caña?

PAISANO.—¿Viajando el hombre?

JUAN JOSE.—Sí, señor.

PAISANO.—¿Y pa dónde, mesmo, si no hay inconveniente...?

JUAN JOSE.—**(Con gesto de cansancio).** Y, justo... mismo, yo no lo sabría decir... Una tierra sin dueños, sin pobres.... Pa decir la verdá... **(Señalando a sus compañeros que se han detenido a esperarlo).** Allí, el aparcero, es que sabe.

PULPERO.—**(Alcanzando la copa servida con su imperturbable aburrimiento)** Ha de ser lejos...

JUAN JOSE.—Venimos de lejos... Cansa el camino.

PAISANO.—No está hecho el criollo pa andar ansina...

JUAN JOSE.—**(Siempre aludiendo a Telémaco).** Y a aquél no hay quién lo pare. Andar y andar, dice: no queda otro remedio.

PAISANO.—¿Quién lo rempuja? Mas, ¿usté es cantor?

JUAN JOSE.—Pa servirlo.

PAISANO.—Gracias. ¿Cosas nuestras?

JUAN JOSE.—Que han pasado...

PAISANO.—¿Compuestos por usté?

JUAN JOSE.—Si usté no duda...

PAISANO.—¿De gauchos?

JUAN JOSE.—Matreros.

PULPERO.—Ya no quedan más que en las décimas...

PAISANO.—¡Y lo que jué de lindo ese tiempo! ¿Vamo a óirlo, paisano?

JUAN JOSE.—¿Dá permiso el pulpero y convida?

PULPERO.—Con un vaso de vino.

PAISANO.—Sientesé, amigo. **(Entusiasta, contestando a alguien que hubiera puesto en su alma una afirmación dolorosa).** ¿No vé, caramba, cómo todavía queda lo nuestro?

JUAN JOSE.—**(Sentándose. A Telémaco).** Ché, Telémaco: vayan siguiendo, que yo voy a cantar unas cosas a estos amigos...

TELEMACO.—**(Que se había sentado mientras esperaba, se pone de pie).** ¿Qué has de cantar? Vamos, Juan José: no nos queda tiempo para cantos; todavía es temprano.

JUAN JOSE.—**(Como si sus palabras hiciera largo tiempo que estuvieran detrás de los labios. Con inusitado encono).** Mirá: sigan ustedes, ¡qué caramba!... Si no sabés hacer aprecio de mi música, ¿pa qué te voy a seguir?

TELEMACO.—**(Su bondad no advierte el rencor del otro).** ¡Vamos, Juan José, vamos! Traé tu guitarra; te ha de servir cuando descansemos, y hasta encontrarás

en ella un canto nuevo.

JUAN JOSE.—**(Ante la mirada curiosa de los desconocidos, aumenta el encono de su voz).** Te seguí para ver si hacía un compuesto con tus hechos...

TELEMACO—¿No me seguiste como un amigo, entonces?

JUAN JOSE.— ... pero no hiciste nada heroico como un caudillo; ni dolorido como un matrero, ¿Qué canto se vá a hacer con tu vida?

JESUSA.—**(Violenta).** ¡Quedáte, desgraciado! Porque su vida no ha sido con una lanza en la mano, no has sabido ver la valentia de sus hechos. ¿Qué sabes vos de su dolor, si te pasás mirando pa atras y recordando historias que nunca viste? **(Coge a Telémaco y le induce a marchar).** Ya encontraremos uno que hara nuestro canto...

JUAN JOSE.—No será un paisano.

JESUSA.—**(Volviendo hacia la pulpería la cabeza).** ¡Más que vos, haragán! **(Con desprecio)** ¡Que has de ser un amigo! Vos querés a los que ya no existen, ni necesitaron tus cantos pa ser lo que fueron...

TELEMACO.—**(Intentando aún convencerlo).** Vamos, Juan Jose; trae tu guitarra; ya nos sentaremos a oirla.

JESUSA.—**(A Telémaco).** Dejálo. ¿Pa qué ha de servir? **(A Juan José)** Ya encontraremos, tal vez en la otra vuelta del camino, uno que ha de querer a los que vé luchar y sufrir. El tendrá una música nueva que no está en tu guitarra gastada. Ya te veremos, desgraciado, decir también que es un compuesto tuyo y repetirlo...

JUAN JOSE.—¿Y si no lo encuentran?

JESUSA.—**(A punto de perderse, por el extremo del camino, llevándose del brazo a Telémaco).** Seguiremos callados. Y cuando hayamos llegado, el que pase por aquí y te oiga, y después vea nuestro rancho, nuestros hijos, recordará el camino y de nuestra his-

toria sobre él, hará nuestro canto.

JUAN JOSE.—No veo qué ha de contar.

JESUSA.—Ya lo verás, cuando lo oigas cantar.

TELON

ESCENA TERCERA

(Está cayendo un atardecer sobre el camino que simula el primer plano de la escena. Al fondo sobre el paisaje, llanura desolada, una loma, partida su cumbre por la cruz que forman dos caminos; uno de sur a norte, otro de este a oeste. La sombra de la tarde está suavemente tendida en la ladera de la loma; en la cumbre, donde los caminos se cruzan, queda todavía la clara luz del sol resplandeciente sobre las blancas cintas dirigidas a los cuatro horizontes. Por la izquierda vienen Telémaco y Jesusa. Traen pesadas maletas sobre los hombros. Jesusa apenas si logra sostener a Telémaco que avanza, vencido. Llegado junto al camino, que da frente a la escena, sus piernas como su voluntad, ya no pueden más y se doblan hasta caer.)

JESUSA.—**(Deja en el suelo las maletas y coge a Telémaco por debajo de los hombros, intentando levantarlo).** ¡Vamos, Telémaco!... ya estamos cerca; romperás de nuevo la tierra; plantarás el trigo; se alzarán los árboles; levantaremos nuestro rancho...

TELEMACO.—**(Su voz está quebrada, como su alma).** Sí, todo eso podría volver a ser. ¿Y después?

JESUSA.—Encontraremos una vejez tranquila bajo nuestra casa, oyendo cantar a tus árboles llenos del viento...

TELEMACO.—¿Y después?

JESUSA.—¿Después?...

TELEMACO.—Moriremos. Dejáme. **(Su voz sale con la lentitud del esfuerzo).** Ya he roto muchas tierras, tuvimos los hijos... Recogimos el trigo que el patrón vendió. Allá en las cuchillas lejanas, está el

viento cantando entre los árboles que yo planté... y no los oigo. Cayó, como un montón de cardos resecos, nuestro rancho. Como vos, como yo, perdidos en los galpones andan nuestros hijos...

JESUSA.—**(Enjuga tiernamente con su pañuelo, el sudor que comienza a correr por el rostro de Telémaco)**. Los llamaremos.

TELEMACO.—Dejáme; lo que puede venir ya fué y pasó. Lo que no termina es este cansancio de la vida pobre. Como por un árbol deshecho, pasa el dolor por mi cuerpo quebrado; como pasó sobre el de nuestros padres y pasará sobre el de nuestros hijos. **(Le es preciso descansar antes de proseguir)**. Y seguirá entre las ramas de los corazones, cantando con sus voces sordas, que nadie recoge...

JESUSA.—Pero la esperanza... Yo tengo esperanzas; vos también las tenías...

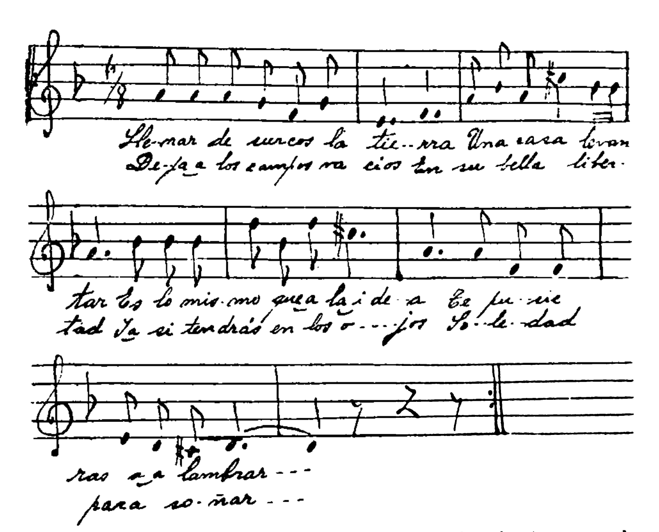
TELEMACO.—La esperanza... Igual a las tierras que yo plantaba, así está mi corazón. Todas las primaveras crecían las esperanzas. **(A cada instante es más lenta y más sorda su palabra)** ...que la hoz de los días segaba siempre... Y otra vez a plantar la misma semilla para la nueva siega. **(Pausa)**. Así de niño... de joven... de viejo. Ahora sin jugo, tierra ya reseca de tanto alimentar a la semilla hambrienta, así está mi corazón. **(En un último esfuerzo, señalando la loma, donde los caminos se cruzan)**. Llevâme hasta allí... enterradò bajo la cruz de los caminos... para que los hombres que vengan, de cualquiera de las cuatro distancias, pasen galopando sobre mi muerto corazón... **(Ante los labios enmudecidos, los párpados cerrados, Jesusa se abate buscando una feliz respuesta, que ya no es, por siempre, posible, a su angustia.)**

JESUSA.—**(Sosteniendo en sus rodillas la espalda de Telémaco; en sus manos la cabeza muerta)**. ¡Telémaco!... ¡Telémaco!... **(Intenta levantarlo; en el**

cuerpo del hombre ya sólo está el silencio. Ante la indiferencia definitiva, ella gritará su llanto a los cuatro horizontes). ¡Ah!... yo sola no puedo... No me dan las fuerzas!... ¿De dónde vendrá el hombre que ha de ayudarme a levantarlo y llevarlo hasta la altura? **(Con los labios separados por el grito, allí queda, atento el oído de angustia, esperando la respuesta que todavía no tienen los callados horizontes indiferentes).**

TELON

Tonada



Música de la Tonada de la jornada segunda compuesta por María Julia Garayalde de Zavala Muniz.

JUSTINO ZAVALA MUNIZ

ALTO ALEGRE



DRAMA EN TRES ACTOS

Estrenada en el Teatro Marconi de Buenos Aires el 12 de Junio de 1940 bajo la dirección de Armando Discépolo, y en el Teatro SODRE de Montevideo el 26 de Agosto de 1943, bajo la dirección de Margarita Xirgú.

D E D I C A T O R I A:

Para tí, María Julia: Porque tu claridad en mi espíritu, iluminó estas doloridas imágenes.

J. Z. M.

UN DIA CUALQUIERA

Es la plaza del pueblo del ALTO ALEGRE. Así la llaman los moradores de aquel mísero rancherío disperso sobre una aplanada y alta cuchilla, desde la que se ven extensas soledades de campo donde sólo viven los ganados.

En realidad, allí no hay plaza, ni pueblo, ni alegría.

ALTO ALEGRE, le llamaron los escasos viajeros de remotos tiempos, a aquella cuchilla en donde se detenían las diligencias para hacer su posta renovando los caballos que las llevaban por el solitario camino de las llanuras. Porque desde allí, hacia atrás y adelante, se abre el paisaje en suaves ondulaciones de lomas con ritmo de nubes de medio día de verano. Alto Alegre, cuando sólo era cielo y campo, y tranquilos ganados pastando en las cañadas o sonoras majadas en las laderas. Antes de que vinieran los hombres a levantar sobre él sus achatados ranchos, y a mancharlo con esas formas de su miseria. Pero el nombre ya estaba, y los viajeros siguieron llamándole con él, olvidados, en el recuerdo de la alegría del paisaje, del dolor de los hombres que ahora allí viven.

Un pequeño propietario que malgastó su herencia, dividió aquella cuchilla en manzanas regulares, recuadradas por anchas calles, puso sus terrenos en venta y por precios que alcanzasen a pagar los peones de estancia con sus mezquinos sueldos; y al amontonamiento de los ranchos así levantados le llamó "Pueblo".

Así nació este del ALTO ALEGRE.

De la pobreza de uno y la miseria de todos los que allí vinieron a levantar sobre un pañuelo de tierra, un techo donde guardar a la mujer y los hijos, mientras ellos

andaban por las estancias del contorno ganándose el pedazo de carne que traían de tarde en tarde.

Sin duda, los primeros que cortaron la tierra, los árboles, y la paja para edificar aquellos ranchos, lo hicieron con alegres cantos de esperanza. Pero de ellos ya no queda recuerdo.

Ahora sólo se ve, en la actitud y la mirada de los hombres, como en los ranchos, las grietas del cansancio del desengaño. De tal modo, que el viajero que un día llegase allí, aún sin hallar entre los ranchos persona alguna, podría por aquellos reconocer luego a sus habitantes.

Tal como cuando en los caminos se cruzan con sus moradores, los viajeros se dicen: "Ahí va uno del Alto Alegre". El pueblo define a sus pobladores, como éstos a aquél.

De tal lugar es la plaza.

Un espacio baldío en donde crecen sucias gramillas y macachines.

No la rodea ni iglesia, ni comisaría, ni escuela.

De todos estos edificios que jerarquizan a las plazas de los pueblos del Uruguay, en éste sólo está la pulpería.

Con sus altas puertas hasta las que se sube por dos escalones de piedra que dan a la calle; blanca, con una divisa azul en el pretil, tiene una altura de orgulloso empaque, levantada sobre la esquina de la derecha, en la calle que cierra el fondo de la plaza.

A sus costados, como sobre las calles de la izquierda y derecha, se humillan rodeando la casa del pulpero, los míseros ranchos.

Alguno, el de Liboria, que está sobre el costado derecho de la plaza, tiene el lujo de un álamo tierno frente a él. Otros, como el de Lázaro, sobre el costado izquierdo, relumbran al sol de las mañanas, en los trozos de latas con que se han remendado sus paredes de terrón. Pero todos reproducen la típica forma del rancho criollo: techo de paja, de dos aguas, y una puerta y ventana al frente, que aquí se abren hacia la plaza.

Y rodeando a este apretado círculo de miseria, el lujo de la luz plena sobre los campos reverdecidos de primavera, la abierta soledad de las estancias, y la grandeza de un cielo azul.

Desde allí se ve venir un camino que asoma, rojo, en la curva de una loma y baja y se pierde hacia el pueblo, oculto por la azotea de la pulpería.

Por él se verá bajar, cuando el desarrollo de la acción lo indique, a los moradores del ALTO ALEGRE.

ESCENA PRIMERA.

Un grupo de niños, varones y mujeres, está, disperso, sobre la plaza. Débiles, cubiertos de harapos, los pies descalzos, juntan macachines que van arrancando del suelo y guardando en una lata que cada uno tiene a su lado.

Son los hijos del Alto Alegre. Unos de ojos azules y pelo negro; otros, con los rasgos del indio, ojos oblícuos y largos mechones que se aplastan en la frente. Ninguno tiene una raza definida. ¡Cómo han de tenerla aquellas infelices criaturas entre las que, por otra parte, sólo es idéntica la miseria?

De pronto todos se distraen de su afanosa búsqueda, y alzan los torsos para mirar hacia la puerta de Liboria. Por ella han aparecido primero Braulio, retrocediendo penosamente; luego Liboria que aún mantiene al niño sujeto con una mano, por los cabellos.

Braulio tiene recién doce años. Es pequeño de formas; está apenas vestido con los jirones de lo que fué un pantalón y una desgarrada camisa.

A pesar de que su tía le tiene asido brutalmente por los cabellos, él sigue alejando, con la mano escondida detrás de su cuerpo, el trozo de carne por el cual han reñido.

Liboria es una mujer que ha pasado ya los cincuenta años. Flaca, angulosa, de áspera voz y vestidos míseros.

BRAULIO.—**(Retrocediendo hacia la calle, hasta lograr desasirse).** ¡Déjeme, tía, ya le di su parte!

LIBORIA.—**(Todavía tiene en una mano el trozo de carne que el niño le ha dado).** ¡Te he dicho que me entregues eso, bandido!

BRAULIO.—¡Pero si es para mama!... ¿Qué comemos nosotros, entonces?

LIBORIA.—**(Intentando aún quitarle el trozo de carne. Imperiosa).** Tu madre volverá con sobras de comida de la estancia donde fué a lavar. **(Braulio ha dado un salto, poniéndose fuera de su alcance. La ira tiembla en la voz de la mujer).** ¡Caminá, bandido! ¡Te he dado de comer y ahora te me vas con la carne!

BRAULIO.—**(Queriendo expresar con justicia la situación).** ¡Pero tía, usted cocinó para los dos, carne y macachines que yo traje!. Todavía le regalé ese pedazo... ¿Qué más quiere?. **(Aludiendo al que aún conserva en la mano).** Este es para mama.

LIBORIA.—**(Con acento de despiadada amenaza).** ¿De dónde sacaste esta carne, decí?

BRAULIO.—**(Implorante).** ¡Ya le dije, tía!

LIBORIA.—**(Mostrando el trozo que ella tiene).** ¿Vas a decir que es carniza que encontraste en la zanja?. Mirá, ¿quién te va a creer?

BRAULIO.—**(Los sollozos están a punto de ahogar su voz).** ¡Por favor...! Ya le dije... No sea mala. ¡Usted comió y tiene un pedazo grande! Déjeme! Luego vuelvo a ir y le traigo otro; sólo yo sé donde está...

LIBORIA.—**(Que ha advertido el temor del niño).** Dame eso, te digo!

BRAULIO.—Este, nó!...

LIBORIA.—**(Gritando).** ¡Ladrón, te denunciaré!

(Ante el grito de la mujer, los niños se reúnen y miran a Braulio con expresión de asombro, mientras hablan entre ellos. Este se ha sentido sacudido por la amenaza, y adopta un gesto cercano a la fuga. En la ventana del rancho que queda en la calle del otro costado de la plaza, frente a aquel en que está el de Liboria, asoma Brígida).

(No se le alcanza a ver más que el busto. Lleva un pa-

ñuelo negro sobre la cabeza de agudo perfil y cabellos grises; una bata de color amarillo agrio. Su voz, como las manos que apoya en el marco de la ventana, tiene una áspera sequedad que ella intenta disimular con un tono de imposible ternura entre sus labios).

BRIGIDA.—**(A Liboria, que ya avanza, con decidida cólera por la plaza y en dirección a la esquina cercana a la casa de aquella).** ¿Se disgustó, vecina? ¿Qué le pasa con el gurí?

BRAULIO.—**(Siguiendo a cautelosa distancia a su tía. Casi llorando mientras ruega).** ¡No me haga eso!... ¡Acuérdese de mama! Si ella me dice que se lo dé en seguida le traigo este pedazo de carne. ¡Pero no me denuncie, tía!... ¡Si usted también comió!

LIBORIA.—**(Entreparándose, a Brígida).** Este bandido, que mató una oveja de un palo, para traérsela diciendo que era carniza.

BRIGIDA.—¡Qué horror, vecina!... ¿Y usted comió de esa carne?

BRAULIO.—¡Pero si otros también lo hacen. ¿No es verdad, doña Brígida!

BRIGIDA.—**(Simulando un honrado asombro).** ¡Callate, muchacho; no me metas a mí en esas cosas! Mirá tu pobre tía... que comió carne robada...

LIBORIA.—**(Insultante, y mientras se vuelve para dirigirse hacia la esquina sobre la cual está la pulpería).** Pero sin saber que era robada. ¿Entendió? No soy como otras que el estiércol que una junta con todo trabajo, van de noche a robárselo.

BRIGIDA.—**(Se advierte que domina la situación, por su imperturbable serenidad).** Límpiese la boca... le chorrea sangre fresca, vecina. Y las carnizas, que yo sepa, nunca son tan tiernas

ESCENA SEGUNDA

Ya va Liboria, seguida por Braulio, a perderse por la calle de la pulpería y Brígida ha entrado a su rancho, cuando desde el comercio se ve salir a Lázaro, cuyo rostro ha estado asomando mientras en la plaza discutían las mujeres.

Tiene sesenta años. Todo en él, la mirada de los ojos azules, el gesto de los labios anchos y blandos, la voz, el ademán y el paso, tienen la sensación de una vencida bondad. Viste un saco cuyo color se ha vuelto indefinido y un pantalón que deja ver el extremo de sus piernas, delgadas hasta no ser más que hueso y piel. La cabeza, calva en lo alto y con abundante cabellera descuidada y sucia en la base, llévala al descubierto. Calza alpargatas raídas y endurecidas por el barro.

LAZARO.—**(Mientras desciende lentamente los escalones de la pulpería. A Liboria).** Buenas tardes, doña Liboria. **(Intentando disimular su intención, que es cerrarle el paso buenamente).** Parece que va a venir un tiempo muy bueno; dicen que empezó a cundir la peste en las majadas. ¿Usted no ha oído? Sí; será un tiempo muy bueno.

LIBORIA.—**(Con gesto agrio).** Yo no he oído nada.

LAZARO.—Pa los estancieros la cosa no será de alegrarse. Pero pa nosotros. ¿no le parece? A ellos les sobra; a nosotros nos falta. Menos mal que la peste, aunque más no sea ella, es como un destino. Reparte un poco. ¿No le parece?

LIBORIA.—**(Intentado seguir).** ¿Usted no sabe por dónde anda el sargento?

LAZARO.—**(Como si no hubiera oído).** Al fin, si no la comemos nosotros, queda pa los zorros y los cuervos. Y un cristiano, ¿no verdá?... tiene más derecho. Al fin...

LIBORIA.—**(Ya impaciente. Apartándole de adelante).** Le he preguntado por el sargento.

LAZARO.—¿El sargento?

BRAULIO.—**(Que ha estado atento al diálogo).** ¡Pídale por mí, viejo Lázaro!

LAZARO.—¿Qué te pasa, muchacho? **(A Liboria).** Pa qué quiere al sargento? Milicos son milicos. ¿Pa qué los quiere?

LIBORIA.—Voy a denunciar a este bandido.

BRAULIO.—**(Ofreciéndole de nuevo el trozo de carne).** Aquí lo tiene, tía. ¿Quiere que yo mismo se lo lleve a su casa? ¿Quiere que vaya en seguida y corriendo?

LAZARO.—¡Claro, doña Liboria! No meta un milico en estas cosas... Hoy la sirven, porque es pa hacer mal al muchacho; mañana, contra usté sirven a otro. ¡Mirá que gente!

LIBORIA.—Bueno: ¿sabe o no sabe dónde anda?

LAZARO.—**(A Braulio, simulando un enojo que calme a su tía).** Respetá a tu tía, muchacho! **(Quitándole con violencia el trozo de carne).** ¡Traiga eso pa aquí. ¿No vé que es de la vecina, pues? **(Ofreciéndole).** ¡Sírvase, doña Liboria!

LIBORIA.—**(Abriéndose paso entre ambos, al punto de perderse ya en la esquina de la calle. A Lázaro, con cruel sarcasmo).** Yo no preciso su carne, viejo. Llévela para su casa... que hará mucha falta, ahora que son tres.

LAZARO.—**(Con un inocente asombro en la mirada, la voz y el gesto).** ¿Por qué me dice eso? ¿Qué le he hecho? **(Pero Liboria ya ha desaparecido, sin oírle. El se vuelve a Braulio, alcanzándola el trozo de**

carne que aún conserva en la mano extendida). — Tomá, Braulio. Yo ¿pa qué quiero?... ¿qué le hice?

BRAULIO.—**(Cogiendo con desgano la carne).** Yo tampoco le hice nada... Esto era para mama. ¿Y ahora, qué hago, viejo Lázaro?

LAZARO.—**(Con gesto de vencimiento). —** Y... ¿yo qué sé? ¿Ves? Vos sos bueno, querés con toda el alma, y ahí está. Dispararle a la desgracia... ¿Cómo? Vos...

(Y juntos de tal modo, como si fuesen dos niños cogidos de la mano para protegerse del miedo, vuelven a la puerta de la pulpería. Lázaro sube los escalones y allí se queda, perdidos la mirada y el pensamiento; vuelto hacia el rancho vecino de aquel en que Brígida acaba de ocultarse cerrando la ventana. Braulio se sienta en el primer escalón junto a la calle; coloca en el suelo la carne, y permanece, la cabeza hundida entre las manos, empequeñecido por el encogimiento de un llanto callado).

ESCENA TERCERA.

Melucho ya ha llenado de macachines su lata. Erguido junto a ella, llama con voz imperativa que los otros niños obedecen. Aunque de color es moreno hasta parecer azul, su frente es amplia y finos los labos y la nariz. Tiene trece años de edad. Como todos sus compañeros, está cubierto de andrajos, y lleva los pies descalzos).

MELUCHO.—**(En alta voz).** Vamos a ver. ¿Quieren jugar un poco? Ya tengo llena mi lata; pa la sopa de luego tenemos bastantes macachines. **(Los demás niños van rodeándolo, cada uno con su lata en la mano, sobre la cual se sientan formando un amplio semicírculo en torno de Melucho que continúa de pie. Mientras se desarrolla la escena, algunos comen macachines que van extrayendo de sus latas mientras otros se hurgan las narices y el pelo).**

EVANGELIO.—**(Tiene apenas doce años. Pero a pesar de ello, y de la pobreza mísera con que está vestido —trozos de un pantalón de hombre y de un viejo saco de mujer — hay en su voz y en los ojillos pequeños y vivaces, un acento de audacia que los otros parecen acatar).** ¿Y a qué vamos a jugar?.

MELUCHO.—Hacé de cuenta que yo era un rico. Y puedo dar todo lo que me pidan. Así que cada uno de ustedes pide lo que le gusta, y hace de cuenta que yo se lo doy.

EVANGELIO.—¿Y vos podés cualquier cosa?

MELUCHO.—Pues está claro; pa eso hace de cuenta que yo soy el rico.

EVANGELIO.—**(Medita un instante. Todavía duda).** ¿Pero podés hasta con la policía y la justicia, mismo?

MELUCHO.—**(Con firme convicción).** Pues si, te digo! Pa eso hace de cuenta.

EVANGELIO.—**(Interrumpiéndolo).** Bueno; ya está. Ya sé lo que voy a pedir. Empezá.

BAUTISTA.—**(Tiene la misma edad de Evangelio. Pero como aquel es audaz, este es dulce y tierno. Más fuerte que su miseria se alza la trasparente luz de sus ojos azules y el resplandor de la cabellera rubia. A Melucho).** ¿Y vos podés en el agua, y en el cielo, y en la tierra? ¿Sos el rico y si nosotros, los pobres, te pedimos, vos nos das?

MELUCHO.—¡Pues claro! **(Le impacienta la torpeza de su compañero).** ¿No entienden?: hace de cuenta.

BAUTISTA.—Bueno. **(Con humilde gravedad, intentando dar a la voz y el gesto el tono de la escena que ya ha imaginado).** SEÑOR RICO: yo vengo a pedirle que me deje vivir en la costa de un río, en donde haya árboles que den mucha sombra, y frutas. Que no me falten nunca, y yo viviré tirado en los pastitos húmedos mirando el cielo, viendo pasar sobre la laguna la sombra negra de los cuervos, las manchas rosadas de las garzas, y salir el sol, colorado como una gran brasa ardiendo, y la luna, blanca como el agua del río. **(Se detiene un instante pensativo).** No quiero que usté le quite a nadie para darme a mí. **(Pausa).** Si... y que no haya invierno ni verano; que siempre sea el aire como un otoño. **(Con humildad).** Ahí está lo que yo quiero, SEÑOR RICO.

ROSALIA.—**(Está vestida con los restos de una falda, y un sucio saco de hombre. Es morena, de débil aspecto. Todavía una niña; pero su edad se pierde bajo aquellas ropas que la cubren de un modo**

tristemente ridículo). ¡Ah, qué zonzera... este sólo pide qué comer y no tener frío!

BAUTISTA.—¡No, señor, qué comer sólo, no. ¿Y lo demás?

MELUCHO.—**(Poniendo paz que permita continuar el juego. A Rosalía).** Bueno: a ver vos.

ROSALIA.—**(A Melucho).** ¿Y vos mandás a los hombres? ¿Hasta los que cantan y tocan la música?

MELUCHO.—¡Seguro, muchacha!

ROSALIA.—Entonces, SEÑOR RICO, vea lo que vengo a pedirle: yo quisiera ser una señora y tener una casa grande, muy grande, con cama para todos los que vivieran allí. Y que un día llegase un prince...

EVANGELIO.—**(Con sorna).** ¿Un qué?

ROSALIA.—**(Humillada, más que por la pregunta cuyo alcance no entiende, por la intención que advierte en los ojos de Evangelio).** Pues... un prince... el que se casa siempre con las princesas.

MELUCHO.—**(Imperativo, a Evangelio).** Callate, vos; dejála seguir.

ROSALIA.—**(Ya su espíritu se ha turbado bajo la burla, y sólo quiere terminar brevemente)**... que llegara, con muchos guitarreros y cantores, y otros que tocasen la acordeón. Entonces en mi casa habría música y cantos. Y yo estaría sentada en una silla blanda, bien blanda, tomando mate de leche con bizcochos muy calentitos...

EVANGELIO.—**(Mortificante).** ¿Y el prince?

ROSALIA.—¡Andá, malo!... ¡No juego más!

MELUCHO.—**(A Evangelio).** A ver, contá vos.

EVANGELIO.—¿Dijiste que vos mandás más que la policía y los jueces?

MELUCHO.—Ya lo sabés.

EVANGELIO.—Bueno, SEÑOR RICO: deme un caballo negro, con la cara y las cuatro patas blancas. Le llamaré Lucero.

MELUCHO.—**(Como si tal hiciera).** Tome; agarreló.

EVANGELIO.—**(A medida que habla su voz es más resuelta, su gesto más audaz).** Y un par de botas y espuelas; unas bombachas orientales; un poncho de verano, listeado, y otro de invierno...

MELUCHO.—Ahí los tiene.

EVANGELIO.—Un pañuelo colorado y un sombrero criollo. Ahora... el apero, un lazo, un rebenque y un facón. Un revólver que no falle, y un cinto lleno de balas.

MELUCHO.—Tomelós. ¿Qué más quiere?

EVANGELIO.—**(Orgulloso).** Nada más.

MELUCHO.—**(Sorprendido).** ¿Y ese es tu cuento?

EVANGELIO.—**(Siempre como si estuviese en el mundo de su imaginación).** Lo demás, lo tengo yo. Comeré lo que quiera; dormiré de día y andaré de noche. Pa mí no habrá alambrados, ni ríos crecidos. Llegaré a las estancias y a las pulperías, y los dueños me dirán, muy respetuosos: Bajesé, don Evangelio. **Pausa. Desafiante).** ¡Ah, y si quiere, mande a sus policías que me sigan, y el cuento será larguísimo!

ROSALIA.—**(Ha visto la oportunidad de vengarse. A Evangelio).** ¿Ves? Vos también lo que querés es comer a gusto. ¿De qué te reías, entonces?

BAUTISTA.—**(A Junio).** A ver vos que estás ahí, comiéndote todos los macachines que juntaste; hacé el tuyo.

JUNIO.—**(Mientras los otros han estado expresando sus sueños, él no ha hecho más que mirarlos con grandes ojos inexpresivos, en tanto no cesaba de comer los macachines sucios de barro y de hurgarse las narices y el pelo. Es el menor de todos y aún así, el de hablar más lento y gesto más perezoso. Con desgano).** Yo no sé inventar.

BAUTISTA.—**(Alentándolo).** Cualquier cosa.

JUNIO.—¿Cualquiera?

MELUCHO.—Sí, lo que te salga de la memoria.

JUNIO.—**(Con hablar lento y espaciando las palabras).** SEÑOR RICO: Hágame lagarto.

ROSALIA.—**(Sin poder contener la risa).** ¿Lagarto, Junio?

JUNIO.—**(Aprovechando la coyuntura).** Bueno; ¿no vé? Yo no sigo más.

MELUCHO.—Dejalo, Rosalía. **(A Junio).** Sí, señor; ya es lagarto. ¿Qué más?

JUNIO.—Póngame cerca una casa grande, con un gran gallinero... y sin perros. En verano, vendré todas las mañanas a comer huevos. Cuando caliente el sol, me echaré a dormir en las piedras, mirando pa arriba... **(Ya está fatigado del esfuerzo).** Y bueno; en invierno, como todos los lagartos, me alimentaré comiéndome la cola. ¡Hace mucho frío pa ir hasta el gallinero!

ROSALIA.—**(Riendo ruidosamente).** ¡Sos un haragán, Junio!

JUNIO.—**(Sorprendido ante la injusticia de la crítica).** ¿Qué?... ¿No era pa hacer de cuenta lo que a uno más le gustase?

MELUCHO.—**(Desilusionado)** ¡Ustedes no saben seguir un juego! Rosalía tiene razón: todo lo que sacaron de la memoria, fué pedir qué comer.

EVANGELIO.—¡Yo no! Eso me lo arreglaba solo.

MELUCHO.—Pero lo primero que dijiste fué eso. Pediste las armas, pa poder comer lo que quisieras. **(A los otros).** ¿Dijo, o no dijo?

ROSALIA.—Dijo eso.

EVANGELIO.—**(Sin darse por derrotado).** Sí, está bien; lo primero sería eso: comer. Pero ¿a quién lo pedía? Yo tendría un caballo, un puñal, el campo y la noche.

MELUCHO.—**(Da por resuelta a su favor la disputa).** Bueno: está visto que vos también pedís pa comer. Y Rosalía, también.

ROSALIA.—Yo no, Melucho.

MELUCHO.—Sí, vos hablaste del mate de leche. Y las señoras no toman...

ROSALIA.—**(Ingenuamente extrañada.)** ¿No toman mate de leche?

MELUCHO.—No toman.

ROSALIA.—¿Aunque puedan, no toman? **(Pausa)** ¿Qué comen, Melucho, los ricos?

MELUCHO.—**(Con fastidio ante la inocente curiosidad que él no puede satisfacer)** ¡Y yo qué sé!... **(Pausa. Después de un breve instante de meditación con orgullosa suficiencia).** Ahora voy a hacer un cuento sacado de mi memoria. Escuchen. **(Los demás le atienden curiosos. Aunque no por eso Junio deja de comer macachines y de hurgarse).** Dicen que una vez Dios bajó a recorrer el Infierno; lo que hace todos los fin de año. Anduvo por un potrero, y por otro, y por otro. El diablo lo seguía dándole cuenta de por qué estaban todos aquellos allí, y quiénes eran. ¡Había de todo! Viejos, mujeres, algunos gurises, puebleros... y gringos. Dios les iba parando rodeo y el diablo explicando todo tal como era. Pero el viejito Dios no se daba por conforme. Cuando llegaron de vuelta a la puerta del Infierno, ya estaba a caballo pa irse, cuando dijo: Diga, Diablo ¿Cómo es que en su Infierno no he visto ningún gaucho? Esa gente es muy alarife, y hay que corregirla.

EVANGELIO.—**(Pensativo).** ¡Mirá Dios, no más!

MELUCHO.—El Diablo contestó, como disculpándose: "Vea, Don Dios: Es verdad que los gauchos, algunos, son unos alarifes y desorejaos; pero como usté ya los hace sufrir tanto en la tierra ¿sabe? yo creí que era como si ya hubiesen estado aquí".

ROSALIA.—**(Entusiasta).** ¡Ese Diablo!

MELUCHO.—Entonces Dios pensó un poco, y dijo: "Está bien; por ahora vamos a dejarlos. Yo voy a ir por la Tierra, a donde hace años que no bajo, y voy a

ver cómo se portan."

BAUTISTA.—¿Y vino?

MELUCHO.—**(Con desdén).** Callate; es un cuento. "Muy bien; como usté ordene". — dijo el Diablo. "Bueno, hasta la vista," dijo Dios y dió de rienda al caballo. Pero en eso vió por el camino un gaucho que andaba costeando la puerta del Infierno, y le gritó al Diablo: "¿Y éste, qué anda haciendo?". "Ya lo vé", — dijo el otro, — "ronciando pa entrar". — "Y qué hizo? ¿Usté lo llamó? — "No, señor" — volvió a gritar el Diablo, — "querencia que el hombre trae de la Tierra. ¿No le dije?" — Y Dios se fué al galope.

ROSALIA. — ¿Querencia de qué, Melucho?

MELUCHO.—¡De sufrir, Rosalía! ¿No entendés?

ROSALIA.—¡Ah!...

EVANGELIO.—¿Ves?, vos también sacaste de la memoria un cuento igual al nuestro.

MELUCHO.—**(Ofendido en su orgullo de narrador).** ¿Cómo, igual?

EVANGELIO.—¡Seguro!... ¿Qué sufre el gaucho, a ver?

MELUCHO.—**(Desconcertado).** Y... cosas...

EVANGELIO.—**(Con firmeza).** Cosas, no. ¡Sufre hambre! ¡Ahí tenés!

BRIGIDA.—**(De nuevo asomada a la ventana. Gritando).** ¡Melucho!... ¿Qué estás haciendo? **(Amenazante)** Ahora voy yo a buscarte.

(Los niños cogen sus latas, y solos o en grupos, se dispersan por las cuatro esquinas de la plaza, mientras Brígida vuelve a cerrar la ventana, cuando ya Melucho va llegando a su casa).

ESCENA CUARTA

(Lázaro desciende los escalones de la pulpería y cruza lentamente la plaza, volviéndose de contínuo para cerciorarse de que nadie le mira. Lleva el gesto tenso, con una sensación de angustia y temor que se acentúa a medida que se acerca al rancho situado en el centro de la cuadra, junto y a la izquierda del de Brígida. Melucho que no ha terminado de entrar en su casa, lo espera con alargado gesto de burla.

MELUCHO.—**(Desde la puerta de su casa, hacia adentro).** ¡Mama, venga a ver al viejo Lázaro que va a entrar en su rancho! ¡Esta sí que va a ser linda! **(Lázaro se detiene ya frente a su puerta, indeciso y humillado. Brígida asoma en la suya, con el mate en la mano).**

BRIGIDA.—**(Con simulado acento piadoso).** ¡Pobre don Lázaro!... ¡Lo que llega a ver una en este pueblo!

MELUCHO.—**(Viendo la indecisión del otro).** ¿Quiere que yo golpee y la llame?

LAZARO.—**(Se decide a hacerlo antes que el muchacho).** No, deje nomás. **(Golpeándose las manos, en un llamado).** ¡Liropeya!... **(Escucha. Golpeando de nuevo).** ¡Oh, Liropeya!... ¡Liropeya! **(Al sentir que la puerta va a abrirse, retrocede intimidado ante su propia audacia al llamar).**

LIROPEYA.—**(Es una mujer baja, de rostro mezquino, curtido por el sol y ajado por sus años, que son más de cincuenta. Todo en su fisonomía es chiquito y parece moverse sin cesar, aunque esté callada o escuche. Los ojitos negros; la nariz afila-**

da; los pómulos agudos; los labios hundidos por la falta de dientes. Y como envolviendo y aplastando tanta pequeñez, una revuelta melena negra, rizosa, que se levanta desde la nuca y apenas si se apoya en las orejas y la frente. Su cuerpo, al contrario, es basto; desde el busto hasta los tobillos. Viste con la pobreza de todos los de ALTO ALEGRE. Pero ella conserva el enhiesto orgullo de aquella melena. Asoma violentamente, y así habla a Lázaro). ¿Ya viniste? ¿No te dije que no pisaras por aquí? ¿Qué querés?

BRIGIDA.—**(Con tono que intenta ser piadoso, pero que en lo íntimo tiene la intención de herir).** ¡Pero vecina, no eche así al pobre hombre! Al fin, él es el dueño de ese rancho.

LIROPEYA.—¿Y a usté quién la llama en lo que no le importa? ¡Llévelo para el suyo, y así no tendrá que cambiar uno todas las noches.

BRIGIDA.—**(Simulando sentirse asombrada por la ofensa)** ¡Qué mujer, y qué lengua... Santa Bárbara! Ya decían los antiguos: cuando una vieja se enloquece hasta llueve con sol!

LIROPEYA.—Por buena será que el pulpero le da la yerba sin cobrarle. Si tuviera vergüenza, ese mate sería más amargo que la yel. **(A Lázaro, que se ha quedado atónito).** ¿Y vos, qué esperás para irte?

LAZARO.—**(Con voz de súplica).** No grites, Liropeya; escuchame: ¿No puedo entrar?

BRIGIDA.—¡En este pueblo no se puede vivir! ¡Qué gente, Dios mío! **(Y como ya ha sorbido el mate, entra a cebárselo para reaparecer, ávida de curiosidad. Así estará, asomando y escondiéndose, mientras Lázaro esté a la puerta de su casa).**

LAZARO.—Escuchame, Liropeya: ¿me tenés rencor? ¿Por qué? ¿Te acordás?...

LIROPEYA.—¡Te he dicho que te vayas! **(Despectiva).**

¡Ya me tenés harta con tus memorias! Yo no me acuerdo de nada.

LAZARO.—**(Sorprendido).** ¿Cómo? ¿Entonces es como si vos y yo, aquellos que éramos aquí, en este rancho, nos hubiéramos muerto? ¿Y ahora han venido dos desconocidos a ocuparlo, aunque vos seas una de ellos? ¿Cómo puede ser?

LIROPEYA.—¡Sos un viejo derrotado! **(Con ruda impaciencia).** ¡Ya te he dicho que te vayas o te hago echar!

BRIGIDA.—**(Que ha asomado, el mate en la mano, a tiempo de oir la amenaza)** ¡Qué horror!... Se ha perdido la justicia en el mundo! ¡El pobre infeliz hizo su casa, y ahora lo hacen hechar por un tordo!

LAZARO.—**(A su mujer).** Sí, yo sé. Y antes yo era orgulloso y vos eras humilde. Yo estaba allá arriba y vos mucho más abajo, como arrolladita. Pero después que el bagual me quebró y no pude domar más, me fuí achicando y vinimos a quedar iguales.

LIROPEYA.—¡Bastante te aguanté, entonces!

LAZARO.—**(Con inocente desconcierto).** Por eso digo, Liropeya: ¿no te dá lástima, no de mí ni de vos... de aquellas cosas que hiciste? Vos llorabas, te reías, de veras. Y ahora... ¿hacés que no fueran verdaderas tus lágrimas ni tus risas? ¿Cómo es? ¿Se puede, así, despreciar la propia vida de uno? ¿Qué queda, entonces?

CLEMENTINO.—**(Su voz desde adentro).** ¿Con quién charlás ahí, que no dejan dormir a la gente?

LIROPEYA.—**(Humilde, a Clementino).** Voy, mi querido. **(A Lázaro).** ¿Oíste? O te vás, o vendrá él a echarte.

LAZARO.—¿De mi casa? Pero si yo puedo...

(Lázaro no alcanza a terminar su frase de amenaza. Apartando a un lado bruscamente a Liropeya, Clementino ha, más que salido, saltado desde la puerta y con sus manos de mocetón recio, ha cogido de los hombros al débil de

Lázaro, lo ha hecho girar sobre los talones y de un empellón lo ha arrojado lejos, mientras le dice):

CLEMENTINO.—¿Ya viniste, viejo chicharra? ¿No te dije anoche que si venías te iba a dar una paliza? ¡Caminá... ligero, te he dicho!

LAZARO.—**(Que apenas ha logrado mantenerse en pie, con voz lastimera).** ¿Por qué, por qué? **(Todavía insiste en que le expliquen la justicia de su desgracia).** ¿Cómo es?

CLEMENTINO.—**(Apenas disminuyendo su ruda violencia a Liropeya).** ¡Y vos, caminá pa adentro!

LIROPEYA.—**(Entrando, seguida de Clementino, humilde).** Voy, querido. Voy enseguida.

BRIGIDA.—**(Despidiéndoles, y cuando ella también va a cerrar su puerta, satisfecha de haber hallado tema tan pródigo y vivo para sus comentarios en la vecindad).** ¡Ah, las mujeres han perdido la vergüenza!... ¡Y los hombres también!

ESCENA QUINTA

Los niños han dejado sus latas y vuelven a la plaza, corriendo y jugando. Uno de ellos, Melucho, ha tropezado de propósito con Lázaro cuando éste ya va de regreso hacia la pulpería).

MELUCHO.—**(A Lázaro, al tiempo de empujarlo).** ¡Abra los ojos, viejo; no se atraviese en el camino de la gente!

EVANGELIO.—¡Ché, Braulio, vení, vamos a jugar a los matreros!

(Se oyen airadas voces de hombres que discuten dentro de la pulpería, hasta que de pronto los que así hablaban irrumpen atropelladamente en la puerta. Son los hombres del ALTO ALEGRE. Vestidos con idéntica miseria que sus mujeres y sus hijos. Detrás de ellos, el pulpero, hombre vulgar que viste guardapolvo y alpargatas, los amenaza con una cuchilla mientras les grita. Y todos huyen con tal precipitación buscando la calle, en donde luego se detienen, que alguno de ellos pasa casi pisando a Braulio. Sólo uno baja, lento y tambaleante por el alcohol los escalones. Bien se advierte que es extraño en ALTO ALEGRE; pues aún cuando viste con humildad lo hace con pulcritud. Su nombre es Manuel. Mientras suenan las voces de la tumultuosa escena, en todos los ranchos de la plaza, desde las puertas o ventanas, asoman las caras curiosas de las mujeres).

PULPERO.—**(Siempre gritando, amenazante, mientras los otros salen como empujados por sus voces).** ¡A la calle, haraganes! ¡No pueden jugar en paz, y arman escándalo!

MANUEL.—**(Con lastimosa dignidad).** ¿A quién le dice

eso? ¿A mí? **(En tanto esta escena se desarrolla en la plaza, al fondo, en lo alto del camino, se verá aparecer un sargento de policía que viene bajando hacia el pueblo).**

PULPERO.—**(Sin impresionarse por el gesto del ebrio).** ¡A vos también, borracho!

MANUEL.—¿Entonces usté quiere decir que yo soy borracho? ¿Y dónde me emborracho? A ver, dígame dónde me emborraché? ¿Y dónde me robaron la plata estos tramposos?

UN HOMBRE.—Nuestros ranchos llaman a la gente, y usté aquí la roba.

PULPERO.—¡Calláte, haragán! ¡Más de una vez te he matado el hambre!

UN HOMBRE.— Primero la metió en casa, y ahora la mata una vez por año.

MANUEL.—A ver: ¿dónde me emborraché y me robaron la plata? ¿A ver?

PULPERO.—¡Caminen a trabajar, perezosos! ¡Bendito Alto Alegre, éste!

OTRO HOMBRE.—Pa vos lo ha sido; pa nosotros nunca. Hiciste un alto sobre nuestra miseria y ahí te estarás engordando, y todavía, insultándonos. ¿En qué trabajás, vos? ¿Plantás y cosechás el tabaco que vendés? ¿Lo contrabandeás al menos? Vamos a ver, decí.

MANUEL.—Eso es; vamos a ver: ¿dónde me emborraché?

(Sin que nadie en ella se fije, Liboria cruza la escena y entra en su casa).

UN HOMBRE.—¡Quiere que trabajemos! ¿Pa qué?

PULPERO.—¡Para dar de comer a los hijos, bandidos!

OTRO HOMBRE.—Comprando en tu pulpería. ¡Sos muy caritativo!

PULPERO.—**(A otro hombre. Amenazante).** Ya vendrás a pedirme para ganarte una changuita.

OTRO HOMBRE.—¿Y qué hay con eso? ¿El trabajo es tuyo también? ¿Vos sos su dueño?. **(Despectivo)**

Poco más, y te creés que hacés una limosna.

EVANGELIO.—**(Señalando al Sargento que ya asoma a la calle).** ¡Mirá quien viene! **(Todas las miradas se vuelven en la dirección que el niño indica. Y bajo la misma impresión, se vacían las puertas y ventanas de donde huyen las mujeres, se dispersan por las calles los niños, y con disimulado andar vánse los hombres y éntrase el Pulpero. Sólo quedan en la escena, Lázaro y Braulio).**

ESCENA SEXTA

(El Sargento es de una impresionante estatura. Da la sensación de que en él avanzan con grandes y seguros pasos que nada detendrán, todas las fuerzas de una autoridad que parece haber sido creada, desde un extremo al otro, con formas inconmovibles a las que ni el tiempo podría gastar. Así viene, con sus altas botas, su sable enorme, su gesto duro e inmutable, a detenerse junto al pequeño grupo que forman Lázaro y Braulio. Tembloroso, encogido de terror, el niño le mira acercarse como si detrás de aquella imagen que ya está sobre sus ojos, vinieran desplomándose los cielos. Y se vuelve, azorado, hacia Lázaro. Pero las manos del viejo también tiemblan, mientras en sus labios abiertos se ha perdido una palabra que su pensamiento turbado por el miedo no puede hallar).

SARGENTO.—**(A Braulio).** ¿Cómo te llamás?

BRAULIO.—**(Su voz temblará por el llanto que apenas reprime).** Braulio.

SARGENTO.—¿Braulio qué?

BRAULIO.—¿Cómo?

SARGENTO—Sí, ¿Braulio qué?

LAZARO.—**(Con dulzura).** Si, Braulio; el apellido de tu padre.

BRAULIO.—¡Don Lázaro, yo no tengo padre, usted sabe!

SARGENTO.—¿Es muerto?

BRAULIO.—No sé; no señor.

LAZARO.—**(Al Sargento, intentando disculpar al niño).** Si, eso pasa; sí señor. Usted mismo...

SARGENTO.—**(Con despectivo imperio, a Lázaro).** A usted nadie le pregunta nada. **(A Braulio).** ¿Con quién

vivís, entonces?

BRAULIO.—Con Mama y un hombre que dice que es mi padre.

SARGENTO.—¿Cómo, y vos no sabés si es tu padre?

BRAULIO.—¡Y... yo no sé, no señor! El dice que sí, pero cuando me pega mucho, Mama le grita que no me pegue así, que él no es mi padre para hacerlo. Yo no sé.

SARGENTO.—¿Y en qué trabaja ese hombre?

BRAULIO.—¿Trabajar? En nada... Es Mama que trabaja.

LAZARO.—Sí, señor; y el chiquilín no comía desde ayer, ¿sabe? En la estancia donde va a trabajar la madre, no quieren sirvienta con hijo. **(Como el Sargento parece escucharle, él se anima a continuar hablando).** ¡Usted ve! **(Señalando en las cuatro direcciones).** Una estancia, otra estancia, y otra, y otra. ¿Aquí? Miseria, miseria y miseria. ¿Qué va a hacer el pobrecito? Nació aquí, aquí lo criaron, ¿qué culpa tiene?

SARGENTO.—**(Cree dar una respuesta definitiva, que hará callar al viejo).** ¿Por eso roba?

LAZARO.—**(Con tono humilde).** No, Don Sargento. Tiene toda la razón! ¡No hay que robar!... ¡Qué esperanza!... pero, ¿sabe, dónde está lo que un niño hambriento puede comer sin robar? ¡El pobrecito no lo encontró!

SARGENTO.—¡Que trabaje!

LAZARO.—Ahí está; sí señor; que trabaje. Pero... ¿cuando no le dan trabajo? **(Sonríe)** ...Y el trabajo no se puede agarrar como a la carne, sin que se lo dén. **(Disculpándose).** Digo yo... ahí está... Usted, que habrá sido pobre...

SARGENTO.—**(Orgulloso).** ¡Yo soy autoridad!

LAZARO.—**(Humilde).** Ah, sí señor. Yo creía, dispense.

SARGENTO.—Este pueblo sólo da más trabajo que toda la sección. Hay que hacer un escarmiento.

LAZARO.—¿Con el niño? **(Se le ha ocurrido una idea**

que le alegra la mirada y la voz). Don Sargento: ¿y si llevásemos a este muchacho y lo obligásemos a que le pidiese perdón al dueño de la oveja? ¿Sabe? **(Simula un ánimo enérgicamente justiciero).** ¡No por este pícaro, no! Por la madre, ¿sabe? Al fin, el estanciero pierde una oveja, entre mil... y la madre, no pierde un hijo, que es el único... ¿Eh, Don Sargento?

SARGENTO.— Ya lo han sacado de paciencia. Tiene que quemar las carnizas para que ustedes no le anden trillando el campo en buscarlas.

LAZARO.—**(Recién comprende lo ingenuo de su esperanza anterior).** Sí, tiene razón. Ya el hombre perdió la paciencia. ¡Es duro tener paciencia! ¡Y eso que él come todos los días!... Nosotros... ¡Es duro tener paciencia!

(En todas las ventanas de la plaza han vuelto a asomarse los rostros curiosos).

SARGENTO.—**(Aparta bruscamente a Lázaro, mientras pone su mano sobre el hombre de Braulio).** ¡Basta de prosa! ¡Vamos, gurí!

BRAULIO.—**(Coge con sus dos manos, débiles e implorantes, la pesada mano del hombre bajo la cual su cuerpecito se agobia).** ¡Por favor, no me lleve, no me lleve! ¡Don Sargento, yo no pensé hacer mal a nadie; no pensé hacer mal... sólo pensé en la comida para Mama y para mí. **(Y llora de desesperación, mientras el Sargento imperturbable, lo arroja hacia adelante y lo obliga a andar. A Lázaro, tendiéndole las manos).** ¡Don Lázaro, yo no sé explicarme, no sé nada más que llorar; soy un niño! ¡Háblele usté!

LAZARO.—**(Desolado)** ¡Pero criatura... ¿y no ves que yo no sé, tampoco, otra cosa más que hablar?... ¿Qué consigo con eso?...

(Ya el Sargento y Braulio, imagen de la justicia sobre el débil, van a perderse en una esquina de la plaza, cuan-

do desde la ventana de su rancho, entre el silencio de indiferencia de todos, grita Brígida).

BRIGIDA.—¡Sargento! ¿a dónde lo lleva?

SARGENTO.—**(Apenas volviendo la cabeza).** A la Cárcel, pues.

BRIGIDA.—¿Y estará mucho allí?

SARGENTO.—**(Indiferente).** Y... ¡vaya a saber! Lo menos dos años.

BRIGIDA.—¡Infeliz! ¡Cuando vuelva, ya vendrá hecho un ladrón!

BRAULIO.—**(En un grito extendiendo hacia el cielo los brazos).** ¡Mama, sálveme!! **(Y se ocultan detrás de la esquina de la derecha).**

ESCENA SEPTIMA

Por el fondo y la calle de la izquierda, vienen Guarumba y Trinidad cuando la plaza ha vuelto a quedar vacía. Se dirigen hacia el rancho que está en el extremo avanzado de la cuadra, después del de Liropeya. Guarumba es el tipo del indio de nuestros campos. Cetrino, poderoso y elástico, aunque su andar es lento y pausado. Es aún joven; viste con una aseada pobreza. Mira siempre hacia el suelo, y habla con desgano. Trae un viejo poncho de verano en el brazo. Trinidad es rubia, pequeña, de aspecto enfermizo. Tiene la voz apagada, y los ojos inocentes. Viene vestida con la sencilla pulcritud de una campesina pobre y cuidadosa de sí misma. Trae una maleta rebosante en la mano. Al llegar a la puerta del rancho, Guarumba extraerá una llave del bolsillo de su bombacha, con la cual abre la puerta que da a la calle. Detenidos frente a ella, hablan).

GUARUMBA.—Aquí tenés tu rancho.

TRINIDAD.—**(Alejándose un poco, para observarlo desde la cumbrera hasta el piso).** Es chiquito, ¿no es verdad? ¿No tiene ni un arbolito?

GUARUMBA.—**(Con cansancio).** ¡Un trabajo bárbaro! **(Condescendiente).** Pero vos podés plantar, si querés.

TRINIDAD.—Sí, yo plantaré un paraíso y un álamo. Me gusta ese árbol... ¡tan derechito y siempre con un murmullo de conversación alegre entre las hojas! Y el otro, ¿has visto cómo relumbran sus hojas de un verde tan oscuro? ¡Parece que la noche, como una mano, se las lavase pa que cuando el día se haga en el patio, él ya esté, ¡tan limpito! ¿No

es verdad?

GUARUMBA.—**(Distraído).** Si... es así, más o menos.

TRINIDAD.—**(Entra un instante al rancho para dejar su maleta y vuelve a salir fingiendo un mimoso asombro).** ¡Pero, Guarumba, qué descuido ahí adentro! **(Disculpándolo)** ¡Estos hombres! solos no saben valerse. Se les va amontonando la tierra, y cuando quieren ver están durmiendo en un corral. Voy a comprar una cortinita pa aquella ventana. **(Después de pensar un instante).** ¿De qué color te parece que pintemos esta puerta? ¿Verde o azul? ¿Cuál será más alegre? ¿No sería mejor de- colorado?

GUARUMBA.—**(Sin levantar la vista del cigarro que ha empezado a liar).** Y... verde, o azul... o colorado. Sí, cualquiera. Vos pensá.

TRINIDAD.—**(Señalando la entrada).** Aquí se ha de hacer barro cuando llueve. ¿Qué te parece si traemos unas piedras, y hacemos como una veredita?

GUARUMBA.—**(De sólo pensarlo, se cansa).** ¡Uf... hay que caminar como media legua pa encontrar una piedra que sirva.

TRINIDAD.—Y no es nada. Salimos de tarde a pasear y de vuelta vamos trayendo un día una, otro día otra... **(Con entusiasmo)** Vas a ver; un día llegás de tu trabajo y te perdés en el pueblo. No vas a reconocer tu casa. **(Señalando la esquina del rancho).** Aquí habrá una madreselva. Y de noche, cuando nos sentemos a conversar y descansar, ¡qué lindo ese perfume que la envuelve a una, y hasta parece que se tiene en las manos! ¿Vos sabés cantar, Guarumba?. **(Con amargura).** Yo no sé....

GUARUMBA.—Bueno; vamos a entrar. Hemos caminado un rato.

BRIGIDA.—**(Asoma a su ventana. Y al recorrer con su mirada la plaza, descubre al grupo de los recién llegados. En la prisa con que se quita de los labios**

la bombilla del mate que estaba sorbiendo, se advierte el asombro con que observa la escena; pero pronto reacciona y habla). ¡Hola, vecino! ¡Mirá que sorpresa!... ¡te trajiste una paloma!... ¿De dónde la agenciaste? ¡Presentámela, pués!

GUARUMBA.—Ya lo vé. Se la presento: se llama Trinidad.

TRINIDAD.—**(A Brígida)** Buenas tardes. **(A Guarumba)** ¿Quién es? ¿Te conoce tanto?

GUARUMBA.—Y... aquí todos nos conocemos mucho. Es Brígida.

BRIGIDA.—Buenas tardes, nueva vecina. ¿Se casaron?

TRINIDAD.—**Vacilante).** Nosotros...

BRIGIDA.—¡Seguro! ¡Vaya un lujo estúpido! Yo me casé, es verdad; pero como mi esposo tenía un oficio tan serio, y andaba sólo entre gente de categoría, teníamos que casarnos.

GUARUMBA.—Te está mintiendo. Y el marido era cuarteador de diligencia. Ahí tenés cómo andaba con gente de categoría.

(Por la esquina en que están Guarumba y Trinidad asoma una Ciega, conducida de la mano por su hijo. Son una estampa de la más mísera desgracia.)

CIEGA.—Buenas tardes.

GUARUMBA.—Buenas.

TRINIDAD.—Buenas tardes.

(Entran en su rancho).

CIEGA.—**(A su hijo)** ¿Es una mujer que está ahí? Esa voz no es del pueblo.

NIÑO.—Sí; parece que Guarumba la ha traído con él.

CIEGA.—¡Serán dos novios que se han casado! ¡Qué lindo! ¿Cómo es ella?

NIÑO.—Es rubia.

CIEGA.—¿Cómo es una rubia?

NIÑO.—Mismo... ¿cómo le voy a decir?

CIEGA.—Tu padre era un moreno. **(Con amargura).** Sólo una noche me tuvo... Mama le cobró, y él se fué.

Parecía que era alto, y tenía los brazos fuertes y una voz valiente...

NIÑO.—**(Señalando el camino sobre la loma, por el cual ya van la pequeña figura de Braulio y la imagen imponente del Sargento).** ¡Allá va Braulio pa la cárcel!

CIEGA.—**(Sin hacer caso de lo que ha dicho su hijo)** Mi hijo: ¿cómo son, mismo, los hombres? Decime: un morocho; un negro; un rubio; ¿cómo son?

NIÑO.—**(Con desgano).** Los que yo conozco, todos son pobres, viven sucios, no trabajan y van, como Braulio ahora, a la cárcel.

CIEGA.—¡Ah, quién pudiera verlo, tal cual es! ¡Qué hermoso ha de ser el hombre!

TELON

OTRO DIA

Los ranchos del Alto Alegre muestran a los ojos extraños que por acaso llegan hasta su plaza, su más digna y alegre fisonomía. Adjetivos de hipérbole, parecerán éstos al espíritu del hombre ciudadano que ha contemplado tanta miseria como es la que asoma a la plaza. Mas no lo es para los moradores del lugar, en cuya conciencia endurecida por la desgracia, aún vive un resto de pudor de la condición humana. Vestidos con él, están los ranchos frente a la plaza. Vestidos de andrajos, cierto es; así están también vestidos quienes en ellos viven. No obstante, y aunque con remiendos de latas relucientes sobre el violeta del barro de sus paredes, ellos ocultan su vergüenza en público. Igual sus moradores.

Ahí está, ahora, su intimidad:

Hacia el fondo, y de izquierda a derecha, se alínean los ranchos de Brígida, Lázaro y Guarumba, vistos de espalda.

Vencidas paredes —con salientes y hundimientos en los cuales se alargan, zigzagueando, grandes grietas que las lluvias ensanchan— se agobian bajo los techos pajizos.

El rancho de Brígida y el de Guarumba, aún tienen una puerta de madera, que se abre hacia el interior. En el de Lázaro, si la hubo, ha tiempo que los soles y las lluvias la gastaron: en su lugar sólo hay ahora una sucia arpillera que cuelga desgarrada.

Rudimentarios alambrados que corren perpendiculares desde los ranchos hacia el frente de la escena, separan a los patios. Cuatro palos desiguales, retorcidos, apenas si sostienen los flojos hilos de alambre que señalan las propiedades.

Algunos árboles que no alcanzarán nunca a adquirir

sus formas plenas, bajo la desvastación del azote de las hormigas, y unas sucias matas de flores humildes, pretenden aliviar la visión de tanta miseria.

Hacia la izquierda, bordeando el alambrado del rancho de Brígida, pasa la calle que va a la plaza. Se alcanzará a ver un trozo de ella, por donde irán, cuando la acción lo indique, los hombres del Alto Alegre.

Está anocheciendo.

La hora está en la luz, tan apagada ya, que los ranchos han adquirido un tono entre violeta y azul al que la noche cercana convertirá en negro; pero más aún que en la luz del cielo, la hora está en el rojo de los apretados fogones, que las mujeres irán encendiendo.

ESCENA PRIMERA

Por el trozo de calle que se ve junto al rancho de Brígida, ha llegado un hombre y puéstose a hablar con ésta, que permanece encorvada sobre el brasero en el cual bien pronto se alzan las rojas y alegres llamas. Es un hombre joven, de formas prietas y redondeadas. Su rostro, a pesar de la pobreza con que viste, hiciera creer que es —con el Pulpero— uno de los dos únicos que comen todos los días en Alto Alegre. Su cráneo, la frente, las mejillas, todo en él da la sensación de que ha sido construído con líneas curvas y vastas. Sus ojitos y boca redondos, dan a su fisonomía el carácter de una desoladora pequeñez mental. Le llaman Juancito.

JUANCITO.—**(Acodándose en el alambrado que da a la calle).** ¿Llegué a tiempo, doña Brígida?

BRIGIDA.—**(Enderezándose).** Salí, muchacho. **(Al tiempo de hacer lo que dice).** Ya no queda para poner en el fuego más que esta lata de macachines.

JUANCITO.—¿Alcanzará para esta noche?

BRIGIDA.—Y... nuestra hambre es tanta como haya en la olla. **(Resignada).** Una tiene que acostumbrarse; el estómago se va poniendo, poco a poco, del tamaño del plato que comemos. ¿Qué haría con ser más grande? ¿No hallás?

JUANCITO.—¿No tiene por ahí a Melucho?

BRIGIDA.—Sí, por ahí debe andar. ¿Cuándo salen?

JUANCITO.—Ahora mismo; si quiere, mande al muchacho que me siga.

BRIGIDA.—Sí, anda yendo que él ya te alcanza. **(Bajando**

la voz). Y decime: ¿siempre le podés conseguir alguno pa la vecina?

JUANCITO.—**(Entreparándose).** ¿Ella ya está de acuerdo?

BRIGIDA.—Todavía no. Pero, como vos vas a andar por las estancias... ¿comprendés? Siempre es una cosa nueva y se pueden hallar muchos interesados.

JUANCITO.—**(Yéndose).** Usted va a comer mis sobras... y otros las de Guarumba. **(Ríe).** Hasta la vuelta.

BRIGIDA.—**(Riendo).** ¡No es lo mismo, ché! Hasta la vista. **(Asomándose a la calle, grita).** ¡Melucho!... **(A un hombre que se supone va pasando).** ¿No vió a mi hijo por ahí?

VOZ DE HOMBRE.—Allí viene ya con los otros gurises.

BRIGIDA.—**(Gritando, con el rostro vuelto hacia el extremo cercano de la calle).** ¡Apurate, muchacho, que los vas a perder en el camino. ¡Mirá!, ya se van los últimos. **(Al hombre).** ¿Usted también va?

VOZ DE HOMBRE.—Aunque sea de agarrador, puede que consiga una changuita. Hasta la vuelta.

BRIGIDA.—Hasta la vuelta. Este... si no le viene mal... y le sobra algo de la comida, y quiere echarlo en la lata de mi hijo...

VOZ DE HOMBRE.—**(Apenas se oye).** Ya me lo pidió la Liboria...

BRIGIDA.—**(Con despecho).** ¡Mirá que prenda... por una sobra de comida...! **(A Melucho, que en ese instante asoma en la calle y entra a su casa trasponiendo el alambrado).** Agarrá tu lata y alcanzá a Juancito; él te va a dar sus sobras.

MELUCHO.—**(Mientras coge la lata que usara en el primer acto).** ¿Sólo a Juancito le pido?

BRIGIDA.—¡No seas pavo, muchacho! ¿Cómo le vas a pedir sólo a Juancito? Pedí a todos; pero él es seguro que te va a dar.

MELUCHO.—**(Ya junto al alambre).** Pero es que ahí vienen los otros gurises.

BRIGIDA.—Y bueno... si no te dan, no te dan. ¿Qué se pierde con pedir? Y movéte; mirá que te quedo esperando.

(Por la calle asoman los niños, cada uno con su lata en la mano).

EVANGELIO.—**(A Melucho)** Movéte, moreno; allá se van perdiendo los esquiladores. A lo mejor llegamos y les han tirado las sobras a los perros.

MELUCHO.—**(Ya unido al grupo que se va alejando hacia el fondo de la escena. A Brígida)** ¿Vuelvo hoy mismo? Queda más de una legua de aquí.

BRIGIDA.—¡Seguro que volvés hoy! ¿No van a venir todos juntos? Y no te entretengas.

EVANGELIO.—**(Se siente su voz, cuando ya todos se han ocultado).** El que llegue antes a aquella zanja, gana el primer pedazo de galleta que se consiga. ¡Vamos!

ESCENA SEGUNDA

(Brígida se ocupa en avivar el fuego, sobre el cual ha puesto la caldera para el mate que luego irá sorbiendo durante el desarrollo de la escena. Vestida con una descolorida blusa celeste, y una falda que apenas le llega a las pantorrillas, Trinidad sale a su patio. Apenas si su figura, ahora vencida por la delgadez de la enfermedad, recuerda la de aquella muchacha que un día llegó a la casa, siguiendo a Guarumba. Sobre la pobreza de sus ropas, sólo brilla aún el rubio de su cabellera.

Sobre un pequeño banco que está junto a la puerta, Trinidad se sienta con la lentitud de un profundo agotamiento físico. Apenas lo ha hecho, una tos seca, cortada y tenaz, sacude a su cuerpo, le voltea el busto sobre las rodillas, o la obliga, en los breves intervalos en que cesa de ahogarla, a apoyar la espalda contra la pared del rancho y así quedar, la cabeza echada hacia atrás, muy abiertos los ojos que miran al cielo con candorosa inocencia).

BRIGIDA.—**(A Trinidad, cuando la tos permita a ésta oir lo que le hablan).** ¿Se cansó, vecina? ¡Pobrecita... pa mí que usté así no va a durar...

TRINIDAD.—**(El cansancio apaga su voz).** Es que caminé mucho... ¿No sabe por donde andará Guarumba?

BRIGIDA.—¿Y por dónde va a andar, vecina?. En el boliche, pues. ¡Ah! él no tiene mala entraña; pero como haragán no he visto otro. **(Fingiendo un ánimo tierno).** ¡La compadezco, pobrecita!

TRINIDAD.—No, no es que sea haragán; es que no tenía con qué comprar la tijera. **(La fatiga la hace hablar entre pausas).** Ahora aquí le traje los tres pesos que

cuesta. ¡Qué cara! ¿Cómo van a vivir así, los pobres? Para tener con qué trabajar, casi hay que ser rico.

BRIGIDA.—Y... el pulpero está en su negocio. ¿No halla?

TRINIDAD.—Ah, sí.

BRIGIDA.—¿Se encontró con los esquiladores?

TRINIDAD.—**(Con disgusto)** ¿Ya salieron?

BRIGIDA.—**(Con una cruel exageración).** ¡Uf... hace como dos horas!

TRINIDAD.—**(Como si quisiera disculparse ante sí misma).** Tuve que esperar a que llegase el patrón... después vine cortando campo... pero queda casi dos leguas de aquí.

BRIGIDA.—Eso es lo que la mata, vecina. ¿Pa qué camina así?

TRINIDAD.—Y si no, ¿con qué trabaja Guarumba? Menos mal que esta primavera ha venido con un airecito tibio. **(Vuelve a toser).**

BRIGIDA.—¿Porqué no hace como le digo? Agarre un gato negro, y échele su aliento en la boca. Le garanto que es santo remedio. ¿No ve que es animal del Demonio?

TRINIDAD.—**(Con honda tristeza)** Me gustaría ver un médico...

BRIGIDA.—¡Déjese de eso! ¿Un médico? Pero, ¿está loca, vecina? ¿Qué médico va a venir hasta aquí? Si no es el pulpero que lo traiga... Nos juntamos todos los del Alto Alegre, nos vendemos como un rodeo, y todavía no dá pa traer un médico hasta el pueblo. ¡Nomás el automóvil!... Y después: él cura con remedios de botica. ¿Se da cuenta? ¡Ni hable de eso! Haga como le digo: Consígase un gato negro y échele su mal en la boca.

TRINIDAD.—**(Se levanta trabajosamente e intenta barrer el patio).** Yo creo que no ha de ser mucho este mal. Sólo siento un dolorcito aquí arriba! **(Indicando el vértice del pulmón).**

BRIGIDA.—**(Interrumpiéndola en un tono de confidencia).**

¿Sabe lo que le hace más falta pa ponerse buena enseguida?

(Trinidad se vuelve interrogándola con su lenta mirada).

BRIGIDA.—Comer un poco más. Si usted quisiera... Justamente hoy me decía Juancito...

TRINIDAD.—**(Con la mayor energía que su debilidad le permite, mientras continúa barriendo).** ¡Yo no soy una chusma, doña Brígida!

BRIGIDA.—**(Inmutable).** ¡Seguro, vecina! ¡Claro que usted no es una chusma!...

TRINIDAD.—¿Por qué me habla de eso, entonces?

BRIGIDA.—... Usted es una hambrienta, nada más... **(Como consigo misma).** Chusma... chusma... ¿Qué quiere decir eso, aquí? Cuando una tiene el estómago lleno, ¡debe ser muy lindo hablar con esas palabras!. **(Orgullosa).** No se vaya a pensar; cuando nosotros vivíamos con mi marido el cuarteador, ¡había que ver qué conversaciones teníamos! Usted no se hace una idea de cómo hablaba aquel hombre. Bueno; pero él, ya le digo, vivía entre gente de categoría y nunca faltó qué comer en casa. **(El recuerdo feliz pone por primera vez una inocente emoción en sus palabras y en el gesto).** Escuche; todavía me acuerdo de un percance que le ocurrió, y ¡cómo lo contaba! Una tarde llegó con su caballo manco, y yo le pregunté: ¡Cómo es eso, Delfino, que un cuarteador como vos, viene montado en un caballo manco? Y él, sin pensar, saliéndole así nomás de la memoria, me dijo: Resultó, Patrona... **(Con orgulloso acento).** — porque él nunca me llamó sino Patrona — resultó, que yo venía galopa que galopa por el camino, cuando en una de esas el caballito entró la mano del lado de montar, en una concavidad, y salió fosfórico de la susodicha mano izquierda... **(Con tristeza).** ¡Qué lástima; nunca más pude acordarme de cómo seguía el relato! ¡Pero era como un verso, le garanto!

TRINIDAD.—¡Así es lindo hablar!

BRIGIDA.—**(Volviendo sobre su intencionado propósito)** ¡Ah, claro!; ¡cuando uno come bien, y al invierno sólo lo siente pasar por los patios, da gusto hablar así. Pero después... se le secan a una las palabras, como las carnes, ¡Ay, le digo: hasta el cariño se puede tener con gusto, y tranquila. ¿Pero así?

TRINIDAD.—Yo lo tengo de cualquier modo.

BRIGIDA.—¡Déjese de eso! Cuando uno va cayendo en la miseria, en el alma, como en el rancho, se le van abriendo grietas por donde entra la tierra del verano y el frío del invierno. ¿Quién tiene ganas de andar diciendo aquellas cosas tan lindas que una pensaba, cuando llega la noche y no hay luz pa encender, ni un pedazo de carne pa arrimar a las brasas? Y el hombre comienza a ver que nuestro vestido está sucio, y después nuestras manos... Y una a ver cómo él se va achicando, acobardando... Y lo más que queda de aquello que era como un fuego, es una fría laguna de lástima, que ya ningún viento mueve, y la vejez va secando. **(Intentando convencerla).** Usted todavía es joven, y con una buena comida todos los días, y una cama abrigada de noche, le garanto que levanta cabeza.

TRINIDAD.—Prefiero morirme de hambre, y ser honrada.

BRIGIDA.—**(Irónica).** ¡Va a ser lindo! **(Aludiendo a la tos que sacude a Trinidad).** ¿Ve? Ahí está la respuesta.

TRINIDAD.—**(Con aniñado acento).** ¡No sea mala, doña Brígida!

BRIGIDA.—No soy yo mi hijita: es la vida. ¿Qué va a pasar con que usted se guarde su honradez? ¿Se piensa que los de Alto Alegre van a ir al camposanto a mirar el montoncito que su cuerpo haya hecho?...

TRINIDAD.—**(Implorante).** ¡Doña Brígida, por favor!

BRIGIDA.—**(Como si no oyera)** ... y a decir: ¡mirá qué lindo, sacate el sombrero y saludá a una que fué como ninguno de nosotros?. **(Trinidad sacudida por la tos, está encorvada encendiendo el fuego en su brasero).** ¿O crée que los ricos van a venir de los pueblos a echarle margaritas? Si acaso uno les cuenta la historia, dirán: ¡qué buen ejemplo! **(Con sordo encono).** Pero por abajo, quedarán pensando: ¡infeliz, se creyó que eso de la honradez es anillo que cualquiera puede ponerse, y llevar mucho tiempo!

TRINIDAD.—**(Yendo a sentarse, extenuada).** Cada una tiene su corazón... **(La tos quiebra sus palabras).**

BRIGIDA.—**(Sintiéndose ofendida).** Que no es mejor que el de otras. Y pal final aquí, en Alto Alegre, como en todos lados, los gusanos se comen al suyo, igual que al mío.

TRINIDAD.—Como usted quiera; pero nadie podrá decir de mí, ni viva ni muerta, que no he sido honrada.

BRIGIDA.—Mientras esté en Alto Alegre, pierda la esperanza de que nadie venga a abrir la boca, contemplando una cosa que ya ninguna tiene, porque se cansaron del hambre que cuesta el conservarla. ¿Y cuando esté allá, en la ladera? No será más que un montoncito pisoteado por las vacas, que sólo saben que allí crece un pastito tierno y húmedo. ¡Esa es la historia!

TRINIDAD.—Entonces, ¿pa qué vivimos?

BRIGIDA.—¿Nosotros, los de Alto Alegre?

(Por la calle ha asomado un hombre que las distrae, con su saludo, al pasar. Lleva al hombro una guitarra).

PAYADOR.—Buenas tardes, vecinas.

BRIGIDA.—¿Pa donde va con su música?

PAYADOR.—A las esquilas.

BRIGIDA.—Va muy retrasado.

PAYADOR.—No es nada; siempre llego a tiempo. Cuando la gente come, le gusta oir que le canten. Entonces

algo siempre se consigue.

BRIGIDA.—Cantar porque le matan el hambre, no veo el gusto.

PAYADOR.—Y qué quiere, Doña Brígida. Son los tiempos. Antes bastaba un vaso de vino, en las pulperías; hoy es por unas sobras.

BRIGIDA.—¿Dicen que le hizo un compuesto para Alto Alegre? Muéstrenos, pues, su fantasía.

PAYADOR.—Por darle gusto, no más, ahí va entonces.

ALTO ALEGRE me llamaron
cuando cielo y campo fuí.
Más los ranchos humillaron
la alegría que perdí.
Hoy me cubre la tristeza
como ayer el macachín
y aún me llaman ALTO ALEGRE
los que olvidan mi vivir.

BRIGIDA.—**(Riendo).** Cuando vuelva me lo va a enseñar, para entonarlo yo también.

ESCENA TERCERA

(Lázaro viene a encender su pequeño fogón en el patio, y para ello trae quebradas ramas secas que ha ido a buscar al campo. Las encenderá y luego se sentará junto al fuego, en una cabeza de vaca, a contemplarlo).

LAZARO.—**(A las dos mujeres).** Buenas tardes.

TRINIDAD.—Buenas tardes.

BRIGIDA.—¿Dónde consiguió esas leñitas, viejo?

LAZARO.—**(Con pueril orgullo).** Y, vecina... la paciencia del hombre! Caminé, caminé, y aquí me tiene, con un brazadito bastante bueno!

BRIGIDA.—**(Burlándose).** Clementino podrá tomar un buen mate.

LAZARO.—¿Cómo? Liropeya no tendrá que andar buscando estiércol seco en los rodeos. Sí, Liropeya...

BRIGIDA.—¡Usted es un infeliz, Lázaro!

LAZARO.—**(Sorprendido).** ¿Por qué? ¿Infeliz, ahora que estoy en mi casa, tan contento? ¿Por qué?

TRINIDAD.—**(Intentando defender al viejo)** Doña Brígida parece como si sólo ella viviera bien.

BRIGIDA.—¡Pero yo sé cómo se vive! ¿Usted no conoció, Lázaro, a Delfino?

LAZARO.—Sí, hace mucho tiempo.

BRIGIDA.—¿Se acuerda qué hombre era ése?

LAZARO.—**(Condescendiente).** ¡Cómo no! Un hombre...

BRIGIDA.—**(Despectiva).** Aquí, la vecina Trinidad; ¿qué comprende de estas cosas? No ha conocido más que a Guarumba, que ya nació arrastrando las alpargatas.

LAZARO.—Guarumba también es un mozo de buena hebra. Guarumba...

BRIGIDA.—**(Sin que ya la detenga, ni la ausencia de Trinidad — que ha entrado a su rancho — ni la interrupción de Lázaro, comienza a animar en sus labios la imagen del cuarteador, cuyo recuerdo es joya y orgullo de su presente miseria).** Pero Delfino...! ¡Verlo en la madrugada, venir saliendo del pueblo, abriéndole paso entre las sombras a aquella masa grandota que era la diligencia! ¡Y usted lo veía rumbo al campo, que era cielo y tierra, todo una misma cosa de silencio y noche, seguir camino adelante un pedazo, hundirse en una zanja, flotar en un pajonal, quebrar las lagunas de los pasos y subir las barrancas. Siempre al galope, mientras atrás de él gritaba el mayoral o hacía estallar sus arreadores, y adentro de la diligencia todavía seguían durmiendo los viajeros, olvidados del camino, que Delfino iba abriendo y cerrando, como un libro sabido de memoria.

LAZARO.—¡Lindo oficio!

BRIGIDA.—¡Y después. Cuando vinimos al Alto Alegre. En las mañanas del verano usted veía venir subiendo desde atrás de la cuchilla una nube de tierra que el viento iba acostando a los lados del camino. Y de repente, sobre el filo de la cumbre. ¡Delfino el cuarteador! Las crines del caballo tiradas pa atrás por el galope, como el sombrero en la nuca del paisano; abierta y firme la boca del caballo, como los ojos del jinete! Y atrás, la diligencia pesada, que el galope de Delfino hacía liviana. Los pasajeros de un viaje, llegaban y paraban en un lugar. De Melo a Montevideo; de Montevideo a Melo. Delfino no paraba nunca. No está hecho pal descanso sino pal camino. **(Pausa).** Dígame, Lázaro: no es eso un hombre, mismo?

LAZARO.—¡Cómo no, doña Brígida!

BRIGIDA.—Y usted ve: ¿no parece tal como un pájaro?

LAZARO.—**(La exaltación de Brígida ha avivado en él un tímido orgullo).** Yo fuí domador...

BRIGIDA.—¡No es lo mismo, Lázaro! Delfino entra al galope en los horizontes — ¡que una ni sueña! — mientras los pasajeros se duermen confiados, dejándose llevar por el cuarteador, sin voluntad ni trabajo, o entretenidos en mirar el campo que él les pone y quita de los ojos. Desde que suben a la diligencia, él es pa ellos, y de un lugar a otro, como un Destino que no para.

LAZARO.—**(Condescendiendo).** ¡Ah, sí!

BRIGIDA.—Por eso, yo lo sigo esperando, ¿comprende? El día menos pensado me voy de este pueblo.

LAZARO.—Siempre es bueno esperar. Sí, siempre es bueno; las cosas un día cambian. Ya lo hicieron pa mal, ¿por qué no pueden cambiar pa bien? ¿No halla?

ESCENA CUARTA

(Liropeya viene de la calle, fatigada y llorosa. Y entre sollozos de pena, mezcla palabras de amenaza que, bien se advierte, sólo son hijas de un rencor fugitivo que su débil voluntad no mantendrá).

LIROPEYA.—**(Sin advertir que Brígida está allí oyéndola).** ¡Ah, bandido, borracho; tratarla así a una!...

LAZARO.—**(Sorprendido por las voces de Liropeya, pónese de pie cuan rápido puede y va, tiernamente, a consolarla entre sus brazos).** ¡Pero muchacha, ¿qué te ha pasado? ¿Clementino?...

BRIGIDA.—**(Simulando una conmovida compasión).** ¡Caramba, vecina, ¿ya la anduvo manoseando ese pícaro?

LIROPEYA.—**(Desasiéndose de los brazos de Lázaro entre los que ya iba a recogerse, mimosa. Con violenta acritud que borra sus lágrimas, a Brígida).** ¿Y a usted qué le importa lo que no pasa en su patio? No vive más que pa bombear la vida ajena.

BRIGIDA.—¡Bombear no, ¿sabe? ¿Porqué no se mete en su pieza, y ahí se espanta las pulgas? ¡Así tiene una que vivir en este pueblo... viendo estos escándalos!

LIROPEYA.—¡Ojalá se fuera cuanto antes!

LAZARO.—**(Intentando poner entre las dos mujeres el guión de su mansedumbre).** Vamos, Liropeya, no te pongas así! **(A Brígida)** Dejelá, vecina. Vaya a saber qué desgracia le ha pasado!

BRIGIDA.—**(Recogiendo la caldera de encima del fuego y disponiéndose a entrar en su rancho).** Sí, lo mejor es que vaya a tomar mi mate tranquila y a mirar

pa la plaza. El mes que viene ya no veré más estas cosas.

LIROPEYA.—**(Todavía su voz alcanza a Brígida)** ¿Cuántos años hace que "el mes que viene" ya no estará aquí?

LAZARO.—**(Trae del rancho un cajón de kerosene y se lo ofrece de asiento a Liropeya, mientras le apoya tiernamente las manos en los hombros).** ¡Sosiéguese m'hija! ¿Qué gana con enojarse?

LIROPEYA.—**(Aplastando su revuelta cabellera sobre la cintura del viejo).** ¡Ah, Lázaro; si vos hubieras sido capaz de enojarte! **(Pausa).** Y ahora, ¡este bandido! Porque fuí a buscarlo a la pulpería pa ver si iba a las esquilas, me sacó a empujones mientras me insultaba. ¡Y me echaba en cara lo que te hice a vos, Lázaro, y por él! **(Reaccionando).** Andá, traéme la tijera y el peine, que te voy a cortar ese pelo.

LAZARO.—**(Que no sale de su feliz asombro).** ¿A mí, me vas a cortar el pelo? **(Mientras va a hacer lo que le han dicho).** ¿Y ahora mismo, aunque sea con esta luz? ¿A mí? **(Entra al rancho).**

LIROPEYA.—**(Se ha puesto de pie y con la manga de su blusa en girones, se enjuga las lágrimas).** Bandido... Una tira treinta años de compañía con el viejo, pa seguirlo a él, y así paga!

LAZARO.—**(Ofreciendo el peine y la tijera, a la mujer, con pueril alegría).** La gente va a decir: "¡Ah viejo Lázaro"!...

LIROPEYA.—**(Enérgica).** Sentáte, pues.

LAZARO.—**(La escondida ternura que la desgracia abatió en su alma, comienza a levantarse y a asomar a los labios, ante aquella insólita bondad de la que fué su mujer. Ya sentado, ofreciendo, con sumisa alegría, su cabeza a las manos de Liropeya).** ¿Te acordás? Ahora parece que no hubiera pasado ni un día, desde entonces. Pa irte a visitar a la estancia en donde trabajabas, yo ensillaba el mejor redomón de mis ba-

guales y salía primero rumbo al pueblito. ¡Eh, y cómo llegaba! ¿Te acordás?

LIROPEYA.—**(Mientras va cortando la lacia cabellera).** Sí, me acuerdo.

LAZARO.—También, ¡qué barbero el del pueblito! Se llamaba Severo... ¿Ves? No me acuerdo cómo era el apelativo. ¿Cómo era, Liropeya?

LIROPEYA.—**(Despectiva)** ¡Yo que sé!

LAZARO.—Ahora ya no hay barberos de esa laya, ¿no verdá? **(Con cálido entusiasmo).** Te podía hacer tres cortes de pelo, distintos; uno pal diario, otro pa trabajos de campo y otro pa casamientos y bautizados! A mí siempre me gustó el de trabajo de campo. Como yo era domador... ¿No verdá? Y vos... ¡Daba gusto verte ese pelo tan tirantecito con tus trenzas. **(Pausa).** ¡Mirá que eras limpita, Liropeya!

LIROPEYA.—Estate quieto que en una de esas te voy a cortar.

LAZARO.—**(Obediente).** Ah, sí. tenés razón. **(Pero la alegre esperanza desborda en sus labios).** ¡Y cómo te has conservado, muchacha! **(Con tristeza).** Mi mal fué aquel redomón. ¡Y mire que había amansado baguales de esa marca! ¡Más de diez años domando casi sólo pa aquella estancia, y me vino a quebrar ese! **(Recordando).** Se portaron bien los patrones, ¿te acordás?

LIROPEYA.—Mientras estuviste en el pueblo, no faltó carne en casa; me la mandaban una vez, lo menos, a la semana.

LAZARO.—¡Ah, sí, muy buena gente! Si no me deja inútil el bagual, hasta ahora estaba allí domando. Pero claro, cuando volví del pueblo ya no servía pa nada. ¿Te acordás la tristeza con que me dijeron que ya no me precisaban? ¡Me dió lástima verlos así por uno, que, al fin, no era más que un peón!

LIROPEYA.—Entre gente así se puede vivir.

LAZARO.—¡Qué lindo genio tenías entonces! **(Por fin se**

decide a insinuar su temblorosa esperanza). Yo creo que todavía...

LIROPEYA.—Este bandido, insultarla a una así, adelante de todo el mundo! Decime, Lázaro: ¿no lo sirvo como si fuera su peona? ¿Tiene algo de qué quejarse? Vos, que nos vés, decí.

LAZARO.—**(La voz se ha quebrado).** No. ¿De qué se va a quejar? ¡Si sos tan buena! **(Pausa).** Viejo Lázaro; ahora, entre los dos, podían arreglar todo lo más bien. Le dejan este rancho pa Clementino... con la cama y todo. ¿Pa qué andar peleando con la gente? Y agarran, y se van los dos, igual que estuvieron treinta años. **(Como si reprendiese a un niño).** Pero vos te portás bien, eh, viejo Lázaro! Si, ya se sabe que la miseria le voltea los brazos al hombre y le quita las ganas de andar con mimos o risas. Ya se sabe. Pero ¡pa eso usté es un hombre, caramba! ¿No era domador? ¡Redomonée esta vida, viejo pícaro! ¿No dice que era jinete? ¡Arrocínela, pues...! Vamos a ver ¡pruebe esas muñecas!... **(Pausa. Como si sólo de su débil voluntad todo dependiese)**. Sí; le dejamos el rancho pa Clementino. ¿No te parece, Liropeya? No hay que andar peleando con la gente.

LIROPEYA.—**(Golpeándole con el dorso de la mano).** ¡Dejá esa cabeza quieta, te digo!

ESCENA QUINTA

(Brígida ha vuelto a asomar, y mira con socarrona alegría al grupo que los otros hacen en el patio vecino. Ellos no la advierten, pues Liropeya tiene sus ojos puestos en la nuca de Lázaro, que, a su vez, ha hundido el mentón sobre el pecho, bajo el golpe de la mujer).

BRIGIDA.—**(Con sarcasmo).** Ya dice el refrán: a cada santo le cae su día; hoy es San Lázaro.

LIROPEYA.—También es cierto que la lechuza es bicho del diablo.

LAZARO.—**(A Liropeya, y de modo que la otra no lo oiga).** No le conteste, m'hija; si nó, esto va a dar en lo de siempre.

BRIGIDA.—Del diablo será o no. Pero de mal agüero, dicen que es.

LIROPEYA.—**(Sin atender al consejo de Lázaro. A Brígida).** Se espantan de un cascotazo.

BRIGIDA.—**(Burlándose).** Eso... cuando se puede. Y aunque se espante, la agüería se cumple. ¿No cree, vecina?

LIROPEYA.—Lo que creo es que hay gente que entretiene el hambre con mate amargo y chismes.

BRIGIDA.—**(Aludiendo a Clementino, que acaba de pararse en la puerta de su rancho, a espaldas de Liropeya. En el gesto, en el vencimiento con que ha apoyado el cuerpo en el marco de la puerta, están los signos de la embriaguez con que Brígida acaba de verlo atravesar la Plaza. Más que para Liropeya, es para acicatear el ánimo violento de Clementino, que habla).** Está bien, vecina, tener hambre

cuando no hay que comer. Pero hacérsela pasar al marido... por estar acariciando a otro...

LAZARO.—¿Cómo dijo?

CLEMENTINO.—**(Asiendo violentamente a la mujer y el viejo, hasta sacudirlos y arrojarlos hacia cada costado suyo. A Lázaro).** ¡Lo que oís, viejo pícaro! **(A Liropeya).** Y vos, china ordinaria, ¿pa eso querías que me fuese a las esquilas?

LIROPEYA.—**(Ya pronta a llorar).** ¡Clementino... mirá lo que hacés... y ante un público de gente!

BRIGIDA.—Por mí no, vecina. Cada uno que viva como Dios lo ayude. ¡Siempre me dió mucha lástima ver castigar así a una desgraciada!

LAZARO.—**(A Brígida)** ¿Por qué le dice eso?

CLEMENTINO.—**(A la misma)** ¿Ha visto, doña Brígida, estos dos aleyaos?

BRIGIDA.—¡No se ponga así, don Clementino. **(Entrando).** Yo no quiero aumentarle la vergüenza. ¡Qué pueblo este!

(La escena se vuelve de una violenta rapidez. Pues así coge Clementino a Liropeya de un brazo, y la arroja hasta pegarla contra la pared del rancho; y ella grita y esfuérzase por librarse del castigo, mientras Lázaro extiende sus manos implorantes, o se humilla bajo el golpe que él también recibe).

CLEMENTINO.—**(A Liropeya, mientras la sacude y la arroja lejos de si).** Caminá pa adentro, desvergonzada! ¿Pa eso pediste que lo dejara dormir en un rincón?

LIROPEYA.—**(A Clementino. Implorante).** ¡Escucháme, no me pegués así!... **(Volviéndose y extendiéndole los brazos, luego de haber chocado en la pared).** ¡Mi querido...!

LAZARO.—**(Interponiéndose).** Mire las leñitas que le traje, pa que ella le hiciese un mate!

CLEMENTINO.—**(Golpeando a Lázaro).** ¡Apartate si querés vivir! **(De nuevo tomando a Liropeya a la que**

va a arrojar dentro del rancho). ¡Entrá, yo te voy a enseñar a tener pronta la comida!

LIROPEYA.—¡Lázaro, defendéme!

LAZARO.—**(Perdido en la angustia).** ¿Cómo?... ¿Cómo?...

LIROPEYA.—**(Mientras se humilla bajo las rudas manos de Clementino, que la impulsa casi arrastrándola).** ¡Lázaro, defendéme, sos un hombre!

(Pero ni ella ni él, vuelven siquiera el rostro a la espera de la actitud de Lázaro. Así entran en el rancho, en tanto el viejo, doblado de dolor, coge lentamente el cajón en que estuvo, y vuelve a sentarse, hundidos los codos en las rodillas, el mentón en las palmas de las manos.)

LAZARO.—**(Con la más desolada voz).** Tenía, como dos fuertes piernas pa andar en el mundo, el buen corazón y el coraje. **(Pausa).** Perdí el último... ¿qué hago con el otro? ¿Pa qué sirve solo? Pa llorar, como una mujer. **(Pausa).** ¡Más valiera no tenerlo... sería una disculpa!

CLEMENTINO.—**(Vuelve a la puerta. Trae en las manos un flácido jergón; larga bolsa de arpillera apenas rellena de pasto. Y una sucia cobija. Arrojándolos a los pies de Lázaro).** ¡Tomá, viejo; ahí tenés tu cama. La noche va a estar linda pa dormir bajo las estrellas. Echate en la puerta, y así cuidás la casa.

(Entra en el rancho mientras Lázaro continúa, agobiado de pena, sin mirarlo ni contestar).

ESCENA SEXTA

(Guarumba viene a sentarse en su patio, a la espera del mate que ya Trinidad va a cebarle. En los pocos pasos que da hasta llegar junto al cajón que le servirá de asiento, tanto como en la pesada lentitud de su voz, son visibles los signos de la embriaguez).

GUARUMBA.—**(Al ver a Lázaro).** ¿Qué hacés, viejo? ¿Estás llorando o te has dormido?

LAZARO.—¿Quién, yo?... Si... dormido. ¿Llorar, llorar yo? ¿Pa qué?

GUARUMBA.—Me pareció sentir que te echaban a la calle.

LAZARO.—¡No, a la calle no! Voy a dormir aquí, al fresquito; mirando las estrellas.

TRINIDAD.—**(A Guarumba, al tiempo de alcanzarle el mate).** Te estaba esperando, Guarumba. **(Debe recoger prestamente la mano que alcanzó el mate, para llevársela al pecho al que golpea la tos).** Me he cansado mucho; temía llegar tarde y que por mí tuvieras que quedarte. ¿Ya se fueron los otros?

GUARUMBA.—**(Olvidado el mate en la mano).** Si; ahí van por las cuchillas. **(Devolviéndole el mate que no ha sorbido).** ¿Trajiste la plata?

TRINIDAD.—**(Al tiempo que desanuda un pañuelo del que desenvuelve el poco dinero que muestra).** Si, aquí está. **(Con candorosa alegría).** Ahora iremos hasta el boliche, y compraremos tu tijera! Y mañana, cuando el día quiera venir, ¿sabés, Guarumba? yo te daré un mate, y vos, bien tempranito, alcanzarás a los esquiladores en la primera estancia! ¡Caminé tanto...! Pero no es nada; mañana

serás vos, Guarumba, quien salga con la tijera que compremos, y antes de que acabe la primavera nos iremos de Alto Alegre.

GUARUMBA.—**(Con desgano).** ¿Irnos de Alto Alegre? ¿Y pa dónde? En los pueblos, en el campo, todo es Alto Alegre pa nosotros. Decíme, Trinidad: ¿de dónde diablo sacás esas ideas con que vivís amolando?

TRINIDAD.—¿Por qué, Guarumba? **(Como disculpándose).** Yo no sé, mismo... Pero esta mañana, cuando se levantó el rocío los macachines amarillos, rosados, blancos, eran banderitas en las que jugaba un airecito tibio, lleno del balido alegre de las majadas. **(Con velada tristeza).** Si no fuera esta tos, yo cantaría también. Es tan bueno todo: la luz, el aire...

GUARUMBA.—Si no fuera la miseria, decí.

TRINIDAD.—Pero ahora, con tu trabajo en la esquila...

GUARUMBA.—Si, si, la esquila...

TRINIDAD.—**(Temerosa por lo que presiente que van a decirle).** ¿Vamos ya, y compramos la tijera? **(Mostrando de nuevo el dinero).** Aquí está la plata. Si no nos apuramos, cerrarán la pulpería.

GUARUMBA.—**(Buscando su pensamiento interrumpido por las palabras de su mujer. Como si contestara a alguien.)** Ah, sí; ¡muy linda la esquila! **(Con rencorosa ironía).** ¡Como pa ponerla en unas décimas... como no! Pa usté que la mira, como a todo, de afuera. **(Se distrae un momento al recoger el mate que Trinidad le sirve).** Yo fuí embolsador, la vez pasada. Hundido en el fondo de la bolsa, larga como un pozo en el aire, me echaban los vellones sucios por la cabeza, que yo pisaba, y pisaba, sin parar. Al principio de la mañana era como cosa de un cuento mirar por entre el tejido de la bolsa, que se balanceaba amacándose. Lejos, el campo iluminado y abierto, en un sosegado si-

lencio. Más cerca, era una gran nube blanca cargada de balidos alegres, la majada en el corral. En el galpón, la sombra fresca y las risas de los esquiladores sobre el ruido de las tijeras como un canto de las manos. Y mientras yo pisaba, y pisaba como en un juego, marcando el tiempo la voz de mis compañeros y la mía contestando: Va... Venga... Va... Venga... **(Su rencor va pesando las palabras)**. ¡Ah, si; muy linda... pa contada... Va... Venga... Va... Venga... Y por la boca de la bolsa caían derramándose sobre mi pecho, aquellas nubecitas blancas que yo pisaba, pisaba, sin parar. Me ardían los pieses, como quemándose; se me agarrotaban las rodillas; el dolor era un cinto que me ceñía las caderas; el sudor olía en el aire pegajoso que subía de la lana, de mi cuerpo, y caía desde los montones que los otros seguían tirándome sobre la cabeza. Entonces ya nadie reía. Yo miraba por entre el tejido de la bolsa, buscando un poco de aire fresco. Los esquiladores arrollados sobre las ovejas sudaban hasta caerles las gotas sobre los ojos; el capataz largaba un reniego al sentir el quejido del animal herido; yo me ahogaba en la bolsa, y mientras, en la puerta del galpón, el dueño tomaba mate y fumaba, descansado y sin apuro. Yo lo miraba por entre el tejido, así, amasándole con mis pieses su riqueza; una hora, y otra, y otra, marcadas por aquel Va... Venga... Va... Venga... Mientras él fumaba tranquilo y amargueaba, y yo, cuando el sol cayó, sólo había ganado unos reales miserables.

TRINIDAD.—**(Con timidez)** Todos nuestros trabajos son así, más o menos, ¿qué vamos a hacer?

GUARUMBA.—**(Sin abatir su rencor)** Mas no es así que te lo cuentan ¡caramba! Ni les gusta oirlo contar. **(Después de una pausa que llena sorbiendo el mate)**. Ta claro: la esquila es muy linda, pa compo-

ner una décima. **(Poniéndose de pie, con el más decidido gesto que su embriaguez le permite).** ¿Qué vamos a hacer? **(Al tiempo de coger violentamente el dinero de la mano de Trinidad).** Vení: dame esa plata.

TRINIDAD.—**(Implorando).** ¡Guarumba... mirá cuánto me costó! ¡Por favor!... **(La tos quiebra su palabra).**

GUARUMBA.—**(En alta voz, llamando).** Clementino...

CLEMENTINO.—**(Se oye su voz desde el interior del rancho).** Diga, amigo Guarumba.

TRINIDAD.—**(Sollozante).** ¡Escucháme... es nuestra última esperanza... ¡Mi querido, es la tijera... el dinero de la tijera que he ganado entre lágrimas!

GUARUMBA.—**(Sin oirla. A Clementino, mientras se dirige para salir).** Acompañáme al boliche, vamos a pelar a aquellos cristos.

TRINIDAD.—**(Intentando detenerle el paso, extendidas las manos implorantes)** ¡Guarumba, no vayas... ya no tengo fuerzas para más... Volvé, Guarumba; si no, esta primavera seré un montoncito de tierra del Alto Alegre!

GUARUMBA.—**(Al tiempo de salir, rechaza de un cruel empujón a la infeliz a quien sacuden la tos y el llanto).** Y bueno, así podrás sentir sosegada cómo pasa el viento sobre las banderitas de los macachines. Vos, y yo, y todos los de ALTO ALEGRE. **(Desaparece por la puerta de su rancho).**

ESCENA SEPTIMA

(Trinidad ha caído abatida sobre el banco en que se sentara su marido, sacudida por un callado llanto).

LAZARO.—**(Que ha atendido la escena desde su jergón se incorpora y habla con la más tierna voz).** No llore, ¡pobrecita! El vecino no es malo, ¿sabe? ¡Cosas que le pasan al hombre! La miseria, la bebida, endurecen al cristiano.

TRINIDAD.—¿Y ahora, don Lázaro, qué esperanza me queda?

LAZARO.—Siempre vuelve alguna. De donde menos se piensa. ¿No halla?

TRINIDAD.—**(Vuelve a su llanto)** Yo no tengo más que dolor, por dentro y por fuera. ¿Qué voy a hacer ahora?

LAZARO.—**(Intentando distraerla).** Bueno vecinita, no llore más. Piense en otra cosa... digo yo... **(Como si hablara a un niño).** ¿Ha visto? Fijesé: desde aquí abajo, así, tendidos en el suelo, ¡qué altas y lejos, las estrellas!

TELON

UNA TARDE DE INVIERNO

(Interior de un rancho de Alto Alegre. Este es el de Guarumba. Por su construcción — paredes de barro y techo de paja, una puerta y una ventana hacia el fondo de la escena — es idéntico al de cualquier otro morador del pueblo. Así la casa, y así también lo que en ella se guarda: una vieja cama, como escondida en un rincón oscurecido para que no se vea la pobreza y suciedad de las cobijas que la cubren. Una pequeña mesa cuya tabla está historiada por las cicatrices de la tiznada olla caliente, con que se sirvió la mísera cena. Algunos cajones de kerosene y una cabeza de vaca, hacen de bancos. Sobre cuatro estacones de sauce a los que apenas se quitó la corteza, un alto cajón hace de ropero, con su boca precariamente tapada por una cortina de arpillera. Sobre él la apagada luz gris de la tarde que entra por la puerta abierta para atrás, se aviva en un pedazo de espejo sostenido en un marco que fué de color plateado y el humo ha ennegrecido.

En otro rincón hieren la penumbra las vivas llamas que se alzan de un brasero sobre el cual hierve el agua del mate.

El viajero que cruzó junto a la portera que cierra los caminos del Alto Alegre, pudo ver en la Plaza la más decorosa fisonomía de los vencidos ranchos. Aquel que se sentó en sus patios a la hora del atardecer, conoció la intimidad de su miseria.

Sólo quien entre, encorvándose bajo los techos pajizos, verá hasta dónde ésta es de honda y desolada. Como en el alma de los hombres, aquí está aquello que no se dice ni aún en la más confiada intimidad. Lo que sólo vive bajo la

bóveda de la frente, y no encuentra palabra que cubra su tremenda desnudez.

Esta tarde, la lluvia aprieta los horizontes del campo y cubre de lodo los caminos y las calles.

Frío en los cuerpos y los corazones, sobre el barro de tanta tristeza en los moradores de Alto Alegre.

ESCENA PRIMERA

(En la penumbra del cuarto se aviva y apaga la luz del cigarro que Guarumba fuma lentamente, tendido en el lecho. La escasa luz de la puerta apenas si logra iluminar la escena.

Es el comienzo de una tarde a la cual la ausencia de las sombras, ahuyentadas por la lluvia, dejó sin horas. A través del espacio de la puerta se alcanzan a ver, hacia el fondo, los grises y violetas desvanecidos de la Plaza de Alto Alegre.

De pronto, la mancha oscura del jergón de Lázaro cruza el espacio de luz en la calle, y viene a caer junto al umbral del rancho, mientras fuera se oyen las voces).

LIROPEYA.—**(Su voz enérgica).** ¡Caminá, andáte, viejo haragán!... El otro llega todo mojado y por vos no tengo ni un fueguito pa encenderle. ¡Caminá, te digo. Caminá!

LAZARO.—**(Su voz de ruego).** ¡Pero escuchame, Liropeya... no me echés así... Escucháme!...

LIROPEYA.—Por tu culpa tengo yo que sufrir los malos tratos de Clementino, viejo porfiado. ¿Cuándo vas a entender?

LAZARO.—**(Ha venido, agobiado de frío, a pararse delante de la puerta de Guarumba).** ¡Pero si yo no te pido nada!... **(Con el más humilde acento).** Mirarte, nada más que mirarte, Liropeya; y así, una noche cualquiera, por entre la cerrazón que la muerte cuelgue en mis párpados quedar mirándote... sólo a vos... y dormirme...

LIROPEYA.—**(Su voz alejándose).** ¡Callate, viejo! La muerte se acostará una noche a tu lado y vos, por

no empujarla, te dormirás con ella. ¡Infeliz!

(Mientras Lázaro se agacha a recoger su jergón que la lluvia está empapando, Guarumba le habla, apenas incorporado en el lecho).

GUARUMBA.—**(Con voz indiferente).** ¿Qué hay, Lázaro, te echaron del todo?

LAZARO.—**(Teniendo en los brazos el jergón, detenido en la puerta y sin atreverse a entrar).** ¡Pobrecita, porque yo no pude conseguir unas leñitas ni unas bostas secas para encender el fuego, Clementino la maltrató!

GUARUMBA.—Y ella descarga en vos su rabia...

LAZARO.—¿Qué va a hacer? Mas, ¿dónde encontrar unas leñitas secas con este temporal que no escampa? Comprárselas al pulpero, ¿cómo? ¿No halla Guarumba?

GUARUMBA.—Ta claro, viejo. **(Sentándose en el borde de la cama apoyados los pies en el suelo).** Bueno entrá, que ahí te vas a calar hasta los huesos. Y andá arreglando el mate.

(Lázaro entra y arrolla su jergón de modo que apenas ocupe espacio en el rancho, y pónese a preparar el mate).

LAZARO.—**(Al tiempo de arrollarse, en cuclillas, junto al fuego).** ¡Ha venido crudo este invierno! Los que tienen casa, y un fuego grande pa arrimarse, y comida en la mesa y una mujer que los quiera en la cama, ¿usté crée que saben lo que es el invierno?

GUARUMBA.—Pa mí que no. Lo miran pasar sin sentirlo. Así ha de ser... digo yo.

LAZARO.—Aunque quieran, ¿no verdad?. Usted llega y les dice: ¡hace frío! Y ellos contestan: sí, hace frío. Pero uno les habla sintiendo que no tiene pies, si no dos pesos muertos que lo atan a la tierra; las manos no pueden hacer un cigarro y son como de helada, mientras la frente arde de fuego, y se quiebran los labios... Frío de la tierra, que sube al cielo, y frío del cielo que se derrama en la tierra. Y el pobre entre ellos, subiéndosele desde los pies, cayén-

dole desde los hombros. Cuando uno dice ¡hace frío! dice esto, y más, ¿no verdá?... ¿Y ellos?

GUARUMBA.—La cosa es así, más o menos.

LAZARO.—¡Qué cosa!, ¿no? **(Después de una pausa se ocupa en cebar el mate).** Ahí está... Liropeya es una muchacha nacida pa querer... y yo la quiero más que al principio... ¡Y un día, al cabo de treinta años, llegó Clementino: y ya vé!... ¿Por cuál camino se irá el amor del corazón del cristiano? ¿Eh Guarumba?

GUARUMBA.—**(Con desgano)** Andá a saber. Pa mí que cada uno que se va o llega abre un rumbo nuevo, y se pierden sus rastros. **(Levantándose para ir a sentarse junto al fuego, en un cajón mientras Lázaro lo ha hecho sobre una cabeza de vaca).** Mirá: cuando llegue Trinidad, si trae plata, vos sin decir nada te vás a convidar a los vecinos pa hacer un montecito. ¿Entendés?

LAZARO.—¿Vá a haber jugada hoy?

GUARUMBA.—Sí, si Trinidad consiguió la plata. ¡Ta linda la tarde! En tus tiempos, cuando eras domador, ¡qué fogones se encenderían en tardes como ésta, pa hacer rueda de cuentos y canciones! Entonces sí habría estancias grandes, ¿no?.

LAZARO.—No crea, no. Pasaba que en aquellas, cabíamos más cristianos que en estas, ¿comprende? Pero la tierra era, más o menos, la misma. Y el hombre, ¿sabe?, como una cosa también de la tierra. **(Su palabra comienza, poco a poco a alegrarse a medida que la imágen va ocupando su pensamiento).** Cuando miro pa atrás, y me veo en la puerta de la manguera, pienso: ¡Y vos eras así, Lázaro! Poco más que un muchacho; el barbijo apretado casi contra los labios, las piernas desnudas sobre el lomo desnudo del bagual, como pegado uno al otro. Y cuando dábamos el anca entre corcovos, las risas de los compañeros que aplaudían desde la playa de la mangue-

ra, y más atrás los clarines de los gallos de la mañana. **(Con exaltado entusiasmo).** Sí; éramos una cosa en fiesta: la luz, la tierra, el viento, el caballo corriendo, y hasta mi espuela con sangre. ¡Era lindo Guarumba! ¡Qué se yo!

GUARUMBA.—¡Oficio arriesgao, entonces!

LAZARO.—Sí, ser, lo era. yo que sé... ¿No verdad? El trabajo que se hace así, como pa uno... quiero decir, ¿sabe?, ¡qué diablos...! Uno también es hombre y cada cuál tiene un trabajo que ama. ¿No le parece? Cuestión es poder hacerlo; que lo dejen. **(Pausa).** Y después, ya cayendo la tardecita, allegarse a la sosegada luz del fogón que los paisanos ya estaban rodeando de sombras y de historias. **(Con palabra abatida de tristeza)** Ahí tiene todo lo que era una vida.

GUARUMBA.—**(Con tono de burla)** ¡Ah viejo Lázaro, vos tenías tus cosas!

LAZARO.—**(Con inocente curiosidad).** ¿Qué cosas?

GUARUMBA.—**(En el mismo tono de antes).** Digo... esas historias del tiempo pasao.

LAZARO.—El tiempo no pasa, Guarumba.

GUARUMBA.—**(Con la risa en los labios)** ¿Vas a decir un compuesto ahora?

LAZARO.—**(Con humilde convicción).** Digo, no más. Pasamos, nosotros, no el tiempo, ni el cielo, ni la tierra. Fué el cristiano que dijo: el día está hecho pa mi trabajo y la noche pa mi descanso. La tierra pa que unos pocos la tengan, y pa que los muchos la rieguen con su sudor, su llanto o su sangre. Mas llega una hora, en que ya no trabaja, ni descansa el cristiano; y la tierra nos tiene, a los pocos y a los muchos, apretados en montoncitos, igual unos a los otros. Y el cielo siempre tan alto. El día y la noche alzándose y cayendo sobre la tierra, siempre tan pisada, partida y repartida por los cristianos, ¡y siempre esperándonos! **(Disculpándose de la firmeza con que ha hablado).** Digo yo... no más...

ESCENA SEGUNDA

(Cubierta con pobres ropas que no alcanzan a abrigarla de la lluvia fría del campo, entra Trinidad. Trae en una mano dos rústicas riendas que han de servir para el freno que trae en la otra. Apenas entra cae, más que se apoya, en la pared del rancho. Pero aunque su físico está así, vencido de cansancio, su voz quiere tener la fresca alegría de la mañana, en que llegó por primera vez a la Plaza de Alto Alegre.)

GUARUMBA.—¿Venís muy cansada, Trinidad? **(Arrimando junto al brasero un banco).** Vení, sentate aquí, al calorcito del fuego.

TRINIDAD.—**(Mientras va penosamente a sentarse entre su marido y Lázaro).** ¡Sí, muy cansada! **(Sonriendo lentamente).** Pero no importa. **(Extrae de su seno el pañuelo anudado que alcanza a quien habla).** ¡Aquí tenemos ya la plata pal petizo! Yo me iré de peona todo el resto del invierno, ¿sabés, Guarumba? mientras vos andás en tu trabajo, y así queda paga la cuenta. **(Mostrando el freno y las riendas).** ¿Te gustan? Por el freno completo, le lavaré un mes al pulpero.

GUARUMBA.—**(Tomando el pañuelo mientras lo desenvuelve y cuenta lo que guarda).** ¿Cuánto te dieron?

TRINIDAD.—Y, justo, lo que cuesta el petizo: diez pesos. Tuve suerte, ¿no es verdad? **(Volviendo su rostro iluminado por una cansada alegría).** ¿Sabe, Don Lázaro? Guarumba comprará el petizo que venden en la estancia y se irá a buscar trabajo? Y cuando vuelva nos iremos de Alto Alegre. **(Viendo el jergón del viejo).** ¿Es suyo?

LAZARO.—Sí, vecina. Me echaron de mi casa.

TRINIDAD.— **(Conmovida)**. ¿Y a dónde va a ir con esta noche? ¡Ni un alma se ve por los caminos!

GUARUMBA.—**(Que ha terminado de contar el dinero y de guardarlo en el cinto)**. Si no te oponés, le damos ese rincón pa que duerma mientras tanto. **(Riendo)**. Al fin, viejo, ya estás acostumbrado al rincón y a ver dormir a los otros. ¿No es así?

LAZARO.—**(A Trinidad)**. Pero, y usted, pobrecita, ¿de dónde va a sacar pa poner en la olla, como que alcance pa uno más?

TRINIDAD.—¡Por una noche, don Lázaro! Comemos un poco menos los dos, y da pa tres. **(Sonriendo bondadosa)**. ¿No halla?

LAZARO.—Pero es que esta noche mía, será también la de mañana y la de siempre. ¿De dónde me va a llegar la esperanza de un cambio?

TRINIDAD.—**(Con cariñosa reconvención)**. ¡Don Lázaro, usted siempre tan sufrido, y ahora no halla esperanza! **(Con ingenua firmeza)**. Vendrá. Vendrá el cambio, si no perdemos la esperanza. **(Con repentina y sombría tristeza)**. ¡Que la vida nos dé tiempo pa verlo llegar, es lo único que pido! Después, siquiera, que se vaya una llevándose en los ojos esa alegría que empieza. **(Su palabra vuelve a iluminarse con la visión del día que aguarda)**. Esta primavera nos iremos de esta miseria, atravesando los campos donde jueguen los corderitos acabados de nacer. Y usted con nosotros, Don Lázaro. **(Sonríe mientras baja, ruborosa, la voz y los ojos)**. Ayudándome a llevar un pesito dulce, que entonces irá en mis brazos... ¿Verdad, Guarumba?

GUARUMBA.—**(Con desgano)**. Sí, cómo nó!

LAZARO.—¡Líndo, vivir así, entre amigos!

ESCENA TERCERA

(Cruzados los brazos, insolente el gesto, alta la voz, así después de escuchar las últimas palabras, se ha detenido Liropeya en la puerta del rancho).

LIROPEYA.—**(A Lázaro).** ¡Así sos de mal agradecido, viejo simple! ¿No ves que lo que quieren es tu miserable pensión de viejo, ahora que ya están por dártela? ¿Y nosotros? ¿Y nosotros, ¡decí!, que te hemos aguantado tanto tiempo, matándote el hambre? ¿Ahora no somos nada pa vos?

(Mientras Lázaro se ha puesto de pie, como alzado por las violentas palabras, y Guarumba se ha encorvado sobre el brasero, distraído en cebarse el mate, Trinidad intenta llegar hasta Liropeya y calmar su cólera).

TRINIDAD.—¡Pero vecina, no nos maltrate así, con injusticia!

LIROPEYA.—**(Sin ceder en su violencia).** ¿Con que se ván de esta miseria, ¿no verdad?. Ah, claro... este viejo aleyao les traerá todos los meses diez pesos al rancho!

TRINIDAD.—¿Quién ha hablado de eso? **(Disculpándose).** No hemos hecho más que ofrecerle un abrigo, porque ustedes lo echaron.

LIROPEYA.—¿No tenés en qué ocuparte, si no en andar sonsacando a un viejo de su casa?

GUARUMBA.—**(Por decir algo, ante la impotencia de su mujer).** Bueno, bueno, basta de farra; nadie pensó en la pensión esa pa nada.

LIROPEYA.—¿Y con qué se hacía tan generosa esta mísera?

TRINIDAD.—**(Sin sentirse ofendida, pues sólo le preocupa la justicia de su actitud).** Con el trabajo de Guarumba y mío, vecina!

LIROPEYA.—**(Con sorna mortificante).** ¡Trabajo de Guarumba... la tos esa te ha trastornao los sesos, infeliz!. **(Volviéndose a Lázaro, que ha ido acercándose tímidamente).** Y vos, caminá pa casa, pues tanto le pedí a Clementino, que el pobre te deja volver con tal de que vayas y le pidas al pulpero que te fíe, a cuenta de tu pensionsita, unos brazados de leña.

LAZARO.—¡Pero Liropeya... mi pensión, vos sabés!...

LIROPEYA.—**(Empujándolo hacia la puerta).** Caminá, caminá, desagradecido!

LAZARO.—**(Obedeciendo al mandato y ya al trasponer el umbral).** ¿Entonces, Guarumba?

GUARUMBA.—Sí, pues; ya te lo dije.

LIROPEYA.—**(Al perderse en la puerta. A Guarumba)** Y vos... cuidá que tu mujer no sonsaque a los hombres de las otras. ¿Entendiste?

TRINIDAD.—¡Vecina!

ESCENA CUARTA

GUARUMBA.—**(Poniéndose de pie y yendo hasta su mujer que ante el insulto recibido, se ha llevado las manos a los ojos intentando ocultar las lágrimas. Poniéndole con rudo ademán de indiferencia, que quiso ser tierno, su mano sobre el hombro).** Bueno mujercita, no se aflija por eso. ¿Quién hace caso aquí, a lo que digan los otros? Ya se sabe; la pobreza, el hambre, que sé yo, pone esas cosas en la boca de la gente.

TRINIDAD.—**(Con palabra entrecortada por la tos y el llanto).** ¡Ay, soy muy infeliz, Guarumba! Hay veces en que me sube un llanto y se me derrama por los brazos... y sólo quisiera llorar... no se por qué ni pa qué.

GUARUMBA.—Pues sí, ya le digo: usted toma todo así, pues. De noche está durmiendo tranquila, y de nada le da por sentarse en la cama y se pone a toser y a llorar. Y ni duerme, ni lo deja dormir a uno.

TRINIDAD.—¡Es que me ahogo,... o siento al angelito moverse en mi vientre, y veo nuestra miseria y lloro por él, pobrecito, que va a salir de mi cuerpo y caer en sus manos por toda la vida. Se nos van de los brazos y siguen en cambio, atados a nosotros en esta misma cadena de dolor! ¿Por qué, por qué ha de ser siempre así? ¿Nunca se romperá?

GUARUMBA.—¿No vé, no le digo? ¡Siempre con esas cosas! Hay ricos, y hay pobres; parece que tiene que ser así. ¿Qué vamos a hacer? Nos tocó ser de los últimos, ¿qué hacemos con quejarnos?

TRINIDAD.—Sí, ya sé, ya sé. No es tu miseria ni la mía,

la que siento; es la de él, ¡angelito! que mirará el campo tan grande y los días tan alegres y nada será suyo, sino la tristeza. Pues verá el pan cortado sobre la mesa, y tendrá hambre, y le dirán: no toques, que tiene dueño. Cuando en el patio, viendo salir la luna, sienta ganas de cantar, yo he de gritarle: ¡mi hijo, no cante que esta no es su casa!

GUARUMBA.—**(Ha vuelto a sentarse, displicente).** Bueno, déjese de esas historias; ya cambiará esto, algún día.

TRINIDAD.—**(Tan pocas palabras como las que acaba de oir alcanzan para levantar su esperanza).** Sí... ¿verdad que sí? ¡Ah, Guarumba...! ¡Yo no conozco nada... pero en algún lado, ¿no verdad? debe haber un pedacito de tierra que se pueda tener con el trabajo de uno y se pueda decir: esta es mi tierra, y aquí hago mi voluntad. **(Como si se disculpara ante alguien).** ¡Es tan poco lo que pide una!...

GUARUMBA.—**(Se ha puesto de pie y mide la extensión del rancho a largos pasos).** Todo eso cuesta, no te vayas a creer.

TRINIDAD.—Sí, claro, ya sé. Pero la voluntad y el trabajo...

GUARUMBA.—**(Con sequedad).** Cuando tenés una, no te dan el otro.

TRINIDAD.—¿No has visto a un chinchibirri cómo hace su nido?

GUARUMBA.—No me he fijao.

TRINIDAD.—¡Si vieras qué trabajo! Levanta una ramita en el pico, la sacude, calcula su peso, la deja; levanta otra, vuelve a pesarla, y así hasta que encuentra aquella que le sirve y alza en un vuelo hasta la horqueta del nido. Y por cada palito que su trabajo alza, un canto de alegría. Así, entre paciencia, trabajo y canto, termina su casa que ni el más fuerte pampero volteará. ¿Por qué no podremos nosotros hacer así la nuestra?

GUARUMBA.—**(Con un rencor cuya causa ella no puede alcanzar).** Sí; muy lindo todo eso. ¡Trabajá cantando!... Sí. Ya viste lo que pasó con la esquila. Se fueron todos los de Alto Alegre a la estancia seguidos por los gurises, confiando en que iban a ganar, como todos los años, lo menos pa dos meses. Y los recibieron diciéndoles: Sentimos mucho... pero con esta máquina de ahora, no tenemos necesidad de ustedes. ¿Y?... **(con sorda rabia).** Y no hubo quien les dijese: Ustedes tienen la máquina, y nosotros hambre; ¿quién arregla esto? **(Pausa).** Y después..., cuando llegó Enero, ya viste: esa máquina de lata, que se hizo la trilla con sólo cuatro hombres. **(Después de una pausa, en que busca la oscura razón que se le escapa).** Ellos gastan menos y es justo que lo hagan. Pero, y los del Alto Alegre ¿qué hacemos entonces?

TRINIDAD.—**(Se acerca intentando conmoverlo con su tierno ademán de cogerle las manos).** Pero vos ahora tendrás el petizo, y podrás caminar hasta encontrar trabajo...

GUARUMBA.—**(Rechazándola con indisimulada rudeza).** ¿Y qué haremos con lo que gane? ¡Una miseria!...

TRINIDAD.—**(Su esperanza amenaza quebrarse en llanto).** ¡Guarumba, escuchame, mirá lo que me costó ganar estos diez pesos! ¡Decime que te irás mañana. **(La tos vuelve a ahogarla).** ¡Ay, no puedo más! **(Pretende abrazarse a las rodillas del hombre que está erguido de crueldad, sin mirarla ni oírla).** ¡Hacelo por él, que vá a venir y tiene que ser fuerte y alegre, como yo no lo fuí nunca, Guarumba!

GUARUMBA.—**(Rechazándola con el pie).** ¡No aburras, mujer!

(Trinidad ha quedado caída y llorosa como una sombra doliente en la penumbra del rancho, que su marido sigue midiendo con largos y lentos pasos).

ESCENA QUINTA

Un hombre de ALTO ALEGRE se ha detenido en el umbral. Viste con la misma pobreza con que se le viera en el primer acto. Sólo que ahora, para protegerse de la lluvia se ha puesto a manera de capuchón una bolsa que le cubre la cabeza, los hombros y parte de la espalda.

UN HOMBRE.—Buenas. ¿Se puede pasar?

GUARUMBA.—**(Volviéndose con gesto cordial hacia el recién llegado).** Buenas; pasá. **(Mientras el otro entra, él le ofrece el asiento del banco en que estuvo Lázaro).** Sentáte.

UN HOMBRE.—**(A Trinidad extendiéndole la mano).** ¿Cómo está vecina? ¿Va mejorando? **(Se sienta).**

TRINIDAD.—**(Intentando disimular su congoja).** Sí, mejor, muchas gracias. ¿Usté va yendo bien?

UN HOMBRE.—**(Mientras extrae del bolsillo con qué hacer un cigarro).** Y... bien, más o menos. **(A Guarumba, ofreciéndole).** ¿Gustás armar uno?.

GUARUMBA.—**(Al tiempo de hacerlo).** Bueno, te voy a hacer un gasto. **(A Trinidad)** Arreglá un poco el mate.

UN HOMBRE.—**(Mientras envuelve el cigarro).** ¿Sabés que ahí anda un forastero? Bueno; forastero, mismo, no es; pues de aquí salió hace años. Hombre, tal vez vos hayas alcanzado a conocerlo.

GUARUMBA.—**(Sentándose).** ¿Quién es?

UN HOMBRE.—Sofío, ¿te acordás? el padre de aquel gurí, Braulio, que llevaron preso por la cuestión de la oveja.

GUARUMBA.—**(A tiempo de recoger el mate, que Trinidad, de pie atrás suyo, le alcanza).** Sí, ya me

acuerdo. Tuve ocasión de conocerlo antes que cometiera aquel hecho de las heridas y que lo prendieran. ¿Volvió buscando la mujer y el hijo?

UN HOMBRE.—Parece que no; él ya venía anoticiao de que ella era juída, atrás del gurí. Volvió no más.

GUARUMBA.—**(Sonriendo).** La querencia...

UN HOMBRE.—Capaz.

GUARUMBA.—¿Y viene mejorao? ¿Trai plata?

UN HOMBRE.—Así al primer golpe de vista ¿sabés? parece que hubiera pelechao. Pero plata, mismo...

CLEMENTINO.—**(Entra al tiempo de saludar. Para protejerse de la lluvia trae sobre la espalda un viejo cojinillo cuyas puntas sujeta bajo el mentón. En la mano libre, un pequeño banco rústico).** ¡Qué tarde pa tortas fritas! Yo ya me traje mi asiento, por si faltaba.

GUARUMBA.—Hiciste bien. Acomodáte a gusto.

CLEMENTINO.—**(Sacando del bolsillo del saco una botella de caña. Al tiempo de ofrecerla).** Pa calentar un poco las tripas.

UN HOMBRE.—**(Al cogerla para llevarla a los labios).** Siempre viene bien. Cuando hay frío, pa calentarse; cuando hay calor, pa refrescarnos. El que inventó la caña, sabía lo que eran necesidades.

GUARUMBA.—**(A la espera de servirse a su tiempo).** Y eso que ésta ya no es como la antigua.

CLEMENTINO.—Decímelo a mí; antes, con tres o cuatro copas yo ya estaba satisfecho. Con esta porquería de ahora, me tomo una botella por día, y siempre tengo sed.

GUARUMBA.—**(Alargando la botella a Clementino, luego de haber dado unos sorbos, y mientras se limpia los labios con el dorso de la mano).** Y, no crea... tan mala no es.

CLEMENTINO.—**(Al llevársela a los labios).** ¡Ah, claro!, yo he probao piores. Esta, siquiera, se deja tomar.

GUARUMBA.—**(Con tono grave).** Y decime, Clementino,

¿qué historia es esa de la pensión del viejo Lázaro, que tu mujer vino a gritarnos aquí?

CLEMENTINO.—**(Interrumpiéndolo).** ¡No hagas caso, Guarumba! ¿Vas a dar óidos ahora, a cosas de mujeres? **(Despectivo).** Cuestión de ellas... que la gente no tiene por qué entrar a averiguar!

TRINIDAD.—**(Con tímida energía).** De ellas no, vecino. Fué Liropeya que vino a insultarnos...

GUARUMBA.—No... porque yo decía, Clementino no puede hacer caso de cuestiones de polleras...

CLEMENTINO.—¡Ta claro! ¿Nos vamos a enredar nosotros en esas cosas, no hallás?

GUARUMBA.—**(Con grave convicción).** No... ta claro; si es así...

UN HOMBRE.—¿Sabe que estaría bueno eso de las tortas fritas?

GUARUMBA.—Sí, estaría bueno; pero las pagamos entre todos. No sea cuestión que yo sólo...

CLEMENTINO.—Seguro... Trinidad puede poner la harina y la leña, y después vamos sacando un vintén por cada parada.

TRINIDAD.—**(Con inquietud).** ¿Qué vás a hacer, Guarumba?

GUARUMBA.—**(Con visible embarazo).** Y, vamos a acortar un poco la tarde... Aquí... ¿Sabés?, entre los amigos...

TRINIDAD.—**(Hay una inusitada firmeza en su humildad).** ¿Vás a jugarte el dinero del petizo?

GUARUMBA.—**(Pretendiendo cortar el diálogo. Con rudeza).** ¿Quién te ha dicho que es el dinero del petizo? ¿Me vás a balancear el cinto, ahora?

TRINIDAD.—**(Con voz llorosa).** ¡Pero Guarumba... si no teníamos ni pa un pedazo de carne... ¿es balancearte el cinto? **(Implorante).** ¿No vés como estoy empapada de la lluvia que atravesé en el campo, pa traerte esa plata? ¡Y todavía vas a hacerme esto? ¡Tené piedad una vez!... ¿Duerme tu cora-

zón, Guarumba, que no siente la desgracia?

GUARUMBA.—**(Poniéndose de pie).** ¿Ya volvés con tus historias? ¡Y delante de la gente!

TRINIDAD.—**(Poniéndose frente a él para hacerse escuchar).** ¡Tirarás en un rato lo que yo he juntado en tantos días de fatiga! **(Tendiéndole las manos).** ¡Ay, no lo hagas hoy! Vení, poneme el oído aquí, sobre el pecho, y lo sentirás quejarse como si algo estuviera rompiéndose en cada suspiro... **(Cogiéndole la mano).** ¡Poné, poné tu mano aquí y sentirás moverse a tu hijito! Aunque sea por éste... por él, que vá a llegar y por mí que voy a irme ya, tené piedad Garumba!

CLEMENTINO.—**(Simulando una grave y respetuosa decisión. Mientras se levanta y dirije hasta la puerta desde la cual, de espaldas a la escena, queda mirando morir la entristecida tarde).** Por eso no, vecino, si la señora, aquí, se opone, que no sea por nosotros... **(Insidioso).** El hombre manda en su casa... pero, acontece, ocasiones...

GUARUMBA.—**(Con simulada dignidad que las palabras del otro hubieran exaltado).** No faltaba más; ustedes se quedan, y aquí se juega hasta que las velas no ardan, y pronto... **(A Trinidad, colérico).** ¿Oíste? ¿Quién manda aquí? ¿Me vás a montar con espuelas, ahora?

TRINIDAD.—**(Sin sentirse ofendida ni intimidada; sólo atenta a que se oiga su ruego).** ¡Pero si no te mando!... **(Dirigiéndose a los hombres)** ¿Qué hago si no es pedirle con el llanto en los ojos, que se apiade de mí? Mandáme, pegáme, cruzáme la cara con tus manos... pero te pido de rodillas, si querés, por la vida del que va a venir... por el poquito de la mía que todavía me queda...

GUARUMBA.—¡Obedezca, entonces, pues! ¡Vaya a buscar la harina! Mañana vamos a arreglar eso.

TRINIDAD.—¿Cómo hemos de arreglar, si vos habrás

perdido el último dinero y yo no sé ya dónde ir a buscar otro? **(A los otros, implorante).** ¡Díganle que ustedes se van... que en la casa de ustedes también hay hambre. ¡Por favor, díganle ustedes!...

GUARUMBA.—**(Amenazante).** ¡Te digo que te calles!

TRINIDAD.—Desde que llegué a Alto Alegre estoy callada...

GUARUMBA.—**(Echándose sobre ella pretendiendo apretarla entre sus brazos amenazantes).** ¡Cállate tí...

TRINIDAD.—**(Desplomándose contra la pared. El horror por lo que ha oído, más que por el fiero ademán del hombre, está en su rostro).** ¡Ah... vos también!... **(Y el llanto y la tos, ahogan cruelmente su grito).**

UN HOMBRE.—**(Interponiéndose y deteniendo a Guarumba).** ¿Qué va a hacer vecino? ¿Se vá a comprometer por una mujer?

GUARUMBA.—Tiene razón... mire que perder la cabeza un hombre como uno, por cuestión de mujeres!... **(A Un Hombre).** Avivá ese fuego y atendé el mate, que se va a enfriar.

(La escena queda en una sombría pausa de silencio. Clementino continúa, con aire distraído, mirando los apretados horizontes grises de la tarde. Guarumba ha vuelto a sentarse, ahora sobre la cabeza de vaca, y es así una arrollada sombra casi perdida en la penumbra. Sólo se oyen los fuertes resoplidos con que Un Hombre intenta alzar las llamas de los tizones casi apagados, y los sollozos ahogados de Trinidad. Pero éstos también dejan de oirse, y sólo adviértese entonces el esfuerzo de Un Hombre empeñado en avivar el fuego. De pronto, una alegre llamita comienza a izarse en el brasero, y escinde su luz sobre la figura de Trinidad, que irá a medida que el rayo de luz se intensifique sobre ella, irguiendo su vencida figura hasta que alzados los brazos, en una rebelión nacida de la claridad de su instinto maternal, como la llama que le cubre de un rojo ardiente, alza también una palabra que los hombres no habían oído jamás en sus labios.

Y así avanza, transfigurada por una dramática decisión, hasta la sombra arrollada que es entonces Guarumba).

TRINIDAD.—**(Aunque todavía su voz es apagada, tiene el firme acento de una verdad que ya nadie en ella callará).** Tenés razón; no pierdas la cabeza ni un momento, por una mujer. **(Con desprecio).** ¡Sos todo un hombre, Guarumba! Yo, vos lo dijiste ¡una tísica! Pero oíme, oíme ahora que todavía entra aire en mis pulmones: viví pa vós, pa vós gané el dinero que mis fuerzas pudieron. Así te entregué todo lo que pude conseguir; y mucho más, mis esperanzas...

GUARUMBA.—**(Amenazante).** ¡Mujer, mirá que se me va la paciencia!

TRINIDAD.—A mí se me vá la vida. Ya no sé qué es la paciencia.

GUARUMBA.—¡Te he dicho que te calles!

TRINIDAD.—¡Y yo te digo que ya no puedo callarme!

GUARUMBA.—Te cerraré la boca de una bofetada.

TRINIDAD.—¡Te gritarán mis ojos!

GUARUMBA.—**(Poniéndose de pie).** ¿Me obligarás a que te los arranque?

TRINIDAD.—Desde mi vientre, te mirará mi hijo, que duerme en él.

GUARUMBA.—**(Después de un instante de vacilación, vuelve a sentarse. Dirigiéndose a Un Hombre).** No puede uno ensuciarse las manos en una mujer...

TRINIDAD.—**(Cerrado el arco que sus brazos alzan sobre su cabeza y la luz roja ilumina, sus manos se aprietan en desolada rebeldía).** Sí, decís bien: ¡mujer!. De mujer que ya no quiere, ni a vos, ni a ella misma, porque está toda entregada a dar al mundo un hombre que no sea tan infeliz como yo, ni tan vencido como vós. Por el que tengo aquí... **(Señalándose con ternura el vientre).** Y ya me pisa la entraña en sus primeros sueños antes de nacer al mundo; por éste, que sobre mi cuerpo enflaquecido hincha mi

vientre, por este peso mío, pa el que tienen fuerzas las piernas que no podían conmigo, ¡por éste crucé los campos! ¡No por vos, ni por mí, Guarumba!

GUARUMBA.—**(Con brutal desprecio).** Pavadas de hembras. Por algo llevan polleras.

TRINIDAD.—Sí, reíte de mis polleras. Pero yo sé que abajo de ellas llevo a un hombre dormido... **(El llanto vence a su enérgica voluntad).** ¡que iba a nacer con la primavera!...

GUARUMBA.—**(Irónico).** ¡Gué... ¿y ahora llorás? ¿No estabas tan guapa?

TRINIDAD.—**(Apenas reprimido el llanto).** Lloro, porque ya no será él, ¡pobrecito!... Pero uno vendrá... **(La tos quiebra su palabra y sus fuerzas. Y así cae, extenuada, sobre el lecho escondido en la sombra del rincón).**

ESCENA SEXTA

(En la puerta se han detenido Otro Hombre y un paisano cuyas ropas, como su erguida actitud, lo muestran forastero en Alto Alegre. Es Sofío. Está abrigado con un poncho patrio; lleva sombrero de campo, y calza botas cuidadas con aseo a pesar del barro que han debido pisar en la tarde lluviosa. En la frente echada hacia atrás, en los ojos azules y los labios finos y nerviosos como en las manos lentas y rudas, se advierte un carácter audaz y cordial, altivo y firme en sus actitudes resueltas. Es el hombre campesino a quien la ciudad ha blanqueado el rostro y desenvuelto la palabra; pero que, en lo íntimo, permanece idéntico a sus paisanos en la pujanza pasional con que cree en las cosas y por ellas lucha).

OTRO HOMBRE.—Buenas, camaradas. ¿Se puede pasar?

SOFIO.—Buenas tardes para todos.

GUARUMBA.—Buenas tardes; vayan entrando, cómo no!

OTRO HOMBRE.—**(Mientras entran y señalando a su compañero)**. Aquí traigo un amigo... colijo que todos lo conocen.

GUARUMBA.—**(Extendiéndole la mano al que nombra)**. Sí, usté es Sofío.

SOFIO.—**(Estrechando la mano que le tienden)**. Sí, señor. ¿Cómo está? **(A Clementino)**. Servidor...

CLEMENTINO.—**(Al tiempo de darle la mano)**. ¿Cómo le vá?

SOFIO.—**(A Un Hombre)**. Con usted ya nos vimos.

UN HOMBRE.—Sí, es verdad; ya nos vimos.

(Trinidad pretende aprovechar la distracción de los hombres, y cogiendo las riendas con que entrara, se dirige

a la puerta. Pero Sofío ya se ha puesto en su breve camino, y le extiende la mano saludándola).

SOFIO.—Buenas tardes. ¿No me reconoce?

TRINIDAD.—**(Apenas entreparándose y extendiendo su vencida mano a la viril que le alarga el saludo).** Buenas tardes. No, no lo conozco.

SOFIO.—**(Sonriendo cordial).** Soy el que viene...

TRINIDAD.—**(Interrumpiéndolo).** Si... pero no me hago una idea...

SOFIO.—**(Que ha advertido el doloroso vencimiento de la mujer. Intenta decirle una palabra grata).** Uno que padeció la miseria, tanto como ustedes, y ahora vuelve con una fuerza nunca gastada. **(Con ternura).** Si me mira bien, tiene que reconocerme, ¿cómo no?

TRINIDAD.—**(Impaciente. Reemprendiendo su andar hacia la calle).** Sí, sí, puede ser. Pero yo me voy ahora; ya es muy tarde. Capaz... si regreso.

GUARUMBA.—**(Al oir las últimas palabras de su mujer).** ¿Pa dónde vás, Trinidad?

TRINIDAD.—**(Al cruzar la puerta, sin siquiera volver la cabeza).** ¿Qué se yó?

SOFIO.—**(Quitándose el poncho)** Con permiso. **(A Otro Hombre, aludiendo a Trinidad).** ¡Qué apuro de cansancio lleva, ¿no le parece?

GUARUMBA.—Siéntese, pues.

(Los hombres buscan en qué sentarse y forman un semicírculo que dá espaldas a la calle. Sofío ocupa el centro).

UN HOMBRE.— **(A Sofío).** Entonces, ¿pasiando el hombre? ¿A visitar un poco el pago viejo?

SOFIO.—Es verdad. Aquí la desgracia me perdió a Braulio y su madre. Vuelvo atrás de sus huellas.

GUARUMBA.—¿Lo tuvieron mucho por la cuestión de las heridas?

SOFIO—**(Con desgano).** Sí, siempre estuve un tiempito.

OTRO HOMBRE.—¡Debe ser dura la vida en la cárcel!

SOFIO.—**(Intentando desviar la conversación).** Allí apren-

dí a escribir. Mas después me quedé trabajando en la ciudad.

GUARUMBA.—Allí se gana la vida fácil.

SOFIO.—Fácil, no; eso en ningún lado. Pero se trabaja mejor, aunque haya mucha miseria.

CLEMENTINO.—**(Con aire impertinente).** ¿Por qué se vino, entonces?

SOFIO.—Ya le dije. **(Sonriéndose).** Además, animal de campo, no come pasto cortao. Se vive mejor, sí; parece hasta que se viviera más, mucho más que aquí. Pero es como si todo fuera hecho en pedacitos. ¿Me comprende? De los ojos pa afuera. En vez, uno se acuerda que un hombre en el campo, siente que está abajo del cielo, sobre la tierra.

UN HOMBRE.—¡La extrañaba, ¿no verdad?

SOFIO.—Sí, amigo; extrañaba el gusto a la tierra.

UN HOMBRE.—Y... está claro... nacemos y nos criamos gateando sobre ella y mascándola en los patios.

GUARUMBA.—Pero allí hay donde trabajar mejor.

SOFIO.—Yo trabajaba bien, ¿sabe?... ¡Yo qué sé!; usted sabe que en el campo lo espera la miseria, pero así mismo halla que aquí usted es más uno, ¿no es verdad?

CLEMENTINO.—**(Acentuando su tono de impertinente hostilidad).** Miseria hay también allí. No sólo somos nosotros...

SOFIO.—**(Que recién ha advertido el acento con que allí le hablan. Con firmeza viril).** ¡Claro que hay miseria! pero también hay esperanza. Aquí, lo que a uno lo llama, ya digo, es la alegría de la tierra y el cielo. Porque la de los hombres...

CLEMENTINO.—No nos habrá oído quejarnos, de seguro...

SOFIO.—Y ese es el mal. Si ustedes hubieran visto como yo, salir un día a la calle a todos los trabajadores de la ciudad a pedir lo que es de ellos, comprenderían lo que vale exigir justicia. Por la calle principal, eran ríos callados que iban llegando no se sabía de

dónde, y de todas partes. Las casas de lujo trancaron las puertas, como quien cierra los ojos por que no quiere ver. Pero de pronto uno, cualquiera, gritó lo que todos estaban sufriendo y pareció que temblaba la ciudad entera! ¡Ah... no hay tristeza invencible si se tiene el coraje de mirarla cara a cara.

CLEMENTINO.—¿Y pa qué ese gusto, don? **(Despectivo).** ¡Andar rascándose la sarna!

SOFIO.—¿Cómo ha de llegarnos la justicia si vivimos saboreando nuestra derrota como un mate amargo? ¿Así conmoveremos a los que nos humillan?

CLEMENTINO.—Poco más, y quiere que andemos lloriqueando nuestras lástimas.

SOFIO.—Nadie dice eso, amigo. Más, ¿quién ha de ayudarnos, si no conocen ni comprenden nuestra miseria? Esto se aprende en la ciudá de solo vivir en ella; por bruto que uno sea.

UN HOMBRE.—No se vaya a creer amigo; yo también conozco la ciudá, y más o menos me doy cuenta de lo que usted quiere decir. Pero aquí en la campaña, un hombre es... y es. **(Con orgullosa arrogancia).** No sé si me explico. Y eso sirvió pa emparejar muchas cosas.

SOFIO—Un pobre y un rico ni ahora ni nunca se emparejaron.

UN HOMBRE.—¡Y está claro que siempre hubo pobres y ricos, hasta en el campo! Pero escuche: yo me crié conociendo a un moreno que no tenía más que el caballo y el facón, y lo nombraban así: **(Con acento que quiere ser solemne)** José Máximo Mansilla, natural de la villa de Melo, avecindao en el Zapallar, y de apelativo "El Chengo"! **(Muy satisfecho de la eficaz claridad de su razonamiento).** ¿Me comprende? ¿Eh, qué le parece?

OTRO HOMBRE.—**(Mortificante).** Y, más que nada, cuestión era que un gaucho nunca alegaba por

unos repollos desgraciaos.

UN HOMBRE.—**(Con inusitada viveza).** ¡Más desgraciadas son tus gallinas! ¿Qué te has pensao?

OTRO HOMBRE.—**(Poniéndose de pie).** ¿Porqué no cerrás tu terrenito con alambre tejido? Te metés a chacarero, y no tenés con qué poblar.

UN HOMBRE.—**(También de pie).** ¿Y por qué no las encerrás vos?

OTRO HOMBRE.—A mí no me hacen ningún mal.

UN HOMBRE.—Pero arrasan con el trabajo de uno, que tiene la desgracia de ser tu vecino.

OTRO HOMBRE.—¡Aguante, amigo!

UN HOMBRE.—O les tuerzo el pescuezo.

OTRO HOMBRE.—**(Desafiante).** Hacé la prueba.

UN HOMBRE.—**(En el mismo tono)** ¿Me lo vás a privar vos, desgraciao?

OTRO HOMBRE.—**(Dando un paso atrás para desenvainar el cuchillo que lleva en la cintura).** ¡Repetí lo que dijiste, trompeta!

(La violenta actitud con que uno y otro intentan acometerse, hacen que los demás se interpongan entre ellos evitando la riña).

ESCENA SEPTIMA

(Entran **tres** hombres: Manuel, Juancito y Un Curioso atraídos por **la** esperanza de pasar la tarde viendo jugar a los demás ya que ellos, demasiado se advierte en sus ropas, no podrían colocar un sólo centésimo junto a una carta del naipe).

MANUEL.—Buenas tardes.

JUANCITO.— Buenas.

CURIOSO.—Con permiso.

GUARUMBA.—**(A los recién llegados).** Pasen, si quieren. **(Los tres entrando).**

MANUEL.—¡Amigo, se ha preparao como pa temporal!

JUANCITO.—Las zanjas están roncando.

UN HOMBRE.—Agüita mansa pero tenaz. Llueve callao.

MANUEL.—Así está siempre cayendo la desgracia en el pobre; nadie la siente.

JUANCITO.—Va a apretar el frío.

GUARUMBA.—**(A los que ya estaban)** Bueno; vamos acomodándonos.

(Y mientras el dueño de casa coloca la mesa en el centro de la escena, los demás arriman a ella sus asientos. Sofío ha venido a quedar en la cabecera que mira al frente. Guarumba, a su lado, se entretiene en barajar lentamente el naipe.

Un Curioso se ha hecho cargo del mate, mientras los otros se han puesto de pie, a espaldas de los jugadores y para mirarles sus cartas.

La debilitada llama del bracero apenas si ilumina la escena. Por la puerta y la ventana vénse acercar los grises desvanecidos del atardecer).

SOFIO.—**(Al sentarse).** ¿Y si abriéramos la ventana, para

que entre un poco de aire y luz? ¿No hallan que esto se ha vuelto demasiado sombrío?

GUARUMBA.—**(Mientras Un Curioso va a hacer lo que ha indicado Sofío)** Y, como quieran... es el tiempo y la casa de un pobre.

(Recién se han sentado cuando Clementino, con voz que apenas disimula la intención hiriente, ofrece la botella de caña sólo a Sofío).

CLEMENTINO.—Sírvase un trago.

SOFIO.—**(Secamente)** Gracias; no tomo.

CLEMENTINO.—**(Intentando simular que se siente ofendido).** ¿Me desprecea un convite, entonces?

SOFIO.—**(Sin mostrar que desea ya evitar una dispúta a la que el otro le lleva tercamente).** No es desprecio; es que no tomo.

CLEMENTINO.—¿Le tiene recelo?

SOFIO.—No tengo ninguno.

CLEMENTINO.—**(Queriendo ser irónico).** No... como es cosa del campo.

SOFIO.—**(Sin inmutarse).** También cosa del campo puede ser una gran esperanza en algo, y el coraje pa pelear por ella.

CLEMENTINO.—Aquí a nadie le importan esas historias.

SOFIO.—**(Con firmeza).** Echese a dormir sobre eso y lo despertará el sol quemándolo.

CLEMENTINO.—**(Con sorda voz rencorosa).** Y después... No veo a qué viene eso de andarle echando en cara a la gente la miseria en qué vive.

SOFIO.—No le echo en cara ninguna cosa, amigo.

CLEMENTINO.—**(Provocando)** ¿Trai plata, al menos, pa sentarse en la carpeta?

SOFIO.—Yo no estoy en ningún juego. Estoy contando lo que he visto y pienso. La verdad no debe ofender a nadie. ¿No halla?

CLEMENTINO.—Si nadie se la pregunta, no veo porqué andarla diciendo.

GUARUMBA.—**(Pretendiendo cortar un diálogo que acen-**

túa por instantes su viveza y violencia). Bueno, Clementino, ¡ya alcanza de prosa! · ·

SOFIO.—**(Sin atender el llamado al silencio).** Si con sólo callar la verdad, ya no pasaran las cosas...

CLEMENTINO.—¿Qué remedea con decirlas? ¿Le pagan algo por eso?

SOFIO.—**(Sonríe con desprecio)** ¡Ya vé que no; parece que sólo consigo enojar a la gente. El castigo será cuando en vez de mi palabra que no quieren oir, vengan los hechos de los otros.

GUARUMBA.—**(A Un Curioso).** Encendé el candíl; ya está muy oscuro. **(A Clementino)** Vamos a callarnos ¿querés?

CLEMENTINO.—**(A Guarumba, justificándose).** Pal final, ¿a él quién lo llamó?

SOFIO.—No preciso que me llamen, don. Es la tierra en que he vivido, y volví porque aquí conozco a todos, y me conocen.

CLEMENTINO.—**(Simulando que desea terminar el diálogo, su oculta intención es, sin embargo, imponer al otro y en algún modo, su voluntad).** Bueno; vamos a callarnos.

SOFIO.—Si usted no tiene nada que decir, hace bien; yo no tengo por qué callarme.

CLEMENTINO.—**(Ya conteniéndose apenas).** ¡Porfiao el cristiano!

SOFIO.—Como el que tiene razón.

CLEMENTINO.—**(Poniéndose de pie y golpeando la mesa con un violento puñetazo)** Pa terminar: ¿quién se ha creído usted qué es?

(En ese instante el candil levanta una alta llama roja que ilumina de pleno la figura de pie de Sofío, y deja a los otros perdidos en la penumbra).

SOFIO.—**(Echando hacia atrás el busto. Con la firmeza de quien expresa aquello que es el más poderoso resorte de una voluntad indoblegable).** ¡El que anuncia una cosa cierta, aunque usted no quiera oirla!

GUARUMBA.—**(Que se ha puesto también de pie y extendidos los brazos apartando a los que disputan. Enérgico).** ¡Respeten, pues, la casa en que están! **(Viendo a los otros iniciar la actitud de sentarse. Con voz cordial).** Vamos a empezar el juego y a terminar con las alegaciones.

OTRO HOMBRE.—¿Quién talla?

GUARUMBA.—Yo. Diez pesos es la banca.

UN HOMBRE.—Eso es algo más que plata y sudor. **(Sonriendo).** Sangre costó ganarlo, ¿eh, Guarumba?

ESCENA OCTAVA

(Echados los bustos sobre la mesa; sólo erguido, en actitud indiferente Sofío, los que se hallan sentados parecen querer apretarse sobre las manos de Guarumba que ya barajan el naipe. Juancito, Manuel y Curioso expresan en su inmóvil actitud, la apasionada espectativa que fija los ojos sobre las dos cartas que el tallador ha colocado en la mesa).

GUARUMBA.—Un cinco y un rey. Hagan juego.

OTRO HOMBRE.—**(Tendiendo la mano sobre las cartas)** Pará un poco, Guarumba. **(Torciendo el busto para dirigirse a Juancito, que está a su espalda).** Mirá, salí de atrás mío, que me espantás la suerte.

JUANCITO.—**(Con resentimiento)** ¡Caramba que te has puesto delicao desde que criás aves!

(Bruscamente la atención que todos tenían puesta en el juego, quiébrase ante el grito de Lázaro que ha aparecido en la puerta y allí se queda, volteados la cabeza y los brazos, en un gesto del más profundo abatimiento).

LAZARO.—**(El llanto vela su voz).** ¡Guarumba!... ¡Guarumba!...

GUARUMBA.—**(Irguiendo el busto, con gesto de enojo)** ¿Qué hay?

LAZARO—¡Su mujer!... En el árbol más alto del Alto Alegre... la pobre Trinidad...

GUARUMBA.—**(Ante el dolor de las palabras que todos escuchan con emocionado silencio, él aún pregunta con nervioso enojo).** ¿Qué decís? ¿Vos la viste?

LAZARO.—**(Señalando hacia la plaza que ya la noche va ocultando).** Sí, allá está... como un gajo quebrado... con los ojos muy abiertos, ¡todavía mirando al cielo!

(Los hombres comienzan a irse lentamente hacia don-

de el brazo de Lázaro señala; Guarumba ha ido a tenderse en la cama. En el centro de la escena están aún Sofío, Un Hombre y Lázaro).

GUARUMBA.—¡Esta mujer!... **(Después de una pausa de meditación)** Y bueno... ¿qué día es hoy, Lázaro?

LAZARO.—¿Pa qué quiere saber, Guarumba?

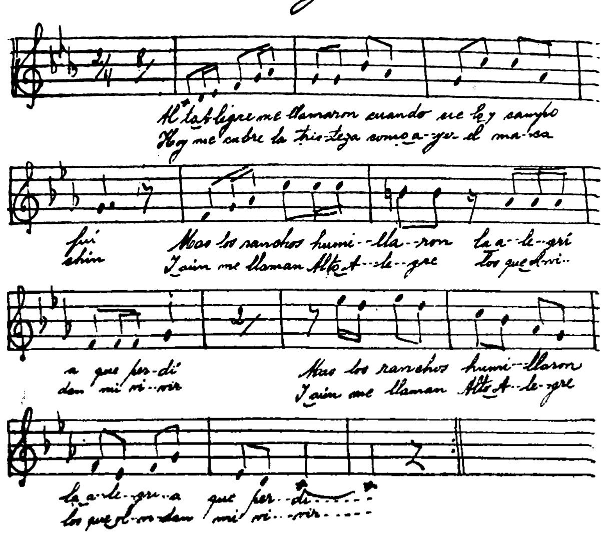
GUARUMBA.—**(Aunque lo intenta, no alcanza a simular un dolor que no tiene).** Y... pa recordarla, pues. Vos vés, de un día de desgracia, la fecha...

LAZARO.—Y... póngale cualquiera. Aquí, en Alto Alegre... todos son lo mismo.

UN HOMBRE.—**(A Sofío)** Y dígame, cuando pase eso que usté dice, ¿cómo se arreglarán estas cosas?

SOFIO.—**(Con visible molestia por la impertinente pregunta)** ¿Por qué me pregunta eso a mí? ¿Fuí yo, acaso, el que hizo el corazón del hombre?

LAZARO.—¡El corazón del hombre!... Ahí está: esa es, también, la cuestión!



Música de la Milonga, de la escena segunda del acto Otro Día, compuesta por María Julia Garayalde de Zavala Muniz.

Este libro se terminó de imprimir el 22 de Abril de 1944 en los Talleres Gráficos Sur S. A., Camacuá 583, Montevideo

En el año 1921, publicó "CRONICA DE MUNIZ", (hoy agotada), historia de un caudillo rioplatense y su tiempo; "CRONICA DE UN CRIMEN" en 1926 (también agotada), vida de un matrero y del paisaje físico y social que lo produce. En 1930, "CRONICA DE LA REJA", (agotada), proceso de la transformación económica y social del campo uruguayo, a través de la vida de un pulpero.

"LA CRUZ DE LOS CAMINOS" estrenada en 1933, hasta hoy también agotada, es su primera obra de teatro.

En el destierro, año 1935, escribe "LA REVOLUCION DE ENERO", en que narra el suceso político revolucionario en que acababa de actuar.

En 1937, traduce y publica "BRUHAHA", novela brasileña de Pedro Motta Lima, también agotada.

"EN UN RINCON DEL TACUARI", (Crónica campesina) teatro, estrenada y publicada en 1938; "ALTO ALEGRE" (teatro) estrenada por primera vez en Buenos Aires, en 1940. En Montevideo estrena, en el año 1942, "FAUSTO GARAY UN CAUDILLO", drama en tres actos.

Actualmente da fin a un estudio biográfico sobre Batlle, y ordena para su edición en un volumen las narraciones breves que ha publicado en diversas revistas literarias del Uruguay y la Argentina. Fundó en compañía de Alcide S. Patrón, y dirige desde entonces, esta

EDITORIAL

NUEVA AMERICA

SANTIAGO PORRO, Editor

MONTEVIDEO

NUEVA AMERICA

Volúmenes Publicados

Pedro Motta Lima
BRUHAHA
Traducción de Justino Zavala Muniz

☆

Cipriano Santiago Vitureira
ARTE SIMPLE

☆

Paul Vaillant Couturier
LA DESGRACIA DE SER JOVEN
Traducción de Alejandro Laureiro

☆

Agustín Minelli
TEATRO

☆

Justino Zavala Muniz
EN UN RINCON DEL TACUARI

☆

Francisco Curt Lange
IMPRESIONES ANDINAS

☆

Gustavo Gallinal
EL URUGUAY HACIA LA DICTADURA

☆

Adolfo Tejera
PENETRACION NAZI EN AMERICA LATINA

☆

Justino Zavala Muniz
FAUSTO GARAY, UN CAUDILLO

☆

Justino Zavala Muniz
LA CRUZ DE LOS CAMINOS
ALTO ALEGRE